MICHAEL MOORCOCK

Erekosë

Crónicas del Campeón Eterno



I

El Campeón Eterno



¿Qué extraños poderes llevaron a John Daker hasta aquel tiempo y lugar imposibles? Sobre aquella tumba se convocaba la presencia de Erekosë, pues el momento de necesidad había llegado y el Campeón Eterno debía responder a la demanda de ayuda. Y John Daker se encontró en el papel de Erekosë, el Héroe, el Esperado. Y tuvo que aceptar su responsabilidad y destino, conducir a las huestes de los suyos a una guerra sin cuartel contra el ancestral y odiado enemigo del hombre.



Michael Moorcock

El Campeón Eterno

Crónicas del Campeón Eterno I

ePUB v1.0
Dyvim Slorm 05.12.11

Título original: The Eternal Champion
ISBN 84-270-1481-3

Prólogo

Ellos me llamaron.

Eso es lo único que sé de cierto.

Ellos me llamaron, y yo acudí. No podía hacer otra cosa, pues la voluntad del conjunto de la humanidad era un vínculo muy poderoso que me presionaba a través de las ataduras del tiempo y de las cadenas del espacio y me arrastraba hacia ella.

¿Por qué fui yo el escogido? Todavía no lo sé con certeza, aunque ellos creían habérmelo dicho. Y ahora ya está hecho y aquí estoy. Aquí estaré para siempre y si, como me repiten los sabios, el tiempo es cíclico, algún día regresaré a la parte del ciclo que he dejado atrás y que he conocido con el nombre de siglo XX después de Cristo en la era del Hombre. Sí, algún día regresaré pues, sin que mis acciones o mis deseos tengan nada que ver en ello, soy un ser inmortal.

1. Una llamada a través del tiempo

En ese lapso de tiempo que transcurre entre la vigilia y el sueño, la mayoría de nosotros hemos experimentado la fantasía de escuchar voces, fragmentos de conversaciones, frases murmuradas en tonos no familiares. A veces, intentamos con centrar nuestras mentes para poder escuchar más, pero rara vez lo conseguimos. Estas fantasías reciben el nombre de alucinaciones hipnagógicas, es decir, son el inicio de los sueños que posteriormente experimentaremos mientras dormimos.

En mi fantasía había una mujer. Un niño. Una ciudad. Una ocupación. Un nombre: John Daker. Un sentimiento de frustración. Una necesidad de satisfacción. Aunque yo les amaba. Sí, yo sabía que les amaba.

Era invierno y yo estaba acostado miserablemente en una cama fría, con la mirada fija en la luna que asomaba tras la ventana. No recuerdo cuáles eran mis pensamientos con exactitud. Era algo relacionado —de eso no tengo la menor duda— con la mortalidad y la futilidad de la existencia humana. Entonces, entre la vigilia y el sueño, empecé a escuchar voces cada noche...

Al principio no hice caso, esperando caer dormido inmediatamente, pero las voces continuaron y empecé a intentar comprender lo que decían. Creía que podía ser un mensaje de mi subconsciente, pero la palabra que más se repetía en aquellas frases era para mí un galimatías incomprensible:

Erekosë… Erekosë… Erekosë…

Me resultaba imposible reconocer el idioma en que hablaban las voces, aunque me sonaba extrañamente familiar. A lo que más me parecía que se asemejaba era al idioma de los indios sioux, pero yo no sabía más que cuatro palabras en esa lengua.

Erekosë… Erekosë… Erekosë…

Cada noche redoblaba mis esfuerzos por concentrarme en las voces y, poco a poco, empecé a experimentar alucinaciones hipnagógicas cada vez más poderosas, hasta que una noche me pareció que me liberaba por completo de mi cuerpo físico.

> *¿Acaso había permanecido una eternidad en el limbo? ¿Estaba vivo... o muerto? ¿Era quizás el recuerdo de un mundo que quedaba en el remoto pasado o en el futuro distante? ¿Un recuerdo de otro mundo que parecía más cercano? ¿Y los nombres? ¿Quién era yo, John Daker o Erekosë? ¿Era alguno de los dos? Muchos otros nombres —Corum, Bannan, Flurrun, Aubec, Elric, Rackhir, Simon, Cornelius, Asquinol, Hawkmoon— se sucedieron por los ríos fantasmales de mi mente. Permanecí suspendido en la oscuridad, inmaterial y sin cuerpo. Llegó hasta mí una voz de hombre. ¿Dónde estaba quien me hablaba? Traté de verle pero carecía de ojos con losque mirarle...*
>
> *«Erekosë, el Campeón, ¿dónde estás?».*

Otra voz:

> *«Padre... no es más que una leyenda...»*
>
> *«No, Iolinda. Noto que me está escuchando. Erekosë»*

Intenté responder, pero carecía de lengua con la que hablar.

Entonces, todavía medio despierto, me invadieron unos ensueños agitados de una casa en una magnífica ciudad de los milagros, una ciudad mugrienta y de gran tamaño, atestada de máquinas de colores deslustrados, muchas de las cuales transportaban pasajeros humanos. Aprecié varios edificios de hermosas líneas bajo la capa de polvo, y otras construcciones más brillantes y no tan hermosas, de líneas austeras y numerosas ventanas. Escuché gritos y ruidos estridentes.

Un grupo de jinetes galopaba por el campo abierto, suavemente ondulado. Los caballeros refulgían con sus armaduras recubiertas de oro y sus penachos de vivos colores en lo alto de sus lanzas teñidas de sangre seca. En sus rostros se apreciaba un profundo cansancio.

Aparecieron entonces en mi sueño más y más rostros, algunos de los cuales creí reconocer vagamente. Otros me resultaban completamente desconocidos. Muchos de ellos iban cubiertos de extrañas vestimentas. Observé a un hombre de mediana edad y cabellos canos, que llevaba una corona alta en la cabeza, de hierro con incrustaciones de diamantes. El hombre abrió la boca y le escuché decir:

> *«Erekosë. Soy yo, el rey Rigenos, Defensor de la Humanidad...*
>
> *»Volvemos a necesitarte, Erekosë. La Jauría del Mal se ha apoderado de un tercio del mundo y la Humanidad está agotada en su batalla contra ellos. Ven a nosotros, Erekosë. Condúcenos a la victoria. Esos seres perversos han plantado su corrupto estandarte desde las llanuras del Hielo Fundente hasta las montañas del Dolor, y me temo que prosigan más aún su avance en nuestros territorios.*
>
> *»Ven a nosotros, Erekosë. Llévanos a la victoria. Ven a nosotros, Erekosë. Llévanos a...»*

La voz de mujer sonó de nuevo:

> *«Padre, eso no es más que una tumba vacía. Ni siquiera contiene la momia de Erekosë, cuyos restos hace ya mucho que se redujeron a polvo y se esparcieron en el viento. ¡Vayámonos y regresemos a Necranal para ponernos al frente de nuestros camaradas vivos!»*

Me sentí como un hombre a punto de desmayarse que luchara por conservar la conciencia pero que, pese a sus esfuerzos, no lograra controlar su propio cerebro. Intenté de nuevo responder a la llamada, pero no lo conseguí.

Era como si estuviera retrocediendo en el tiempo mien tras cada átomo de mi ser intentaba ir hacia delante. Me embargó la sensación de poseer un tamaño gigantesco, como si estuviera hecho de piedra y tuviese unos párpados de granito de tamaño kilométrico... Unos párpados que me resultaba imposible abrir.

Y, un segundo después, me sentí diminuto, como la más ínfima mota de

polvo del espacio sideral. No obstante, pese a todo, sentí que pertenecía más al todo universal como ente minúsculo que como piedra gigantesca.

Los recuerdos iban y venían en mi mente.

El panorama completo del siglo XX, sus descubrimientos y sus falsedades, sus bellezas y amarguras, sus satisfacciones, rivalidades y autoengaños, sus fantasías supersticiosas a las que se daba el nombre de ciencia, penetraron en mi mente como el aire penetra y llena el vacío.

Sin embargo, todo ello duró sólo un momento, pues al segundo siguiente todo mi ser fue lanzado a otra parte, a un mundo que era la Tierra, pero no la Tierra de John Daker y tampoco exactamente el mundo del difunto Erekosë...

Había tres grandes continentes, dos de ellos juntos y separados del tercero por un vasto océano salpicado de muchas islas, grandes y pequeñas.

Vi un océano de hielo que, por alguna razón, sabía que estaba contrayéndose: eran las llanuras del Hielo Fundente.

Contemplé el tercer continente, cubierto de una flora lujuriante, densos bosques y lagos azules, y circundado en sus costas septentrionales por una impresionante cadena de montañas, las montañas del Dolor. Y al verlas supe que aquél era el territorio de los Eldren, a los que el rey Rigenos había denominado la Jauría del Mal.

Aprecié entonces, en los otros dos continentes, los campos de trigo del oeste del continente de Zavara, con sus elevadas ciudades edificadas con rocas multicolores, las opulentas ciudades de Stalaco, Calodemia, Mooros, Ninadoon y Drataarda.

Allí estaban los grandes puertos de Shilaal, Wedmah, Sinara y Tarkar, y Noonos con sus torres tachonadas de piedras preciosas.

Y vi después las ciudades-fortaleza del continente de Necranala con su capital, Necranal, que era la más importante de todas, erigida sobre una impresionante montaña, alrededor de ella y en sus entrañas, y coronada por el inmenso palacio de sus reyes guerreros.

Empecé a recordar entonces mientras, en el fondo de mi conciencia, escuchaba una voz que me llamaba, *Erekosë... Erekosë...Erekosë...*

Los reyes guerreros de Necranal, reyes durante dos mil años de humanidad unida, en guerra y unida otra vez. Los reyes guerreros de los cuales el rey Rigenos era el último con vida, ya un anciano y con sólo una hija, Iolinda, para continuar la estirpe. Rigenos, viejo y cansado de odiar, pero lleno todavía de odio. De odio contra el pueblo no humano al que

denominaba la Jauría del Mal, el enemigo ancestral de la humanidad, salvaje y temerario, vinculado —se decía— a la raza humana por una débil línea de sangre producto de la unión entre una antigua reina y Azmobaana, el Malvado. Un pueblo odiado por el rey Rigenos como inmortales sin alma, como esclavos de las perversas maquinaciones de Azmobaana.

Y, por odio, Rigenos invocaba a John Daker, a quien llamaba Erekosë, para que le ayudara en la guerra contra ellos.

—Erekosë, te ruego me respondas. ¿Estás dispuesto a venir?

La voz de Rigenos, potente, resonaba como el eco y, tras una breve lucha, conseguí responder con una voz que también parecía un eco.

—Estoy dispuesto —contesté—, pero me parece estar encadenado...

—¿Encadenado? —respondió la voz de Rigenos con un aire de consternación—. Entonces, ¿eres prisionero de los temibles esbirros de Azmobaana? ¿Estás atrapado en los Mundos Fantasmas?

—Quizá, pero no lo creo. Son el tiempo y el espacio los que me encadenan. Me separa de ti un abismo sin forma ni dimensión...

—¿Cómo podemos tender un puente sobre ese abismo y traerte hasta nosotros?

—Los muros unidos de la humanidad pueden ser la solución.

—Ya estamos rezando para que puedas venir con nosotros.

—Seguid, entonces —añadí.

Sentí que de nuevo volvía a caer. Creí recordar risas, tristeza, orgullo... Luego, de pronto, más rostros. Sentí como si fuera testigo de la muerte de todos los hombres y mujeres que había conocido a través de los tiempos, y por fin un rostro se superpuso a los demás: eran la cabeza y los hombros de una mujer de asombrosa belleza, con sus cabellos rubios recogidos bajo una diadema de piedras preciosas que parecía iluminar la dulce expresión de su rostro ovalado.

—Iolinda —murmuré.

Ahora la veía con más claridad. Estaba asida del brazo del hombre que lucía la corona de hierro y diamantes. El rey Rigenos.

Padre e hija estaban ante un estrado de cuarzo y oro sobre el cual, posada sobre un cojín de polvo, había una espada recta que no se atrevían a

tocar. Ni siquiera osaban aproximarse demasiado a ella, pues despedía una radiación que podía matarles.

Estaban en el interior de un sepulcro.

El sepulcro de Erekosë. Mi sepulcro.

Avancé hacia el estrado, cerniéndome sobre él.

Tiempo atrás, mi cuerpo había estado colocado allí. Contemplé la espada, que no resultaba peligrosa para mí, pero me fue imposible tomarla entre las manos debido a mi cautividad. Era sólo mi espíritu el que habitaba el oscuro lugar, pero mi espíritu completo, no el fragmento del mismo que había morado en el sepulcro durante miles de años. Aquel fragmento de mi espíritu había escuchado la invocación del rey Rigenos y había hecho posible que John Daker la oyera, acudiera al lugar y se uniera a él, completándose por fin.

—¡Erekosë! —invocó el rey, entrecerrando los ojos para escrutar la penumbra como si me hubiera visto— ¡Erekosë, te lo rogamos!

Entonces experimenté un dolor lacerante que asocié inmediatamente al que deben sufrir las mujeres cuando dan a luz. Un dolor que parecía eterno pero que contenía en sí mismo su propia superación. Me puse a gritar y a agitarme en el aire por encima de las cabezas de Rigenos y su hija. Me asaltaron intensos espasmos agónicos, pero de una agonía llena de significado. Una agonía dirigida a la creación de una nueva vida.

Grité, pero en mi grito había alegría.

Gemí, pero en mi gemido había un aire victorioso.

Me sentí pesado y me asaltó una sensación de vértigo. La pesadez se hacía cada vez más acusada y emití un jadeo al tiempo que extendía los brazos para mantener el equilibrio.

Ahora tenía carne, músculos y sangre y vigor. El vigor se extendió por todo mi ser e inspiré profundamente y me palpé el cuerpo. Era un cuerpo poderoso, de gran tamaño y armoniosas proporciones.

Alcé la mirada y me vi delante de Rigenos y la muchacha, en carne y huesos. Yo era su dios y había regresado.

—He venido —exclamé—. Aquí estoy, rey Rigenos. No he dejado tras de mí nada que valiera la pena, pero no hagas que lamente haber venido.

—No lo lamentarás, Campeón de la humanidad.

Rigenos estaba pálido, exultante, sonriente. Dirigí la mirada hacia Iolinda, que bajó la vista al suelo en un gesto de modestia y, casi contra su voluntad, la volvió a levantar para contemplarme. Entonces me volví hacia

el estrado situado a mi derecha.

—Mi espada... —murmuré al tiempo que extendía la mano para asirla. Escuché al rey Rigenos suspirar con aire satisfecho.

—Ahora sí que están perdidos esos perros —le oí decir.

2. «¡El Campeón ha llegado!»

Tenían una vaina para la espada. La habían fabricado unos días antes y el rey Rigenos salió a buscarla, dejándome solo con su hija.

Ahora que había llegado allí, ni se me ocurrió preguntarme cómo lo había hecho ni por qué había sido posible. Tampoco ella pareció admirarse de mi aparición. Yo estaba allí. Parecía un hecho inevitable.

Nos contemplamos mutuamente en silencio hasta que el rey regresó con la vaina.

—Esto nos protegerá del veneno de tu espada —declaró.

La tendió hacia mí y, por un instante, titubeé antes de extender mi mano hacia ella y aceptarla.

El rey frunció el ceño y bajó la mirada hacia el suelo. La vaina era opaca, como una especie de extraño cristal, pero el metal de que estaba compuesta me resultaba desconocido (o, más bien, se lo resultaba a John Daker). Era ligero, flexible y resistente.

Me volví y así la espada. El puño estaba envuelto en hilo de oro y parecía vibrar al contacto con mi mano. El pomo era un globo de ónice y la empuñadura estaba repujada con franjas de plata y de ónice negro. La hoja era larga, recta y afilada, pero no tenía el fulgor del acero. Por su color, parecía más bien de plomo. Estaba admirablemente equilibrada y la blandí en el aire y emití una sonora carcajada. La espada pareció reír conmigo.

—¡Erekosë! ¡Enváinala! —gritó el rey Rigenos con voz alarmada—. ¡Enváinala! ¡La radiación que emite es mortal para todos menos para ti!

Sin embargo, ahora me sentía reacio a soltar el arma. El mero hecho de tocarla había despertado en mi interior un difuso recuerdo...

—¡Erekosë, por favor! ¡Te lo ruego...! —insistió la voz de Iolinda, secundando a su padre—. ¡Envaina la espada!

Por fin, a regañadientes, coloqué la espada en la funda. ¿Por qué era yo el único que podía blandir el arma sin ser afectado por su radiación?

¿Sería acaso porque, durante esa transición de mi vida anterior como John Daker a la que vivía ahora como Erekosë, se había producido en mi constitución física algún cambio profundo? ¿Era acaso que el antiguo Erekosë y el John Daker aún por nacer (¿o era al revés?) poseían unos metabolismos que se habían adaptado para protegerse de la energía que brotaba de la espada?

Me encogí de hombros. No importaba. El hecho en sí era suficiente. No me preocupaba. Era como si fuese consciente de que mi destino se me había escapado de las manos en gran medida. Me había convertido en un instrumento...

Si entonces hubiera sabido qué utilización iba a dárseme como tal instrumento, quizás habría podido luchar contra la fuerza que me había atraído y habría seguido siendo el John Daker, el inofensivo intelectual. Pero quizá ni siquiera así habría podido luchar e imponerme. La fuerza que me había arrastrado a aquel tiempo distinto era muy poderosa.

Fuera como fuese, en aquel momento estaba dispuesto a hacer todo cuanto el destino me exigiera. Permanecí de pie allí donde me había materializado, en el sepulcro de Erekosë, y me recreé con mi nueva fuerza y con mi espada.

Más adelante, las cosas iban a cambiar.

—Necesitaré ropas —dije, pues estaba desnudo—. Y una armadura y un corcel. Yo soy Erekosë.

—Las ropas ya están preparadas —respondió el rey Rigenos, al tiempo que llamaba a los sirvientes dando una palmada—. Aquí están.

Entraron los esclavos. Uno llevaba una túnica, otro una capa y un tercero un lienzo blanco que, según comprendí al instante, debía utilizar como ropa interior. Los esclavos me envolvieron la cintura y los muslos con el lienzo y me pasaron la túnica por la cabeza. Era ancha y fría, y me agradó su contacto con mi piel. Era de un azul intenso con bordados de complicado diseño en hilos de oro, plata y escarlata. La capa también era escarlata, con bordados en oro, plata y azul. También me trajeron unas botas de ante para los pies y un cinturón ancho de cuero marrón claro con una hebilla de hierro en la que había engastados rubíes y zafiros. Colgué de él la vaina con la espada y, asiendo la empuñadura de ésta con la mano izquierda, me volví hacia el rey y su hija.

—Ya estoy preparado —declaré.

Iolinda se estremeció.

—Entonces —murmuró—, salgamos de este tenebroso lugar.

Tras dirigir una última mirada al estrado sobre el cual todavía se apreciaba el montón de polvo, abandoné mi propia tumba con el rey y la princesa de Necranal y salí al aire libre, en un día luminoso y sereno que, pese al calor, resultaba sumamente agradable gracias a una ligera brisa. Nos encontrábamos sobre una pequeña colina. A nuestra espalda la tumba, aparentemente construida con cuarzo negro, parecía antigua y corroída por el tiempo, desgastada por la sucesión de gran número de tormentas y por la acción del viento. Sobre la cúpula del sepulcro observé la estatua corroída de un guerrero montado sobre un gran caballo de batalla. El rostro del guerrero había perdido sus rasgos debido al polvo y a la lluvia, pero lo reconocí al instante. Era el mío.

Aparté la mirada.

Al pie de la colina, una caravana nos aguardaba. Había un puñado de caballos ricamente enjaezados y una escolta de hombres vestidos con las mismas armaduras doradas que había visto en mis sueños. Sin embargo, los guerreros que ahora contemplaba parecían más frescos y descansados que los de mis ensoñaciones.

Sus armaduras eran estriadas, realzadas con grabados en relieve, espléndidas de adornos pero absolutamente inadecuadas para la batalla, según me dieron a entender mis escasos conocimientos sobre armaduras y los confusos recuerdos de Erekosë que, poco a poco, iban acudiendo a mi mente. Las estrías y grabados actuaban como una trampa para atrapar la punta de la espada o lanza enemigas, en lugar de formar una superficie que hiciera resbalar el arma del adversario. Pese a la belleza de su acabado, aquellas armaduras significaban más un peligro añadido que una protección contra el atacante.

La escolta iba a lomos de robustos caballos de batalla, pero los animales que nos aguardaban, arrodillados en el suelo, parecían una especie de camellos de los que se hubiera eliminado la fealdad de sus gibas. Tales animales resultaban hermosos, y sobre sus altos lomos había unas cabinas de ébano, marfil y madreperla, cerradas con cortinas de sedas refulgentes.

Descendimos la ladera de la colina y, mientras lo hacíamos, advertí que todavía llevaba en el dedo el anillo perteneciente a John Daker, un anillo de plata labrada que me había regalado mi esposa... Mi esposa... No lograba

recordar su rostro. Pensé que debería haber dejado atrás el anillo, en aquel otro cuerpo perteneciente a otro tiempo y a otro lugar. Aunque quizás ese otro cuerpo no existía...

Llegamos hasta los animales y la escolta adoptó un aire marcial para saludar nuestra llegada. Aprecié un aire de curiosidad en muchos de los ojos que me contemplaban.

El rey Rigenos señaló uno de los animales.

—¿Quieres ocupar tu cabina, Campeón?

Aunque había sido él quien me había invocado, parecía tener cierta prevención respecto a mí.

Asentí y subí por la escalerilla de seda trenzada hasta la cabina, que estaba completamente forrada de mullidos cojines de diversos colores.

Los camellos se incorporaron y empezaron a avanzar rápidamente por un estrecho valle cuyos costados estaban cubiertos de verdes árboles que me resultaban desconocidos, similares a baobabs pero con más ramas y hojas más anchas.

Había colocado la espada sobre mis muslos y procedía a inspeccionarla. Era de hoja lisa, sin marcas, propia de un guerrero. El puño se adaptaba perfectamente a mi mano derecha al asirla. Era una buena espada, pero no logré comprender por qué resultaba mortífera para los demás seres humanos. Presumiblemente, también debía resultar letal para los Eldren, esos seres a los que el rey Rigenos denominaba la Jauría del Mal.

Continuamos avanzando bajo el espléndido día y me adormilé entre los cojines, sintiéndome extrañamente fatigado, hasta que escuché un grito y aparté las cortinas de la cabina para ver qué sucedía.

Allí estaba Necranal, la ciudad que había visto en mis sueños.

La ciudad, todavía lejana, se alzaba hacia el firmamento de tal modo que toda la montaña sobre la que se había construido quedaba oculta por su prodigiosa arquitectura. Minaretes, campanarios, cúpulas y almenas refulgían al sol y, por encima de todos ellos, surgía el inmenso palacio de los reyes guerreros, una estructura noble de incontables torres, conocido por el nombre de Palacio de las Diez Mil Ventanas. El nombre me vino de inmediato a la memoria.

Vi al rey Rigenos asomar el rostro entre las cortinas de su cabina y gritar:

—¡Katorn, adelántate y comunica al pueblo que Erekosë el Campeón ha venido para expulsar otra vez a los malvados a sus montañas del Dolor!

El hombre al que se dirigía era un individuo de rostro cetrino, que sin duda dirigía la guardia imperial.

—¡A la orden, señor! —respondió.

Apartó su caballo de la fila y emprendió un veloz galope por el camino de blanco polvo que serpenteaba ahora para salvar un desnivel. Observé que el camino se extendía leguas y leguas hasta la lejana ciudad. Seguí el avance del jinete un buen rato, hasta que me cansé y, en lugar de seguir forzando la vista sobre su diminuta figura, me puse a identificar los detalles de la monumental arquitectura de la ciudad.

Probablemente, Londres, Nueva York o Tokio debían de ser mayores en superficie, aunque no mucho más. Necranal se extendía al pie de la montaña kilómetros y kilómetros, circundada por una elevada muralla de la que sobresalían las torres defensivas a intervalos regulares.

Y así, finalmente, llegamos hasta la inmensa puerta principal de Necranal, ante la cual se detuvo la caravana.

Se escuchó el sonido de un instrumento musical y las puertas empezaron a abrirse. Nos internamos por unas calles rebosantes de gente alegre y festiva que gritaba tanto que, a veces, tuve que cubrirme los oídos por temor a que me rompieran los tímpanos.

3. La amenaza de los Eldren

La algarabía fue quedando atrás gradualmente mientras la pequeña caravana ascendía el tortuoso camino hacia el Palacio de las Diez Mil Ventanas. Se hizo el silencio y hasta mis oídos sólo llegó el crujido de la cabina sobre la que viajaba, el tintineo ocasional de un arnés o el ruido de una herradura sobre el empedrado. Empecé a sentirme inquieto. Había en el ambiente de la ciudad algo que no resultaba agradable, pero que me era imposible concretar en términos tradicionales. Desde luego, se notaba el temor de la gente a un ataque enemigo; se notaba que la ciudad estaba cansada de luchar. Sin embargo, el ambiente me parecía que contenía una cierta carga malsana, una mezcla de exaltación histérica y de depresión melancólica que sólo había sentido una vez en mi vida anterior, durante la única visita que realicé a un hospital psiquiátrico...

O quizá sólo estaba proyectando en el ambiente mis propios sentimientos. Después de todo, bien podía decirse que me encontraba en una situación paranoide-esquizofrénica: un hombre con dos o más identidades bien definidas que, asimismo, era considerado en aquel mundo como el potencial salvador de la humanidad. Por un instante, me pregunté si de hecho no me habría vuelto absolutamente loco, si no sería todo aquello más que una monstruosa fantasía de mi mente, si no estaría en aquel instante, en realidad, encerrado en aquel mismo manicomio que había visitado una vez.

Palpé los cortinajes, la espada envainada; contemplé la enorme ciudad que ahora se extendía ante mí y admiré la enorme mole del Palacio de las Diez Mil Ventanas que se cernía sobre mí. Intenté fijarme bien en los detalles, convenciéndome deliberadamente de que se trataba de una ilusión y esperando ver los muros de una habitación de hospital, o incluso los

conocidos muros de mi propia vivienda. Sin embargo, el Palacio de las Diez Mil Ventanas seguía teniendo la misma solidez del primer instante. La ciudad de Necranal no tenía ninguna de las características de los espejismos. Me recosté de nuevo en los cojines. Tenía que autoconvencerme de que aquello era real, de que, de algún modo, había sido transportado a través de los tiempos y del espacio, hasta aquella Tierra de la que no había rastros en ningún libro de historia que hubiera leído nunca (y había leído un buen número de ellos) y de los cuales sólo quedaban rastros en mitos y leyendas.

Yo ya no era John Daker. Ahora era Erekosë, el Campeón Eterno. Una leyenda que había cobrado vida.

Me eché a reír. Si estaba loco... era una locura gloriosa. Una locura que jamás me habría creído capaz de inventar.

Por fin, nuestra caravana llegó a la cima de la montaña y las puertas enjoyadas del palacio se abrieron ante nosotros y penetramos en un espléndido patio en el que crecían los árboles y manaban las fuentes, aumentando riachuelos sobre los que cruzaban puentecillos ornamentales. Las aguas bullían de peces y en los árboles cantaban los pájaros. Unos pajes se adelantaron hacia nosotros para hacer que se arrodillaran las bestias que nos habían transportado y bajamos de ellas para estirar las piernas bajo la luz crepuscular.

El rey Rigenos sonrió con aire orgulloso mientras señalaba con un gesto el enorme patio del palacio.

—¿Te gusta esto, Erekosë ? Lo hice construir yo mismo poco después de acceder al trono. Hasta entonces, el patio era un lugar sombrío y desagradable, que no respondía a la hermosura del resto del palacio.

—Es muy hermoso —respondí. Después, tras volverme para mirar a Iolinda, que se había aproximado a nosotros, añadí—: Y no es la única cosa hermosa que has ayudado a crear, pues aquí está el adorno más hermoso de tu palacio...

El rey Rigenos emitió una risilla.

—Veo que eres tan buen cortesano como guerrero —comentó. Me asió de un brazo y, haciendo lo mismo con Iolinda, nos condujo por el patio—. Naturalmente, en esta época tengo poco tiempo para dedicarme a la creación de belleza. Lo que debemos crear hoy son armas. En lugar de

planos de jardines, hoy debo ocuparme de planes de batalla. —Exhaló un suspiro y continuó—: Ojalá consigas alejar para siempre a los Eldren, Erekosë. Quizá cuando hayan sido destruidos podamos disfrutar de nuevo de la belleza y de las actividades pacíficas...

Sentí lástima por él en aquel instante. Sólo deseaba lo que cualquier hombre: estar libre de temores, tener la oportunidad de criar hijos con una razonable certeza de que éstos, a su vez, podrían hacerlo con los suyos, vivir con la posibilidad de mirar el futuro sin la certidumbre de que cualquier proyecto puede verse abortado para siempre por un súbito acto de violencia. Su mundo, en el fondo, no era muy distinto del que yo había dejado hacía poco.

Posé la mano en el hombro del rey.

—Esperémoslo así, rey Rigenos —respondí—. Haré cuanto esté en mi mano.

Él se aclaró la garganta y murmuró:

—Y eso será mucho, Campeón. Sé que eso contará mucho. ¡Pronto nos veremos libres de la amenaza de los Eldren!

Penetramos en un frío salón de paredes cubiertas de plata batida sobre la que colgaban grandes tapices. Era un salón agradable, aunque muy grande. A la puerta del mismo se extendía una amplia escalinata por la que descendía ahora todo un ejército de esclavos, sirvientes y criados de todas clases. Al llegar al pie de la escalinata se colocaron en filas y pusieron rodilla en tierra para dar la bienvenida a su rey.

—Este es lord Erekosë —les dijo el rey Rigenos—. Es un gran guerrero e invitado de honor de vuestro rey. Tratadle como me tratáis a mí, obedecedle como lo hacéis conmigo. Cuanto desee, dádselo.

Algo avergonzado, vi como la servidumbre se arrodillaba de nuevo y murmuraba, a coro:

—Bienvenido, lord Erekosë.

Extendí las manos y se incorporaron. Empezaba a adoptar el tipo de comportamiento acorde con la situación en que me encontraba. No había duda de que una parte de mi ser estaba habituada a ello.

—No voy a abrumarte con una recepción oficial esta noche —dijo Rigenos—. Si te apetece refrescarte del viaje en los aposentos que hemos destinado para tu uso, pasaremos a visitarte más tarde.

—Muy bien —asentí. Me volví hacia Iolinda y extendí la mano para asir la suya. Ella correspondió a mi gesto tras un instante de titubeo y posé

un beso sobre sus dedos—. Espero veros a ambos dentro de poco —murmuré con la mirada fija en lo más profundo de sus maravillosos ojos.

Iolinda bajó la vista y retiró la mano, y yo permití a los criados que me escoltaran escalera arriba hacia mis habitaciones.

Veinte grandes estancias habían sido acomodadas para mi uso. En ellas había espacios para los diez esclavos y sirvientes personales que me habían sido asignados, y la mayor parte de las salas estaban decoradas con gusto extravagante y un placer por el lujo que, en mi opinión, la gente del siglo XX había perdido. Opulencia, fue la palabra que me vino a la mente al recorrerlas. No hacía falta que me moviera: un esclavo vendría a la menor indicación para ayudarme a ponerme la capa, para servirme un vaso de agua o para arreglar los cojines de un diván. Pese a todo, me sentía algo incómodo en esas salas y fue un alivio encontrar, en mi recorrido por los aposentos, algunas salas más austeras. Eran salones para guerreros, de paredes tapizadas de armas, sin cojines, sedas ni pieles, sino con bancos sólidos, mazas y espadas de hierro y de acero, lanzas de hojas metálicas y flechas afiladas como cuchillas.

Pasé un buen rato en las salas de armas y regresé a ellas poco después para comer. Los esclavos me trajeron comida y vino, y bebí y comí alegre y copiosamente.

Cuando terminé, me sentí como si hubiera estado mucho tiempo dormido y me acabara de despertar con nuevo vigor. Recorrí de nuevo los salones, examinándolos con más atención e, interesándome más por las armas que por el mobiliario y la decoración, que habrían complacido al más exigente de los sibaritas. Salí a uno de los varios balcones cubiertos y contemplé la gran ciudad de Necranal mientras el sol se ponía y las densas sombras empezaban a apoderarse de sus calles.

A lo lejos, el cielo estaba lleno de colores vaporosos. Había púrpuras, naranjas, amarillos y azules, y esos colores se reflejaban en las cúpulas y campanarios de Necranal dando a toda la ciudad un tacto más suave, como el de un dibujo al pastel.

Las sombras se hicieron más oscuras. El sol desapareció tras el horizonte y tiñó de escarlata las cúpulas más altas del palacio, y después cayó la noche y, de pronto, alrededor de todo el perímetro de las distantes murallas de Necranal y en el interior de éstas, empezaron a encenderse hogueras, distanciadas unas de otras por apenas unos pasos, que iluminaban gran parte de la ciudad. En las ventanas fueron apareciendo luces y escuché

los cantos de los pájaros e insectos nocturnos. Me volví para entrar de nuevo en la estancia y vi que los sirvientes habían encendido unas lámparas. La temperatura había descendido pero titubeé en el balcón y decidí permanecer donde estaba, meditando profundamente sobre mi extraña situación e intentando calibrar la naturaleza exacta de los peligros con que se enfrentaba la humanidad.

Un ruido sonó a mis espaldas. Me volví para observar los aposentos y vi entrar al rey Rigenos. Con él venía el taciturno Katorn, capitán de la guardia imperial. Ahora, en lugar de casco, lucía en la cabeza un aro de platino y, en lugar de coraza, un chaleco de cuero con dibujos estampados en oro; sin embargo, la ausencia de armadura no parecía suavizar su porte general. El rey Rigenos iba envuelto en una capa de pieles blancas y lucía todavía su corona de hierro y diamantes. Los dos hombres se unieron a mí en el balcón.

—Espero que te sientas descansado, Erekosë —dijo el rey Rigenos con aire casi nervioso, como si se hubiera convencido de que yo desaparecería en el aire en cuanto me dejara a solas.

—Me siento perfectamente. Gracias, rey Rigenos.

—Bien —respondió él, titubeando.

—-El tiempo es oro, majestad —gruñó Katorn.

—Sí, Katorn, lo sé.

El rey Rigenos me miró como si esperara que yo ya supiera qué pretendía decirme, pero no era así y sólo pude devolverle la mirada a la espera de sus palabras.

—Nos perdonarás, Erekosë —dijo Katorn—, si vamos directamente al grano, al tema de los Reinos Humanos. El rey te expondrá nuestra posición y lo que deseamos de ti...

—Naturalmente —respondí—. Estoy preparado.

En realidad, sentía un gran interés por conocer la situación general.

—Tenemos mapas —intervino el rey—. ¿Dónde están los mapas, Katorn?

—Dentro, señor.

—¿Vamos, pues...?

Asentí y entramos en mis aposentos. Cruzamos dos habitaciones hasta llegar al salón principal donde había una gran mesa de roble. Allí se encontraban varios de los esclavos del rey Rigenos con grandes rollos de pergamino bajo los brazos. Katorn seleccionó varios de tales rollos y los

extendió sobre la mesa, uno encima del otro. Sacó su pesada espada corta para sostener uno de los extremos y utilizó un jarrón metálico engastado de rubíes y esmeraldas para mantener extendidos los pergaminos.

Observé los mapas con interés y los reconocí casi al instante. Eran muy similares a los que había visto en sueños antes de que el rey Rigenos me convocara a su mundo mediante sus encantamientos.

El rey se inclinó sobre los mapas y su largo y pálido índice recorrió los territorios reflejados en el pergamino.

—Como ya te dije en tu... tu sepulcro, Erekosë, los Eldren dominan hoy todo el hemisferio sur, al que denominan Mernadin. Aquí—su dedo señaló una región costera del continente—. Hace cinco años reconquistaron el único puesto avanzado real que teníamos en Mernadin. Aquí, en su antiguo puerto de Paphanaal. No hubo apenas lucha.

—¿Tus fuerzas huyeron? —pregunté.

—Reconozco que habíamos relajado las medidas de seguridad —intervino de nuevo Katorn—. Cuando de repente surgieron de las montañas del Dolor, no estábamos preparados. Los Eldren debían de llevar años preparando sus ejércitos y no nos habíamos dado cuenta, pero eso resulta bastante lógico. No podíamos esperar conocer sus planes, pues ellos utilizan la brujería y nosotros no.

—Supongo que, al menos, pudisteis evacuar vuestras colonias, ¿no es así? —murmuré.

Katorn se encogió de hombros.

—No fue necesario montar una gran evacuación. Mernadin estaba prácticamente deshabitado, pues los seres humanos no vivirían en una tierra contaminada por la presencia de la Jauría del Mal. El continente está maldito, habitado por secuaces del infierno.

Me froté el mentón y pregunté con aire inocente:

—Entonces, ¿para qué expulsasteis a los Eldren a las montañas si no necesitabais sus territorios?

—¡Porque mientras ellos tuvieran la tierra bajo su control eran una amenaza constante para la humanidad!

—Comprendo —asentí, al tiempo que hacía un breve gesto con la mano derecha—. Perdona por haberte interrumpido. Continúa, por favor.

—Una amenaza constante... —empezó a decir Katorn.

—Esa amenaza vuelve a ser inminente —le interrumpió la voz del rey, débil y temblorosa. Sus ojos se llenaron de pronto de temor y odio—.

Esperamos que en cualquier momento lancen un ataque contra los dos continentes, sobre Zavara y Necranala.

—¿Sabéis cuándo proyectan efectuar la invasión? —pregunté—. ¿De cuánto tiempo disponemos para organizamos?

—¡Seguro que atacarán! —exclamó Katorn con sus ojos negros llenos de ardor.

La breve barba que enmarcaba su pálido rostro pareció erizarse.

—¡Seguro que atacarán! —asintió el rey Rigenos—. Ya nos habrían derrotado si no estuviéramos guerreando con ellos constantemente.

—Tenemos que mantenerlos a raya —añadió Katorn—. En cuanto se produzca una brecha en nuestras líneas, se lanzarán sobre nosotros.

—Sin embargo —dijo el rey con un suspiro—, la humanidad está cansada de guerras. Necesitamos una de estas dos cosas, o, a ser posible, ambas: nuevos guerreros que hagan retroceder a los Eldren, o un líder que dé nuevas esperanzas a los guerreros que ya tenemos.

—¿Y no se puede preparar a más guerreros? —pregunté.

Katorn emitió un breve sonido gutural que tomé por una carcajada. Después replicó:

—¡Imposible! ¡Toda la humanidad está empeñada ya en la lucha contra la amenaza de los Eldren!

—Por eso te hemos llamado, Erekosë —asintió el rey Rigenos—. Aunque cuando lo hacía me consideraba a mí mismo una especie de loco desesperado buscando un milagro irrealizable...

Ante aquel comentario, Katorn se volvió de espaldas. Intuí que aquélla había sido la teoría íntima del capitán de la guardia: que su rey se había vuelto loco debido a su desesperada situación. El hecho de que yo me hubiera materializado en su mundo parecía haber echado por tierra su teoría, y comprendí que de algún modo estaba resentido conmigo, aunque me parecía que no podía echarme la culpa de la decisión del rey. Éste se irguió antes de continuar.

—Yo te he llamado para hacerte cumplir tu promesa.

Yo no recordaba ninguna promesa, y la frase me sorprendió.

—¿Qué promesa? —pregunté.

Ahora fue el rey quien pareció asombrarse.

—¿Cuál va a ser? La de que si alguna vez los Eldren volvían a dominar Mernadin, regresarías para decidir la lucha entre ellos y la humanidad.

—Ya comprendo.

Hice una señal a uno de los esclavos para que me trajera una copa de vino. Bebí un sorbo y contemplé el mapa. Como John Daker observé una guerra sin sentido entre dos facciones feroces, llenas de odio ciego. Los dos bandos parecían llevar a cabo una yijad, una guerra santa racial el uno contra el otro. Sin embargo, mis lealtades estaban claras: yo pertenecía a la raza humana y utilizaría todas mis fuerzas para colaborar en la defensa de mi raza. La humanidad tenía que ser salvada.

—¿Y los Eldren? —pregunté, dirigiéndome al rey Rigenos—. ¿Qué dicen ellos?

—¿A qué te refieres? —gruñó Katorn—. ¿Decir? Hablas como si no creyeras a nuestro rey.

—No pongo en duda la verdad de vuestras afirmaciones —repliqué—. Deseo conocer los términos exactos por los que los Eldren justifican su guerra contra nosotros. Eso me permitiría tener una idea más precisa de sus ambiciones e intenciones.

Katorn se encogió de hombros y replicó:

—Acabarían con nosotros. ¿No te basta con saber eso?

—No —respondí—. Debéis de tener prisioneros. ¿Qué os han dicho al respecto? —Extendí las manos y añadí—: ¿Cómo justifican su guerra contra la humanidad los líderes de los Eldren?

El rey Rigenos sonrió con aire condescendiente.

—Mucho es lo que has olvidado, Erekosë, si no recuerdas a los Eldren. Ellos no son humanos. Son muy listos y fríos, y poseen una lengua suave y engañosa con la que pueden adormilar al hombre envolviéndolo en una falsa sensación de tranquilidad antes de arrancarle el corazón del pecho con sus colmillos desnudos. Pero también son valientes, eso tengo que reconocerlo. Si los sometemos a torturas, mueren antes de confesar cuáles son sus verdaderos planes. Son muy astutos. Intentan convencernos de que buscan la paz, la confianza y la cooperación mutuas, con la sola esperanza de que bajemos nuestras defensas el tiempo suficiente para revolverse y destruirnos, o de que alcemos nuestra mirada hacia ellos y tener así la posibilidad de realizar sus perversos conjuros sobre nosotros. No seas ingenuo, Erekosë. No intentes tratar con un Eldren como lo harías con un ser humano pues, si lo haces, estarás perdido. Los Eldren no tienen alma como nosotros la concebimos. No saben amar, y sólo poseen una especie de fría lealtad para con su causa y con su amo, Azmobaana. Comprende bien esto, Erekosë: los Eldren son diablos. Son secuaces del infierno a los

que Azmobaana, en su soez blasfemia, ha dotado de algo parecido a la forma humana. Sin embargo, esa forma no debe cegarte, pues bajo ella se encuentra un Eldren que no es humano, que es, en esencia, inhumano...

El rostro de Katorn adoptó un extraño rictus cuando añadió a las palabras de su rey lo siguiente:

—No se puede confiar en esos lobos Eldren, traicioneros, inmorales y perversos. No estaremos libres hasta que toda su raza quede destruida, total y absolutamente. Hasta que no quede un fragmento de su carne, una gota de su sangre, una astilla de sus huesos o un mechón de cabello que manchen la Tierra. Y hablo literalmente, Erekosë, pues mientras sobreviva en nuestro mundo el menor rastro de un Eldren, seguirá existiendo la posibilidad de que Azmobaana pueda recrear a sus secuaces y volver a atacarnos. Esa raza diabólica debe ser reducida a cenizas, incluyendo a todos los hombres, mujeres y niños. Deben ser reducidos a cenizas, y éstas dispersadas al viento, al claro viento de nuestro mundo. Esa es nuestra misión, Erekosë. Esa es la misión de la humanidad, y contamos con la bendición de los Bienhechores para cumplirla.

Entonces escuché otra voz, mucho más dulce, y me volví hacia la puerta. Allí estaba Iolinda.

—Tienes que conducirnos a la victoria, Erekosë —musitó la muchacha con vehemencia—. Lo que dice Katorn es cierto, por muy fieras que puedan parecerte sus palabras. Los hechos son tal como te los cuenta. Tienes que llevarnos a la victoria.

Volví a clavar mi mirada en sus ojos, suspiré profundamente y noté mi rostro tenso y frío.

—Yo os conduciré —dije por fin.

4. Iolinda

A la mañana siguiente me desperté con el ruido de los esclavos que preparaban el desayuno. ¿Realmente eran mis esclavos? ¿No sería más bien mi esposa revoloteando por la habitación, disponiéndose a despertar a nuestro hijo como todas las mañanas?

Abrí los ojos esperando encontrarla ante mí.

Pero no la vi. Ni tampoco reconocí la estancia como el dormitorio donde reposaba cuando era John Daker.

Pero tampoco vi a ningún esclavo.

Quien se movía alrededor del lecho era Iolinda. Al comprobar que me había despertado, me dedicó una sonrisa mientras terminaba de preparar el desayuno con sus propias manos.

Por un instante, me sentí culpable, como si hubiera traicionado a mi esposa de alguna oscura manera. Entonces advertí que no había nada de lo que tuviera que avergonzarme. No era más que una víctima del destino, de unas fuerzas que no podía alcanzar a comprender. Yo no era John Daker, sino Erekosë. Me di cuenta de que sería mejor para mí convencerme de ello. Un hombre dividido entre dos identidades es un ser enfermo, y por ello resolví olvidar a John Daker lo antes posible. Dado que ahora era Erekosë, debía concentrarme en ser únicamente Erekosë. En este punto, era rotundamente fatalista.

Iolinda me acercó una bandeja de frutas.

—¿Quieres comer, lord Erekosë?

Escogí una fruta blanda y extraña, de piel amarilla y rojiza. La muchacha me tendió un pequeño cuchillo. Intenté pelar la fruta pero, al serme desconocida, no estaba seguro de por dónde empezar. Iolinda me quitó suavemente la fruta y el cuchillo y empezó a pelarla para mí, sentada

en el borde de mi cama y concentrada, en mi opinión incluso excesivamente, en la fruta que sostenía.

Por fin, terminó de quitarle la piel y partió la fruta en cuatro trozos que colocó sobre un plato. Después me entregó éste, evitando todavía mirarme directamente, pero con una sonrisa algo misteriosa en los labios mientras rebuscaba a su alrededor. Tomé un pedazo de fruta y lo mordí. Tenía un sabor intenso y dulce, y resultaba muy refrescante.

—Gracias —musité—, es muy buena. Jamás había probado esta fruta hasta ahora.

—¿De veras? —respondió ella con auténtica sorpresa—. Pero si el *ecrex* es la fruta más común de Necranala.

—Olvidas que soy un extraño en Necranala—señalé.

La muchacha torció la cabeza hacia un costado y me miró con el ceño ligeramente torcido. Apartó el vaporoso velo azul que cubría su dorado cabello y se arregló la túnica azul a juego, con gestos algo nerviosos. Realmente, parecía un tanto confusa.

—Un extraño... —murmuró.

—En efecto, un extraño —asentí.

—Pero... —hizo una pausa—, pero tú eres el gran héroe de la humanidad, lord Erekosë, y has conocido Necranal cuando estaba en la cúspide de su gloria, cuando tú mandabas aquí como el Campeón. Tú has conocido la Tierra en tiempos remotos, cuando la liberaste de las cadenas con que la habían sometido los Eldren. Tú conoces más de este planeta que yo misma, Erekosë.

—Reconozco que muchas de las cosas que veo me resultan familiares, cada vez más familiares —asentí, encogiéndome de hombros—. Pero hasta ayer mi nombre era John Daker y vivía en una ciudad muy distinta de Necranal y mi ocupación no era la de guerrero ni nada parecido. No niego ser Erekosë, pues ese nombre me suena familiar y me siento cómodo con él, pero desconozco quién era antes Erekosë. Ignoro todo cuanto rodea a esa personalidad, sé menos de él que tú misma. Lo único que sé es que fue un gran héroe de otros tiempos que juró, antes de morir, que regresaría para decidir el conflicto entre los Eldren y la humanidad si era necesario. También sé que le enterraron en un sepulcro un tanto lóbrego sobre una colina, junto con su espada, que únicamente él podía blandir...

—La espada Kanajana—murmuró Iolinda.

—Así pues, tiene nombre...

—Sí. Kanajana. Es, creo, algo más que un nombre. Es una especie de descripción mística..., una descripción de su naturaleza exacta, de los poderes que contiene.

—¿Y existe alguna leyenda que explique por qué sólo yo puedo utilizarla? —le pregunté.

—No una, sino varias.

—¿Cuál de ellas prefieres? —dije con una sonrisa.

Entonces, por primera vez en toda la mañana, la muchacha me miró directamente a los ojos, bajó la voz y me dijo:

—Prefiero la que dice que tú eres el hijo predilecto del Benefactor, del Grande, que la tuya es una espada de los dioses y que puedes blandiría porque tú mismo eres un dios, un Inmortal.

—No creerás eso en serio, ¿verdad? —dije echándome a reír.

Iolinda volvió a bajar la mirada.

—Si tú me dices que eso no es cierto, tendré que creerte —respondió —. Por supuesto.

—Reconozco que me siento estupendamente —añadí entonces—, pero de eso a sentirse como debe sentirse un dios, hay un gran trecho. Además, creo que si fuera un dios lo sabría en mi fuero interno. Y conocería a otros dioses. Y viviría en el lugar donde moran los dioses. Y tendría a diosas entre mis amistades...

Me detuve. La muchacha parecía conturbada. Extendí la mano y la toqué mientras le decía suavemente:

—Pero quizá tengas razón. Quizá sea un dios, pues desde luego he tenido el privilegio de conocer a una diosa.

—Te estás burlando de mí, mi señor —replicó ella al tiempo que retiraba su mano.

—No, no. Lo juro.

Iolinda se puso en pie.

—Debo parecer una estúpida ante un señor tan lleno de grandeza como tú. Disculpa que te haya hecho perder el tiempo con mi charla.

—No me has hecho perder nada —repliqué—. En realidad, me has ayudado mucho.

La muchacha abrió la boca con aire sorprendido.

—¿Ayudado?

—Sí. Has llenado parte de ese pasado tan especial que llevo a mis espaldas. Todavía no recuerdo gran cosa de mi pasado como Erekosë, pero

al menos ya sé tanto del mismo como cualquiera de los que me rodean, lo cual no es en absoluto una desventaja.

—Quizá los largos siglos que has pasado dormido han dejado tu mente libre de recuerdos —dijo ella.

—Quizás —asentí—. O quizá durante ese sueño han habido otros muchos recuerdos, nuevas experiencias, otras vidas...

—¿A qué te refieres?

—Bueno, tengo la impresión de haber sido otras muchas personas, además de ser Erekosë y John Daker. Otros nombres vienen a mi mente, nombres extraños en idiomas desconocidos. Tengo la vaga, y quizás estúpida sensación de que mientras dormía como Erekosë, mi espíritu adoptaba otras formas y nombres. Quizás ese espíritu no puede dormir, sino que debe permanecer siempre en actividad...

Me detuve. Estaba metiéndome en terrenos profundamente metafísicos, y la metafísica jamás había sido mi punto fuerte. En realidad, me consideraba un pragmático. Siempre me había burlado de ideas como la reencarnación, y todavía ahora me parecía algo poco serio, pese a la evidencia de la realidad en que me hallaba.

Sin embargo, Iolinda me instó a continuar lo que yo consideraba una especulación sin sentido.

—Sigue —dijo—. Continúa, por favor, lord Erekosë.

Aunque sólo fuera para tener junto a mí un rato más a la hermosa muchacha, hice lo que pedía.

—Verás —expliqué a Iolinda—, mientras tú y tu padre intentabais traerme aquí, creí recordar otras vidas distintas a las de ese Erekosë o de ese otro John Daker. Recordé confusamente otras civilizaciones..., aunque no sabría decirte si existían en el pasado o en el futuro. De hecho, la idea del pasado y el futuro me parece ahora sin sentido. No tengo idea, por ejemplo, de si esta civilización vuestra está en el «futuro» o en el «pasado» de mi existencia como John Daker. Sólo está aquí. Sólo estoy aquí y ahora. Hay ciertas cosas que tendré que hacer, y eso es lo único que puedo decir.

—Pero ¿y esas otras reencarnaciones? —dijo ella—. ¿Qué sabes de ellas?

Me encogí de hombros antes de responder.

—Nada. Estoy intentando describir una sensación difusa, no una impresión exacta. Unos cuantos nombres que ahora he olvidado. Un puñado de imágenes que ya casi se han desvanecido como suele suceder

con los sueños. Y quizá jamás hayan sido otra cosa que eso, meros sueños. Quizá mi vida como John Daker, que también está empezando a difuminarse en mi mente, no haya sido tampoco más que un sueño. Desde luego, no sé nada de los entes y agentes sobrenaturales de que me han hablado tu padre y Katorn. No conozco a ningún «Azmobaana», a ningún dios ni a ningún Grande, a ningún demonio y tampoco a ángel alguno. Lo único que sé es que soy un hombre y que existo.

Una expresión seria cubría las facciones de la muchacha.

—Eso es cierto, eres un hombre y existes. Yo te he visto materializarte.

—Sí, pero ¿de dónde venía?

—De las Otras Regiones —dijo ella—. Del lugar donde van todos los grandes guerreros cuando mueren y donde van sus mujeres para reunirse con ellos y vivir juntos en un estado de eterna felicidad.

Volví a sonreír, pero reprimí rápidamente la sonrisa porque no deseaba ofender sus sentimientos. No recordaba en absoluto tal lugar.

—Yo sólo recuerdo luchas de todas clases. Si he estado en algún lugar distinto a éste, no ha sido en una tierra de felicidad eterna, sino en varias tierras, todas ellas envueltas en luchas eternas.

De pronto, me sentí triste y deprimido.

—Luchas eternas... —repetí con un suspiro.

Ella me contempló con aire conmiserativo.

—¿Crees que ése es tu destino, una lucha permanente contra los enemigos de la humanidad?

Fruncí el ceño antes de responder.

—No exactamente, pues me parece recordar ocasiones en que no era humano en el sentido que entenderías la palabra. Si poseo un espíritu que habita muchas formas distintas, como he dicho, entonces ha habido ocasiones en que ha habitado formas que eran... diferentes...

Rechacé mentalmente tal pensamiento, pues resultaba demasiado difícil de entender e intolerablemente aterrorizador. Noté la agitación que mis palabras causaban en Iolinda. La muchacha se levantó y me dirigió una mirada de incomprensión.

—No... no sería la de un...

—¿La de un Eldren? —completé su pregunta con una sonrisa—. No lo sé, pero no lo creo, pues ese nombre no me suena familiar en este aspecto.

La muchacha pareció bastante aliviada.

—Resulta tan difícil confiar... —murmuró con aire triste.

—¿Confiar en qué? ¿En las palabras?

—En cualquier cosa —respondió ella—. Una vez creí comprender el mundo, pero quizás era demasiado joven. Hoy no comprendo nada. No sé siquiera si seguiré con vida el próximo año.

—Yo diría que ese es un temor común a todos nosotros, a todos los mortales —dije con suavidad.

—¿Mortales? —repitió con una sonrisa carente de humor—. ¡Tú no eres un mortal, Erekosë!

Hasta aquel instante, no me había planteado tal posibilidad. Después de todo, había surgido a la existencia en aquel tiempo y lugar materializándome en el aire. Me eché a reír.

—Pronto sabremos si lo soy o no —murmuré—. Ya lo veremos cuando entremos en batalla con los Eldren.

En ese instante, un breve gemido escapó de los labios de Iolinda.

—¡Oh! —exclamó—. ¡No pienses así!

Se encaminó hacia la puerta, se detuvo y, volviéndose, añadió:

—¡Tú eres inmortal, Erekosë! ¡Eres invulnerable! ¡Eres..., eres eterno! Eres la única cosa de la que puedo estar segura, la única persona en quien puedo confiar. ¡No te rías! ¡No te burles más, te lo ruego!

Me quedé asombrado ante aquel estallido. Me habría levantado de la cama para abrazarla y consolarla, pero estaba desnudo bajo las sábanas. Era cierto que Iolinda ya me había visto desnudo cuando me materialicé en el sepulcro de Erekosë, pero no conocía suficientemente las costumbres de aquellas gentes como para saber si tal comportamiento la escandalizaría.

—Perdóname, Iolinda —murmuré—. No me había dado cuenta...

¿De qué no me había dado cuenta? ¿Del grado de inseguridad de la pobre muchacha, o de algo más profundo?

—No te vayas —le supliqué.

Ella se detuvo junto a la puerta. Se volvió hacia mí y vi lágrimas en sus enormes ojos.

—Tú eres eterno, Erekosë. Eres inmortal. ¡No puedes morir jamás!

No supe qué contestar.

Por lo que sabía, podía considerarme muerto en el primer encuentro con los Eldren.

De pronto, tuve plena conciencia de la responsabilidad que ahora tenía. Una responsabilidad no sólo para con aquella hermosa mujer, sino para con toda la raza humana. Tragué saliva profundamente y me recosté entre los

cojines mientras Iolinda salía a toda prisa de la alcoba.

¿Estaba yo en condiciones de soportar aquella carga?

¿Deseaba soportarla?

No. No tenía una gran fe en mis propios poderes y no tenía razón alguna para creer que fueran superiores a, por ejemplo, los de Katorn. Éste era, después de todo, un guerrero mucho más experto en las batallas que yo, y tenía derecho a sentir cierto resentimiento contra mí. Se me había adjudicado su lugar y se le había privado de su poder y de una responsabilidad que él estaba preparado y dispuesto a llevar sobre sus hombros. Y, además, sin que yo hubiera demostrado el menor merecimiento. De pronto, comprendí el punto de vista de Katorn y sentí simpatía por él.

¿Qué derecho tenía yo a conducir a la humanidad en una guerra que podía decidir su propia existencia? Ninguno, en verdad.

Y entonces llegó a mi mente otro pensamiento, más lleno de autocompasión.

¿Qué derecho tenía la humanidad a esperar tanto de mí?

Por decirlo así, me habían despertado del sopor que me había ganado llevando una vida decente y tranquila como John Daker. Y ahora me imponían su voluntad, exigiendo que les devolviera la confianza y, sí también, el convencimiento en la justicia de su lucha, que empezaba a decaer entre ellos.

Continué en la cama y, durante unos minutos, odié al rey Rigenos, a Katorn y al resto de la raza humana, incluida la rubia Iolinda que me había hecho plantearme la cuestión.

Erekosë, el Campeón, el Defensor de la humanidad, el Mayor de los Guerreros, permaneció en su lecho sintiéndose infeliz, casi lloroso, sintiéndose profundamente apesadumbrado por sí mismo.

5. Katorn

Me levanté por fin y me vestí con una túnica sencilla, tras haber sido bañado y afeitado, con gran turbación por mi parte, por los esclavos que me habían asignado. Después acudí solo a las salas de armas para recoger mi espada del lugar donde colgaba, envainada, sostenida entre dos ganchos.

Desenvainé la hoja y, de nuevo, una especie de exultación me invadió. De inmediato, olvidé mis dudas y escrúpulos y me eché a reír mientras la espada hacía vibrar el aire sobre mi cabeza y mis músculos se flexionaban bajo su peso.

Hice una finta con la espada y me pareció como si el arma fuese una parte de mi propio cuerpo, una nueva extremidad cuya presencia no hubiese advertido hasta entonces. Lancé un golpe a fondo, recuperé la posición de partida y bajé por fin la punta del arma. El mero hecho de tenerla en la mano me llenó de alegría.

La espada me convertía en algo superior a lo que nunca había sentido. Me convertía en un hombre, en un guerrero, en un campeón.

Y todo ello pese a que, en mi personalidad como John Daker, sólo había sostenido una espada en mis manos un par de veces en toda mi vida, manejándola de la manera más torpe, según la opinión de aquellos amigos míos que se consideraban expertos en esgrima.

Por fin, a regañadientes, envainé la espada al ver a un esclavo que rondaba a cierta distancia. Recordé una vez más que sólo yo, Erekosë, podía sostener aquella espada y seguir con vida.

—¿Qué sucede? —pregunté al esclavo.

—Es lord Katorn, amo. Desea hablar contigo.

Colgué de nuevo la espada de sus ganchos en la pared.

—Dile que pase —indiqué al esclavo.

Katorn entró en seguida. Parecía haber aguardado un buen rato a que le recibiera y no traía un mejor humor que cuando nos encontramos por primera vez. Sus botas, que parecían llevar suelas metálicas, resonaban sobre las losas de la sala de armas.

—Buenos días tengas, lord Erekosë —dijo Katorn como saludo.

—Buenos días, lord Katorn —respondí con una inclinación de cabeza —. Lamento que hayas tenido que esperar. Estaba probando esa espada...

—La espada Kanajana... —murmuró Katorn, contemplando el arma con aire meditabundo.

—La espada Kanajana —asentí—. ¿Quieres tomar un refresco, lord Katorn?

Estaba haciendo un gran esfuerzo para mostrarme agradable con él, no sólo porque no me convenía tener por enemigo a un guerrero tan experimentado cuando precisamente se estaban preparando los planes bélicos, sino también porque, como ya he expuesto, había llegado a comprender perfectamente su situación.

Sin embargo, Katorn no deseaba apaciguarse.

—Ya he desayunado al amanecer —dijo—. He venido a tratar temas más urgentes que la comida, lord Erekosë.

—¿Cuáles son esos temas? —pregunté, conteniendo virilmente mi malhumor.

—Asuntos de guerra, lord Erekosë, ¿qué, si no?

—Naturalmente. ¿Y qué temas específicos deseas tratar conmigo, lord Katorn?

—Considero que debemos atacar a los Eldren antes de que ellos se lancen contra nosotros.

—La mejor defensa es un buen ataque, ¿no es eso?

Katorn pareció sorprendido al oír mis palabras. Era evidente que no había escuchado la frase con anterioridad.

—Exactamente, Erekosë. Casi se diría que piensas como un Eldren, con esa facilidad de palabra que tienes...

Katorn estaba provocándome deliberadamente, pero me tragué la insinuación.

—Así pues, les atacaremos —dije—. ¿Dónde?

—Eso es lo que tendremos que decidir entre todos los que participan en la planificación de esta campaña, aunque parece haber un lugar perfecto para nuestro ataque.

—¿Cuál?

Katorn dio media vuelta y avanzó hasta la siguiente estancia, de la que regresó con un mapa que extendió sobre un banco. Era un mapa del tercer continente, Mernadin, que controlaban por completo los Eldren. El capitán de la guardia sacó su daga y la clavó en un punto que la noche anterior ya había visto señalado en el pergamino.

—Paphanaal —murmuré.

—Aunque es el punto lógico de un ataque inicial en una campaña como la que estamos proyectando, me parece improbable que los Eldren esperen de nosotros un movimiento tan osado, sabiendo que estamos cansados y bajos de fuerzas...

—Pero si estamos débiles y cansados —dije yo—, ¿no te parece que sería mejor atacar primero alguna otra ciudad menos importante?

—Te olvidas, lord Erekosë, de que nuestros guerreros han cobrado nuevos ánimos con tu llegada —replicó Katorn con sequedad.

No pude evitar una sonrisa al escuchar sus palabras, pero Katorn se irritó interiormente, enfadado porque no me había tomado como ofensivas sus provocaciones. Respondí a sus palabras con tranquilidad y flema:

—Tenemos que aprender a colaborar, Katorn. Yo admiro y respeto tu gran experiencia como jefe de guerreros, y reconozco que tienes un conocimiento de los Eldren mucho más reciente que el mío. Estoy seguro de que necesito tu ayuda tanto o más de lo que el rey Rigenos cree necesitar la mía.

Katorn pareció tranquilizarse un poco con mis palabras, carraspeó y prosiguió su exposición:

—Una vez tomada la provincia y la ciudad de Paphanaal, dispondremos de una cabeza de playa desde la que efectuar otros ataques al interior. Con Paphanaal de nuevo en nuestras manos, podremos decidir nuestra propia estrategia, iniciando las acciones en lugar de reaccionar a las iniciativas de los Eldren. Sólo después de que les expulsemos de nuevo a las montañas podremos emprender la tarea final de acabar con todos ellos. Nos llevará años, pero es lo primero que debemos hacer. Eso, sin embargo, será asunto de la administración militar ordinaria y no nos afectará directamente.

—¿Qué clase de defensas tiene Paphanaal? —pregunté.

—La ciudad confía fundamentalmente en sus naves de guerra —sonrió Katorn—. Si conseguimos destruir su flota, Paphanaal caerá fácilmente.

Vi que asomaban sus dientes entre los labios, formando lo que tomé por

una sonrisa. Él me miró, transformando su expresión en otra de súbita suspicacia, como si me hubiera revelado demasiados detalles involuntariamente. Me fue imposible pasar por alto su gesto.

—¿Qué tienes en la cabeza, lord Katorn? —le pregunté—. ¿No confías en mí?

El guerrero controló de nuevo la expresión de su rostro.

—Tengo que confiar en ti —dijo con voz hueca—. Todos tenemos que confiar en ti, lord Erekosë. ¿Acaso no has vuelto para cumplir tu antigua promesa?

Estudié su rostro para descubrir el sentido de sus palabras.

—¿Tú lo crees así?

—Tengo que creerlo.

—¿Crees que soy Erekosë, el Campeón, que ha regresado?

—También tengo que creerlo así.

—¿Lo crees porque consideras que si no soy Erekosë, el Erekosë de las leyendas, entonces la raza humana está condenada?

Katorn bajó la cabeza con gesto de asentimiento. —¿Y si no soy ese Erekosë, lord Katorn? Éste alzó la cabeza.

—Tienes que serlo, mi señor. Si no fuera por una cosa, sospecharía...

—¿Qué sospecharías?

—Nada.

—Sospecharías que soy un Eldren disfrazado, ¿no es eso? Un astuto no humano que ha asumido el aspecto externo de un hombre, ¿verdad, lord Katorn? ¿Leo correctamente tus pensamientos?

—Demasiado correctamente —murmuró Katorn juntando sus espesas cejas y apretando los labios, reducidos a una línea fina y pálida—. Se dice que los Eldren tienen el poder de sondear las mentes, mientras que los seres humanos...

—Entonces, lord Katorn, ¿tienes miedo?

—¿De un Eldren? Por el Bienhechor, ya te enseñaré...

Y la poderosa mano del guerrero se posó en la empuñadura de su espada.

Yo levanté la mano y señalé la espada que colgaba envainada de los ganchos de la pared.

—Sin embargo —dije—, éste es el hecho que no cuadra en tu teoría, ¿no es así? Si no soy Erekosë, ¿cómo puedo entonces empuñar la espada del Campeón?

Katorn no llegó a desenvainar su arma, pero mantuvo la mano en la empuñadura.

—¿Es o no cierto que cualquier criatura viviente que toque la espada, sea humano o sea Eldren, morirá? —pregunté en tono reposado.

—Así dice la leyenda—asintió.

—¿Leyenda?

—Nunca he visto a un Eldren intentando empuñar la espada Kanajana...

—Pero debes considerar que así es, ¿no? De lo contrario...

—... de lo contrario, pocas esperanzas le quedan a la humanidad —completó la frase Katorn, casi como si hubieran de arrancársele las palabras de la boca una a una.

—Está bien, lord Katorn. Así pues, tienes que creer que yo soy Erekosë, invocado por el rey Rigenos para conducir a la victoria a la humanidad.

—No tengo más opción que creerlo así.

—Bien. Y también hay algo que yo, por mi parte, debo dar por seguro, lord Katorn.

—¿Tú? ¿Qué es?

—Debo tener la seguridad de que colaborarás conmigo en esta empresa. Que no habrá complots a mis espaldas, que no se me privará de informaciones que puedan ser fundamentales, que no intentarás buscar aliados contra mí entre nuestras propias filas. Ya ves, lord Katorn: podría suceder que fueran precisamente tus suspicacias lo que hiciera naufragar nuestros planes. Un hombre celoso y resentido contra su jefe es capaz de causar más daños que cualquier enemigo...

Katorn asintió y levantó los hombros, apartando la mano de la espada.

—Tengo esa observación en cuenta, mi señor. No soy estúpido.

—Sé que no lo eres, lord Katorn. Si lo fueras no me habría molestado en mantener esta conversación.

Le vi mover la lengua de un lado a otro de la boca, como si estuviera masticando mis palabras. Por último, murmuró:

—Y tú tampoco eres un estúpido, lord Erekosë.

—Gracias. No tenía idea de que me consideraras tan...

—Humm.

Se quitó el casco y se pasó los dedos por sus espesos cabellos. Comprendí que seguía dándole vueltas a algo en la cabeza.

Esperé a que dijera algo más pero, un instante después, Katorn volvió a

colocarse el casco en la cabeza firmemente, se llevó un pulgar a la boca y se dio unos golpecitos con la uña sobre un diente. Luego retiró el pulgar y me contempló con intensidad durante unos segundos. Por fin, contempló el mapa y murmuró:

—Bien, al menos tenemos un acuerdo. Con eso resultará más sencillo terminar con esta hedionda guerra.

—Mucho más sencillo, en efecto —asentí. Katorn hizo una muestra de desdén—. ¿Qué tal es nuestra flota? —añadí.

—Sigue siendo bastante buena. No tanto como en otros tiempos, pero también estamos arreglando eso. Nuestros astilleros trabajan día y noche para construir naves más grandes y en mayor número. Y en nuestras fundiciones forjamos cañones poderosos con que armar esas naves.

—¿Y qué me dices de los hombres que tienen que tripularlas?

—Estamos enrolando a todos los que podemos. Hasta mujeres y niños son utilizados para algunos trabajos. Ya te hemos explicado, y era absolutamente cierto, lord Erekosë, que toda la humanidad está en lucha con los guerreros Eldren.

No respondí, pero empecé a admirar el espíritu de aquel pueblo. En mi mente tenía pocas dudas sobre la legitimidad de mi actitud. El pueblo de aquel extraño tiempo y lugar en que me hallaba estaba librando una batalla ni más ni menos que por la supervivencia de su especie.

Sin embargo, otro pensamiento acudió entonces a mi mente. ¿No podía decirse lo mismo de los Eldren? Aparté tal idea de mi cabeza.

Al menos, Katorn y yo teníamos algo en común: ambos nos negábamos a meternos en temas especulativos, morales o sentimentales. Teníamos una labor que realizar, habíamos asumido la responsabilidad de tal labor, y debíamos llevarla a cabo como mejor pudiéramos.

6. Preparativos de guerra

Así pues, me reuní con generales y almirantes. Estudiamos mapas y discutimos tácticas, y hablamos de logística, disponibilidades de hombres, animales y medios de transporte, mientras la flota seguía su construcción y se reclutaban como guerreros a todo tipo de gentes de los Dos Continentes, desde niños de diez años a ancianos de cincuenta o más, desde niñas de doce hasta mujeres de sesenta. Todos ellos se encuadraban bajo la doble enseña de la humanidad que llevaba las armas de Zavara y Necranala y el estandarte de su rey, Rigenos, y de su campeón en la guerra, Erekosë.

Con el transcurso de los días, fuimos perfeccionando los planes para la invasión por mar y tierra del principal puerto de Mernadin, Paphanaal, y de la provincia que rodeaba el puerto, también llamada Paphanaal.

Cuando no estaba conferenciando con los comandantes de los ejércitos y la flota, me adiestraba en el manejo de las armas y las monturas hasta que llegué a convertirme en un experto en ambas artes.

No era tanto una cuestión de aprender como de recordar pues, del mismo modo que me había parecido familiar el tacto de la espada al asirla por primera vez, la misma sensación tenía al sentir un caballo debajo de mí. Así como siempre había sabido que mi nombre era Erekosë (que, según me habían dicho, significaba «El que siempre está allí» en un antiguo idioma de la humanidad que ya no se utilizaba), también había sabido siempre cómo colocar una flecha en el arco y dispararla contra un blanco mientras pasaba ante él a lomos del caballo.

En cambio, Iolinda no me resultaba familiar de ese modo. Aunque había una parte de mí que parecía capaz de viajar a través del tiempo y del espacio y asumir muchas reencarnaciones, era evidente que tales reencarnaciones no eran las mismas. No estaba volviendo a vivir un

episodio de mi existencia, sino que me había convertido de nuevo, simplemente, en la misma persona enfrentada a una serie de acontecimientos distintos, o al menos eso parecía. Tenía una sensación clara de disponer de libre albedrío, dentro de tales circunstancias. No me parecía que mi destino estuviera predeterminado, pero quizá lo estuviera. Quizá fuese en exceso optimista. Quizá, después de todo, era en realidad un estúpido y Katorn se había equivocado en su apreciación. El Estúpido Eterno...

Desde luego, en lo que no estaba dispuesto a ser un estúpido era en lo referente a Iolinda, cuya belleza era casi insoportable. Pero con ella no podía comportarme como un estúpido, pues la muchacha quería un héroe, un Inmortal, o nada. Así pues, debía actuar como un héroe ante ella, para consolarla, aunque ello no se pareciera a mi manera habitual de expresarme, que siempre ha sido bastante despreocupada. A veces, de hecho, me sentía más como un padre que como su posible amante, y con mis rudimentarios conocimientos de las motivaciones humanas adquiridos en el siglo XX, me pregunté si mi figura no sería sólo un sustitutivo del padre fuerte que ella esperaba encontrar en Rigenos.

Creo que Iolinda despreciaba secretamente a Rigenos por no ser más heroico, pero a mí me caía bien el anciano (¿anciano?... Más bien soy yo quien tiene más edad —infinitamente más—... Pero basta ya de estas consideraciones...), pues Rigenos sobrellevaba una enorme responsabilidad, y la soportaba bastante bien por lo que podía observar. Después de todo, era un hombre que prefería proyectar planos de jardines que planes de batalla. No era culpa suya haber sido único descendiente varón de un rey que no le dejó hermanos sobre los cuales haber podido, con un poco de suerte, descargar las responsabilidades heredadas. Y también escuché decir que se batía con coraje en las batallas y que nunca rehuía ninguna de sus responsabilidades. El rey Rigenos estaba hecho para una vida más tranquila, pero podía demostrar buen ánimo cuando se trataba de odiar a los Eldren. Yo iba a ser el héroe que él se sentía incapaz de ser.

Acepté este hecho, pero me sentí mucho más reacio a ser el padre que él no podía ser. Deseaba mantener con Iolinda una relación mucho más agradable o, me dije, preferiría no relacionarme con ella en absoluto.

No estoy seguro de que tuviera elección, pues me sentía subyugado por ella. Probablemente la habría aceptado bajo cualquier condición.

Pasábamos juntos todo el tiempo que nos era posible, siempre que

podía librarme de los soldados y de mis entrenamientos marciales. Paseábamos cogidos del brazo entre los balcones cerrados que cubrían el Palacio de las Diez Mil Ventanas como plantas trepadoras, enroscándose desde el pie hasta la cúspide del gran edificio y rebosantes de una incontable cantidad de flores, arbustos y pájaros enjaulados y libres que revoloteaban por entre el follaje de sus pasillos espirales y se posaban en las ramas de las enredaderas y arbolillos y cantaban para nosotros mientras paseábamos. Iolinda me contó que también aquello había sido idea del rey Rigenos, para hacer más agradable los balcones.

Pero todo eso había sido antes de la llegada de los Eldren.

Poco a poco, se acercó el día en que la flota estaría dispuesta para zarpar y navegar hacia el lejano continente que dominaban los Eldren. Al principio, me había sentido impaciente por enfrentarme al enemigo, pero ahora me sentía cada vez más reacio a partir, pues ello significaría alejarme de Iolinda y mi pasión por ella crecía con la misma fuerza que lo hacía mi amor.

Aunque había advertido que la sociedad humana se estaba haciendo más y más cerrada con el transcurso de los días, limitándose con restricciones progresivamente más desagradables e innecesarias, todavía no se consideraba mal que dos personas se acostaran juntas sin estar casadas, siempre que pertenecieran al mismo estrato social. Me sentí muy aliviado al saberlo, pues me parecía que un Inmortal —como había llegado a convencerme de que era yo— y una princesa debían de pertenecer a la misma categoría. Sin embargo, no eran los convencionalismos sociales los que limitaban mis ambiciones, sino la propia Iolinda. Y eso era algo que no podía solucionar ni toda la libertad, «permisividad» o «licenciosidad» (para usar las palabras de la gente anticuada o conservadora del siglo XX) del mundo. En el siglo XX (me pregunto si esta denominación significará algo para quien lea esta narración), existía el convencimiento de que si se abolían las leyes impuestas por el hombre respecto a la «moralidad», en especial la moralidad sexual, se desataría de inmediato una enorme orgía sin freno. Al afirmarlo, se olvidaba que, por lo general, la gente sólo se siente atraída por unas cuantas personas y sólo se enamora de una o dos en toda la vida. Y que puede haber muchas otras razones por las que no se pueda hacer el amor, incluso si tal amor existe y es correspondido.

Por lo que se refería a Iolinda, yo tenía mis dudas pues, como ya he dicho, no deseaba convertirme en un mero sustituto de su padre; y también ella dudaba porque necesitaba estar completamente segura de que podía «confiar» en mí. John Daker habría calificado de neurótica tal actitud. Quizá fuera así, pero ¿acaso cabía catalogar de neurótico que una muchacha sintiera algo especial por una persona a la que hacía apenas un corto tiempo que había visto materializarse en el aire?

Pero basta de eso. Solamente expondré que, pese a estar ambos profundamente enamorados del otro por esa época, no dormíamos juntos y ni siquiera hablábamos del tema, aunque a menudo estaba apunto de surgir de mis labios...

Lo que realmente sucedió fue que, cosa extraña, mi deseo de poseerla empezó a apagarse. Mi amor por Iolinda seguía tan fuerte o más que antes, pero no sentía una gran necesidad de expresarlo de un modo físico. No era lo normal en mí. ¡O más bien debería decir que no era normal en John Daker!

No obstante, cuando se aproximaba la fecha de la partida empecé a sentir la necesidad de expresar mi amor de alguna manera y una tarde, mientras paseábamos por los balcones, me detuve y pasé la mano bajo su cabello y le acaricié la nuca y volví lentamente su rostro hacia mí.

Ella me contempló con ternura y sonrió. Abrió ligeramente los labios y no apartó la cara cuando posé sobre ellos los míos y la besé dulcemente. El corazón me dio un vuelco y la mantuve abrazada, notando como sus pechos se alzaban y descendían contra el mío. Así su mano y la llevé a mi rostro mientras contemplaba su belleza. Hundí mis dedos entre sus cabellos y saboreé su aliento cálido y dulce mientras nos besábamos otra vez. Nuestros dedos se entrecruzaron y, al abrir los ojos, Iolinda expresó en ellos felicidad, auténtica felicidad, por vez primera. Después, nos separamos.

Su respiración era ahora mucho menos regular y la oí empezar a murmurar algo, pero la hice callar al momento. Ella me sonrió, expectante, con una mezcla de orgullo y ternura.

—Cuando regrese —dije suavemente—, nos casaremos.

Iolinda pareció sorprendida por un instante, y luego comprendió lo que acababa de decir, el significado de las palabras que acababa de pronunciar. Estaba intentando decirle que podía confiar en mí, y se lo decía del único modo que se me ocurría. Quizás era un reflejo de John Daker, no lo sé.

Ella asintió mientras se sacaba del dedo índice un anillo de oro, perlas y diamantes de color rosa maravillosamente trabajado. Después, me colocó el anillo en el meñique.

—Una prenda de mi amor —dijo—. Una aceptación de tu proposición. Un amuleto, quizás, para darte suerte en las batallas. Algo para que me recuerdes cuando te tienten esas bellezas Eldren inhumanas...

Al hacer este último comentario, Iolinda sonrió.

—¡Vaya, este anillo tiene muchas utilidades! —murmuré.

—Todas las que desees —repuso ella.

—Te lo agradezco.

—Te quiero, Erekosë —dijo Iolinda simplemente.

—Te quiero, Iolinda—respondí. Tras una pausa, añadí—: Pero soy un amante poco delicado, ¿ no crees? Yo no tengo prenda alguna que darte. Me siento avergonzado y un tanto fuera de tono...

—Tu palabra me basta. Júrame que volverás a mí.

Por un instante, la miré desconcertado. Naturalmente que volvería. Ella insistió:

—Júralo.

—Lo juro. Naturalmente que...

—Vuelve a jurarlo.

—Te lo juraré mil veces si una no te basta. Lo juro. Juro que volveré a ti Iolinda, amor mío, placer mío...

—Bien.

Ella pareció satisfecha por fin.

Entonces llegó hasta mí el sonido de unos pasos apresurados por el balcón y vimos a un esclavo que reconocí como de los asignados a mí, que se acercaba a nosotros a toda prisa.

—¡ Ah, amo, estáis aquí! El rey Rigenos me ha pedido que os lleve ante él.

Ya era bastante tarde y le pregunté qué quería de mí el rey.

—No lo ha dicho, amo.

Sonreí a Iolinda y así sus brazos entre los míos.

—Está bien. Ahora vamos para allá.

7. La armadura de Erekosë

El esclavo nos condujo a mis aposentos, donde no había nadie salvo mi retén de servidores.

—¿Dónde diablos está el rey Rigenos? —bramé.

—Ha dicho que aguardarais aquí, amo.

Volví a sonreír a Iolinda, y ella me devolvió la sonrisa.

—Está bien, esperaremos.

No tuvimos que hacerlo mucho rato. Al poco, empezaron a llegar esclavos a mis aposentos. Llevaban unas abultadas piezas metálicas envueltas en pergamino aceitado que empezaron a amontonar en la sala de armas. Yo observé el trasiego con la menor expresión posible en el rostro, aunque estaba muy sorprendido.

Después, por fin, hizo su entrada el rey Rigenos. Parecía mucho más excitado de lo habitual, y esta vez Katorn no venía con él.

—¿Cómo te encuentras, padre? —dijo Iolinda—. Yo...

Pero el rey Rigenos alzó una mano y se volvió, dirigiéndose a los esclavos.

—¡Quitad los envoltorios! —ordenó—. ¡Pronto!

—Rey Rigenos —dije yo—. Me gustaría decirte que yo...

—Perdóname, lord Erekosë. Primero observa lo que te traigo. Ha permanecido durante siglos en las bóvedas de palacio, esperando tu vuelta, Erekosë... Tu vuelta...

—¿Esperando...?

Entonces, los esclavos retiraron el pergamino aceitado y lo arrinconaron sobre las baldosas del fondo, dejando a la vista algo que para mí constituyó una magnífica sorpresa.

—Esta es la armadura de Erekosë —dijo el rey—. Arrancada de su

tumba de roca en los sótanos más profundos del palacio para que Erekosë pueda llevarla otra vez.

La armadura era negra y reluciente, como si hubiera terminado de forjarse ese mismo día en el taller del mejor herrero de la historia, pues era de un refinamiento exquisito.

Levanté el peto y pasé la mano sobre él.

Al contrario de las armaduras que lucía la guardia imperial, ésta era lisa, sin ningún tipo de repujados o embellecimientos superfluos. Las hombreras llevaban surcos que se alzaban en dirección contraria a la cabeza para desviar lo más posible de su portador los golpes de espadas, lanzas y hachas. Los pectorales, espinilleras, casco y demás piezas llevaban también surcos semejantes.

El metal de que estaba compuesta la armadura era ligero pero muy fuerte, como el de la espada. Sin embargo, el lacado negro que la cubría brillaba, resplandeciente hasta resultar casi cegadora. Dentro de su sencillez, la armadura resultaba hermosa, tanto como sólo puede serlo la mejor obra de artesanía. Su único adorno era el grueso penacho de crin escarlata que se alzaba de la parte superior del casco y caía a ambos costados de éste. Acaricié el metal con el respeto que inspira una gran obra de arte. En este caso, se trataba de una obra de arte diseñada para proteger mi vida y por ello, mi admiración por ella era, si acaso, mucho mayor todavía

—Gracias, rey Rigenos —exclamé, con palabras llenas de sincero agradecimiento—. Prometo que la luciré el día que zarpemos al encuentro de los Eldren.

—Ese día será mañana —contestó Rigenos en voz baja.

—¿Cómo?

—La última de nuestras naves ha salido ya del astillero, y ya está a bordo hasta el último miembro de la tripulación. El último cañón está en su aspillera correspondiente, mañana habrá una marea favorable y no podemos perder la oportunidad.

Observé al rey con suma atención y me pregunté si no habrían estado actuando a mis espaldas. Quizá Katorn había hecho prevalecer su opinión ante el rey para mantenerme en la ignorancia de la fecha exacta de la partida. Sin embargo, la expresión del rey Rigenos no mostraba el menor rastro de desconfianza hacia mí. Descarté la idea y acepté como buenas sus palabras. Volví la mirada hacia Iolinda, quien parecía paralizada por la

sorpresa.

—Mañana... —murmuró ella.

—Mañana—confirmó el rey Rigenos.

—Entonces, debo prepararme —dije al tiempo que me mordía el labio inferior.

—Padre... —dijo ella.

—¿Sí, Iolinda...?—contestó él, mirándola.

Yo empecé a hablar, pero pronto hice una pausa. Iolinda me miró y permaneció también en silencio. No resultaba fácil exponer la cuestión ante su padre y, de pronto, ambos tuvimos la sensación de que debíamos guardar nuestro amor, nuestro pacto, en secreto. Ninguno de los dos sabía muy bien por qué, pero ambos tuvimos la misma impresión.

Con mucho tacto, el rey se dispuso a marcharse de mis aposentos.

—Ya discutiremos más tarde los detalles, lord Erekosë.

Asentí inclinando la cabeza y el séquito real se alejó.

Algo aturdidos, Iolinda y yo nos miramos y nos abrazamos mientras nuestros ojos se llenaban de lágrimas.

John Daker no hubiera escrito este párrafo. El hombre del siglo XX se habría reído de aquella demostración de sentimientos igual que se habría burlado de quien considerara importantes las artes bélicas. John Daker no hubiera escrito estas líneas, pero yo sí debo hacerlo.

Empecé a sentir un creciente nerviosismo ante la proximidad de la guerra que se avecinaba. En mi interior empezó a bullir de nuevo el sentimiento de exaltación que se había apoderado de mí desde que se iniciaran los preparativos. Y por encima de tal exaltación me invadía el sentimiento de amor por Iolinda. Este sentimiento parecía ser un amor más tranquilo y más puro que el meramente carnal y casual, y mucho más satisfactorio. Era algo diferente a cuanto había sentido nunca. Quizá fuera el caballeroso amor que, según la historia, sentían los pares de la cristiandad por encima de cualquier otra emoción.

John Daker habría hablado más bien de represión sexual y de las espadas como sustitutivos del encuentro sexual, y otras ideas parecidas.

Y quizá John Daker hubiera acertado en su análisis, pero entonces no me pareció que así fuera, aunque era perfectamente consciente de todos los argumentos racionalistas que apoyaban y sostenían tal análisis de los hechos. Entre la raza humana existe una acusada tendencia a contemplar la vida en otras épocas distintas a la propia según los esquemas que rigen ésta.

Sin embargo, los esquemas de la sociedad en que me hallaba ahora presentaban sutiles diferencias con respecto a los de la época de la cual procedía, y yo apenas era consciente de muchas de tales diferencias. Lo único que puedo decir es que, en ese instante, yo respondía ante Iolinda según esos esquemas. Y supongo que los acontecimientos que se produjeron posteriormente también se ajustaron a la manera de pensar de la época a la que había sido transportado por la invocación del rey Rigenos.

Tomé el rostro de Iolinda entre mis manos, me incliné hacia ella y la besé en la frente, y ella me besó en los labios y se fue.

—¿Te volveré a ver antes de la partida? —pregunté antes de que cruzara el umbral de la sala.

—Sí —respondió ella—. Si tenemos ocasión, amor mío.

Una vez se hubo marchado, no me sentí triste. Inspeccioné de nuevo la armadura y bajé al salón principal donde se encontraba el rey Rigenos con muchos de sus mejores ayudantes, que estudiaban un gran mapa de Mernadin y de las aguas entre éste y Necranala.

—Saldremos de aquí por la mañana —me indicó Rigenos señalando la zona portuaria de Necranal. El río Droonaa fluía a través de Necranal hasta el mar, y el puerto de Noonos, donde estaba reunida la escuadra—. Me temo que tendremos que celebrar una cierta ceremonia, Erekosë. Tendremos que efectuar algunos ritos que creo haberte explicado ya a grandes rasgos.

—Así es, en efecto —respondí—. Unos ritos que parecen más complicados que la propia guerra.

Los ayudantes, la flor y nata de sus capitanes, se echaron a reír ante mi comentario. Aunque se mostraban un tanto distantes y algo precavidos ante mi presencia, les caía bastante bien pues había demostrado (para mi propio asombro) tener un don natural para las tácticas y artes de la guerra.

—Sin embargo, la ceremonia es necesaria para el pueblo —dijo Rigenos—. Para mis súbditos, los rituales tienen algo de realidad, ¿comprendes? Así podrán experimentar ellos también, en cierto grado, lo que nosotros llevaremos a cabo.

—¿Nosotros? —exclamé—. ¿He oído bien? ¿significa eso que tú también vendrás con nosotros?

—En efecto —asintió Rigenos en voz baja—. He llegado a la conclusión de que es necesario.

—¿Necesario?

—Sí. —Comprendí que no deseaba profundizar más en el tema, especialmente ante los hombres que iban a mandar sus tropas.— Y ahora continuemos. Mañana tendremos que levantarnos muy pronto y queda mucho por discutir.

Mientras tratábamos esos asuntos finales de orden, tácticas y aprovisionamientos logísticos, estudié el rostro del rey como mejor pude.

Nadie suponía que fuera a viajar con sus ejércitos. Quedarse en la capital del reino no habría supuesto para él la menor pérdida de prestigio. Y, sin embargo, había tomado una decisión que le situaría en una posición de extremo peligro y que le obligaría a emprender acciones para las cuales no estaba en absoluto preparado.

¿Por qué había adoptado aquella decisión? ¿Para demostrarse a sí mismo que también podía luchar, quizá? Si de eso se trataba, ya lo había demostrado anteriormente. ¿Porque sentía celos de mí, entonces? ¿O más bien porque tampoco tenía plena confianza en mí? Estudié el rostro de Katorn pero no vi nada en sus facciones que indicara satisfacción. Katorn mostraba, simplemente, su aspecto hosco habitual.

Me encogí de hombros mentalmente. Las especulaciones a ese respecto no me llevarían a ningún sitio. Lo cierto era que el rey, un hombre que ya había perdido el vigor de la juventud, iba a venir con nosotros. Por lo menos, ello proporcionaría a los guerreros un impulso extra; asimismo, su presencia quizá contribuiría a controlar las especiales y particulares tendencias de Katorn.

Por fin, el grupo de jefes militares se dispersó y cada uno acudió a sus aposentos respectivos. Yo me acosté de inmediato y, antes de que el sueño me venciera, permanecí un rato acostado tranquilamente, pensando en Iolinda, en los planes de batalla que habíamos trazado y en los Eldren. Me pregunté cómo sería combatir a los Eldren, pues todavía no tenía una idea clara de cómo luchaban (salvo que lo hacían «con ferocidad y de modo traicionero»), y ni siquiera del aspecto que tenían (salvo que parecían «demonios surgidos de lo más profundo del infierno»).

Logré conciliar pronto el sueño, seguro de que algunas de mis dudas quedarían pronto resueltas, de un modo u otro.

La noche antes de zarpar hacia Mernadin, mi mente se llenó de extraños sueños.

Vi torres y pantanos y lagos y ejércitos y lanzas que

disparaban llamas y máquinas voladoras metálicas cuyas alas batían como las de gigantescos pájaros. Vi flamencos de tamaño monstruoso, extraños cascos como máscaras que asemejaban los rostros de animales...

Vi dragones, enormes reptiles dotados de terribles venenos que surcaban unos cielos oscuros y aciagos. Contemplé una hermosa ciudad en llamas. Observé criaturas inhumanas que sabía que eran dioses. Vi a una mujer cuyo nombre me era desconocido, y junto a ella a un hombrecillo pelirrojo que parecía ser amigo mío. Y vi una espada una espada grande y negra, más poderosa que la que yo mismo tenía, una espada que quizá, sorprendentemente, era yo mismo...

Contemplé un mundo de hielo a través del cual avanzaban unas naves grandes y extrañas con las velas henchidas al viento, y unas bestias negras, como ballenas, que progresaban sobre interminables llanuras blancas.

Vi un mundo ¿o era un universo? que carecía de horizonte y estaba envuelto en una atmósfera semejante a un mosaico rico y lleno de joyas, continuamente cambiante y de la que surgían gentes y objetos, sólo para volver a desaparecer al instante. Se trataba de algún lugar más allá de la Tierra, de eso estaba seguro. Si, eso era: me encontraba a bordo de una nave espacial, pero de una nave que no viajaba por un universo concebido por el hombre.

Vi un desierto por el que avanzaba llorando sin compañía, mássolitario de lo que ningún hombre había estado nunca.

Vi una jungla, una selva de árboles primitivos y helechos gigantes. Y a través de los helechos contemplé unos edificios enormes y extraños, y vi que llevaba en la mano un arma que no era una espada ni un fusil, sino que era mucho más poderosa que ninguna de ambas...

Cabalgué sobre extrañas bestias y encontré gentes más extrañas todavía. Recorrí paisajes que resultaban a

la vez hermosos y terribles.Piloté máquinas voladoras y naves espaciales y conduje carros. Sentí odio y me enamoré. Construí imperios y provoqué el hundimiento de naciones enteras y mate a muchos y fui muerto muchas veces. Triunfé y fui humillado. Y tuve muchos nombres, nombres que se agolparon como rugidos en mi mente. Demasiados nombres. Demasiados...

Y no encontré la paz. Sólo encontré muerte y fuego.

8. La partida

A la mañana siguiente, desperté y mis sueños se esfumaron y me dejaron con el ánimo encogido, introvertido, deseoso únicamente de una cosa.

Y esa cosa era un buen cigarro habano, un Coronas Major de Upmann.

Intenté apartar el nombre de mi mente. Por lo que recordaba, John Daker jamás había fumado un habano de esa marca. ¡Ni siquiera habría sabido diferenciar un habano de otro! ¿Cómo habría surgido ese nombre en mi cabeza? De inmediato, otro nombre me vino a ella: el de Jeremiah... Y también éste me resultó vagamente familiar.

Me incorporé en la cama y mientras contemplaba el aposento donde me hallaba, los dos nombres se fundieron con los otros muchos que habían surgido en el sueño. Me levanté y pasé a la cámara contigua, donde los esclavos estaban terminando de prepararme el baño. Me introduje en él con alivio y, mientras me lavaba, empecé a concentrarme de nuevo en el problema que se me presentaba. No obstante, una sensación de depresión continuaba acompañándome y, de nuevo, me pregunté durante un segundo si no estaría loco, envuelto en una especie de complicada fantasía esquizofrénica.

Cuando los esclavos me trajeron la armadura, empecé a sentirme mucho mejor. Admiré de nuevo su hermosura y la perfección del artesano que la había elaborado.

Y por fin había llegado el momento de ponérmela. Primero me enfundé la ropa interior, después una especie de pantalón con peto acolchado, y finalmente empecé a colocarme las distintas piezas, ajustándolas a mi cuerpo. Volvía a resultarme fácil atar cada una de sus correas. Era como si me hubiera enfundado la armadura cada uno de los días de mi vida, y todas

las piezas eran exactamente de mi talla. Resultaba muy cómoda y casi no pesaba nada, aunque me cubría totalmente el cuerpo.

A continuación, me dirigí a la sala de armas y descolgué de la pared mi enorme espada. Me ajusté sobre la armadura el cinturón de placas metálicas y coloqué junto a mi cadera izquierda la mortífera arma, enfundada en su vaina protectora. Finalmente, alisé el penacho de crin teñida de escarlata sobre el casco, levanté la visera de éste y me dispuse a salir.

Los esclavos me escoltaron hasta el gran salón donde se habían reunido los pares de la humanidad para efectuar su último adiós a Necranal.

Los tapices que hasta entonces habían cubierto los muros forrados de plata batida habían sido retirados y en su lugar lucían ahora cientos de brillantes gallardetes. Eran los estandartes de los mariscales, capitanes y caballeros reunidos en la sala, situados según su rango y vestidos con sus más espléndidas galas.

El trono del rey había sido situado sobre un estrado especial. Sobre el estrado colgaba un dosel de color verde esmeralda, y tras él podían verse las banderas gemelas de los Dos Continentes. Ocupé mi lugar ante el estrado y me uní a la tensa espera del grupo, que aguardaba la presencia del rey. Previamente, los criados me habían enseñado las respuestas que debería recitar a lo largo de la ceremonia que iba a celebrarse.

Por fin, se oyó un gran estruendo de trompetas y el retumbar de los tambores marciales procedente de la galería situada sobre nuestras cabezas, y apareció el rey por una de las puertas.

El rey Rigenos parecía haber ganado en estatura, pues iba enfundado en una armadura dorada sobre la que colgaba una capa blanca y roja. Sobre el casco lucía su corona de hierro y diamantes. Avanzó con paso orgulloso hasta el estrado y subió hasta el trono, donde tomó asiento con ambos brazos posados en los respectivos apoyamanos.

Todos los presentes alzamos las manos en un saludo al unísono:

—¡Salve, rey Rigenos! —fue el rugido que salió de nuestras gargantas.

A continuación, nos postramos de rodillas. Yo fui el primero en hacerlo. Detrás de mí lo hizo el pequeño grupo de mariscales. Después de éstos venían un centenar de capitanes y, tras ellos, cinco mil caballeros, todos los cuales pusieron rodilla en tierra. Y alrededor de los guerreros, situados a lo largo de los muros del salón, se situaron los nobles ancianos, las damas de la corte, los soldados armados en posición de firmes, los esclavos y criados y los alcaldes de los diversos barrios de la ciudad, así

como los de otras poblaciones de las diversas provincias en que se dividían los Dos Continentes.

Y toda la multitud contempló al rey Rigenos y a Erekosë, su Campeón.

El rey Rigenos se levantó de su trono y dio un paso hacia delante. Alcé la mirada hacia él y vi en su rostro una expresión seria y adusta y un porte majestuoso como jamás había observado en él hasta entonces.

Ahora notaba que la atención de los presentes se iba centrando únicamente en mí. Yo, Erekosë, Campeón de la humanidad, iba a ser su salvador, y todos lo sabían.

Incluso yo estaba seguro de ello, rebosante de confianza y orgullo.

El rey Rigenos alzó las manos, las extendió hacia la multitud y empezó a hablar:

—Erekosë, el Campeón, mariscales, capitanes y caballeros de la humanidad, nos dirigimos a la guerra contra el mal inhumano. Nos disponemos a luchar por algo más que una conquista o una derrota del enemigo. Vamos a luchar contra una amenaza que pretende destruir a toda nuestra raza. Nos disponemos a salvar a dos maravillosos continentes de la aniquilación total. El vencedor de esta guerra dominará toda la Tierra, y el perdedor será reducido a polvo y será olvidado como si jamás hubiera existido.

»La expedición que estamos a punto de emprender será decisiva. Con Erekosë al frente, nos apoderaremos del puerto de Paphanaal y de la provincia que lo circunda. Sin embargo, eso será sólo el inicio, el primer paso de nuestras campañas.

El rey Rigenos hizo una pausa y volvió a hablar sobre el impresionante silencio absoluto que parecía envolver el gran salón:

—Después de la primera, deberemos librar más batallas en poco tiempo para que la odiada Jauría del Mal sea destruida de una vez y para siempre. Los Eldren, hombres y mujeres e incluso niños, deben morir. Ya en otra ocasión les obligamos a huir a sus madrigueras en las montañas del Dolor, pero esta vez no debemos dejar que sobreviva ninguno de su raza. ¡Que sólo permanezca vivo su recuerdo durante algún tiempo, para así recordar qué es el mal!

Todavía arrodillado, alcé ambos brazos por encima de la cabeza y uní los dedos.

—Erekosë —dijo el rey Rigenos—. Tú que mediante el poder de tu voluntad eterna te has reencarnado de nuevo y has venido a nosotros en

este tiempo de necesidad, tú serás el poder mediante el cual destruiremos a los Eldren. Tú serás la guadaña de la humanidad que caerá sobre nuestros enemigos y segará las cabezas de los Eldren. Tú serás el pico de la humanidad que desentierre las raíces de nuestros enemigos allí donde hayan crecido. Tú serás el fuego de la humanidad que quemará sus desperdicios hasta convertirlos en meras cenizas. Tú, Erekosë, serás el viento que dispersará esas cenizas como si jamás hubiesen existido. ¡Tú serás el destructor de los Eldren!

—¡Yo destruiré a los Eldren! —grité, y mi voz resonó en el gran salón como la de un dios—. ¡Yo destruiré a los enemigos de la humanidad! ¡Pasaré sobre ellos con mi espada Kanajana y les arrasaré con el corazón henchido de odio y crueldad y afán de venganza, y acabaré con todos los Eldren!

Tras mis palabras, un rugido ensordecedor se alzó a mis espaldas:

—¡Acabaremos con los Eldren!

El rey alzó entonces la mirada y sus ojos brillaban y en su boca había una expresión de intensa firmeza.

—Juradlo! —exclamó.

Los presentes estábamos embriagados por la atmósfera de odio y furor que envolvía el gran salón.

—¡Lo juramos! —rugimos todos—. ¡Vamos a destruir a los Eldren!

En los ojos del rey había ahora una mirada de odio extremo que se reflejó en su voz al decir:

—¡Id, pues, paladines de la humanidad! ¡Id, y destruid a esa carroña! ¡Limpiad nuestro planeta de esa basura de los Eldren!

Como un solo hombre, nos pusimos en pie y lanzamos nuestros gritos de guerra. Dimos media vuelta con aire marcial y salimos desfilando del gran salón, recorriendo el Palacio de las Diez Mil Ventanas, hasta aparecer bajo la luz del día, al aire libre, que vibraba con los vítores del pueblo que despedía a sus héroes.

Pero, mientras desfilábamos, un pensamiento cruzó por mi mente. ¿Dónde estaba Iolinda? ¿Por qué no había salido a mi encuentro? No habíamos tenido mucho tiempo antes de la ceremonia, pero yo había creído que, por lo menos, me haría llegar algún mensaje.

Recorrimos en glorioso desfile las calles serpenteantes de Necranal en aquel alborozado día con el sol refulgente en nuestras armas y nuestras corazas y nuestros estandartes de mil brillantes colores ondeando al viento.

Y yo abría la marcha. Yo, Erekosë, el Eterno, el Campeón, el Brazo Vengador, yo les guiaba. Llevaba los brazos levantados como si estuviera celebrando ya mi victoria. El orgullo henchía todo mi ser. Sabía qué era la gloria y disfrutaba de ella. Así era como se debía vivir: como guerrero, como líder de grandes ejércitos, como portador de armas mortíferas.

Y así desfilamos hacia los barcos que aguardaban, dispuestos para zarpar, junto a la ribera del río. Y me vino a los labios una canción, una tonada cuya letra hacía revivir una versión arcaica del idioma que ahora hablaba. Entoné la canción y todos los guerreros que desfilaban tras de mí se unieron en el canto. Los tambores empezaron a redoblar y las trompetas hicieron sonar sus agudas notas y alzamos nuestras voces celebrando la sangre, la muerte y la gran cosecha roja que obtendríamos en Mernadin.

Así fue nuestro desfile, y ése era nuestro ánimo.

No me juzguéis hasta que os haya contado algo más.

Llegamos a la parte ancha del río donde estaba situado el puerto, y por fin vi las naves. Había cincuenta barcos anclados en ambos embarcaderos, uno en cada orilla del río. Cincuenta barcos que enarbolaban los cincuenta estandartes de cincuenta orgullosos paladines.

Y esos cincuenta barcos eran sólo una parte. El grueso de la flota nos esperaba en el puerto de Noonos. Noonos, el de las Torres Enjoyadas.

Las gentes de Necranal llenaban ambas riberas sin dejar de vitorear a la expedición y llegó el momento en que nos acostumbramos al vocerío igual que los hombres se acostumbran al sonido del mar, y fue como si apenas lo oyéramos.

Contemplé las naves. Sobre las cubiertas se habían construido castillos ricamente decorados, y los barcos de los paladines lucían varios mástiles que incorporaban velas plegadas con la lona pintada de colores. Los remos de las naves ya estaban siendo colocados en sus respectivos postillones y sus palas se hundían en las plácidas aguas del río. En los bancos destinados a los remeros se fueron colocando los musculosos hombres encargados de impulsar los barcos, tres por cada remo. Por lo que pude ver, tales remeros no eran esclavos, sino guerreros libres.

A la cabeza de aquel escuadrón de barcos iba la enorme nave insignia del rey, un espléndido barco de guerra. Llevaba ochenta pares de remos y ocho grandes mástiles. Sus barandillas estaban pintadas de rojo, dorado y

negro, sus puentes eran de brillante carmesí, sus velas eran amarillas, azul marino y anaranjadas, y su enorme mascarón de proa tallado, que representaba una diosa sosteniendo una espada entre sus manos extendidas, era predominantemente escarlata y plata. Los castillos sobre la cubierta, llenos de espléndidos adornos, refulgían debido a las capas de barniz reciente que protegían las escenas de antiguos héroes de la humanidad (entre los que me encontraba yo, aunque el parecido no era mucho...) y de antiguas victorias humanas, de animales legendarios, de demonios y de dioses.

Tras apartarme del grupo principal de expedicionarios que se había detenido junto al embarcadero, llegué a la pasarela de la nave insignia, sobre la que se había tendido una alfombra y un dosel de tapices, y tras subir los peldaños puse pie a bordo de la nave. Los marineros se adelantaron apresuradamente a darme la bienvenida.

—La princesa Iolinda os aguarda en el gran salón, excelencia —me indicó uno de ellos.

Di media vuelta y me detuve, admirando la espléndida estructura del puente de mando y sonriendo levemente ante las representaciones pictóricas de mi persona que aparecían en sus paredes de madera. Me encaminé hacia el castillo de popa y penetré por una puerta relativamente baja a una sala cuyo suelo, paredes y techo estaban cubiertos de gruesos tapices de colores dorados, negros y encarnados chillones. Varias linternas colgaban apagadas en las paredes y, en la penumbra, vestida con un traje sencillo y una fina capa oscura, vi de pie a mi Iolinda.

—Esta mañana no me ha parecido conveniente interrumpir los preparativos —me dijo—. Mi padre me explicó su importancia y el poco tiempo de que disponíamos. Así pues, consideré que no desearías recibirme...

—Sigues sin creer en lo que te dije, ¿verdad, Iolinda? —respondí con una sonrisa—. Todavía no confías en mí cuando proclamo mi amor por ti, cuando te aseguro que haré cualquier cosa por ti. —Me acerqué a ella y la estreché entre mis brazos—. Te quiero, Iolinda, y siempre te querré.

—Y yo te querré siempre también, Erekosë. Tú vivirás eternamente, pero...

—Eso es algo de lo que no estoy seguro —repliqué en tono pausado—. En absoluto soy invulnerable, Iolinda. He sufrido suficientes heridas y rasguños haciendo prácticas con las armas para darme cuenta de ello.

—Tú no morirás, Erekosë.

—Me sentiría mejor si pudiera compartir tu convicción.

—No te burles de mí, Erekosë. Ni me trates con condescendencia.—No me burlo de ti, Iolinda, ni mis palabras son de condescendencia. Sólo te digo la verdad, y tú debes afrontarla. Debes hacerlo, amor mío.—Está bien —dijo ella—. Lo aceptaré, pero estoy segura de que no morirás. Sin embargo, si debo hacer caso de tan extrañas premoniciones, mucho me temo que algo peor que la muerte nos esté aguardando.

—Tus temores son naturales, pero no tienen fundamento. No es preciso dejarse llevar por el pesimismo, querida mía. Observa la maravillosa armadura que me protege, la poderosa espada que empuño, la imponente fuerza a mi mando.

—Bésame, Erekosë...

La besé. La besé durante un largo minuto y después ella se liberó de mi abrazo y corrió a la puerta, desapareciendo.

Me quedé mirando la puerta, a punto de salir corriendo tras ella para tranquilizarla y convencerla, pero sabía que era imposible confortarla. Sus temores no eran verdaderamente racionales, sino que reflejaban su constante sentimiento de inseguridad. Me prometí que más adelante le ofrecería una prueba de seguridad. Llevaría a su vida hechos y cosas perennes, en los que pudiera confiar sin reservas.

Sonaron de pronto trompetas. El rey Rigenos estaba subiendo a bordo.

Instantes después, el rey entró en la cámara al tiempo que se quitaba el casco con la corona. Katorn venía tras él, hosco como era habitual en él.

—Las gentes parecen entusiasmadas —comenté—. La ceremonia parece haber tenido el efecto que deseabas, rey Rigenos.

El aludido respondió fatigosamente un «en efecto». Era evidente que el ritual le había dejado exhausto y se derrumbó en una butaca mientras pedía una copa de vino.

—Pronto partiremos. ¿Cuándo, Katorn?

—Dentro de un cuarto de hora, majestad.

Katorn tomó la jarra de vino de manos del esclavo que la traía y le sirvió una copa al rey sin ofrecerme otra a mí. Rigenos hizo un gesto, señalándome.

—¿No quieres un poco de vino, lord Erekosë?

—No, gracias —decliné el ofrecimiento—. Hoy has hablado muy bien en el gran salón, rey Rigenos. Has encendido en nosotros un auténtico

deseo de sangre.

—Esperemos que se mantenga hasta que lleguemos ante el enemigo —intervino Katorn, sin mucha convicción—. En esta expedición tenemos demasiada tropa inexperta. La mitad de los guerreros no han combatido nunca y, de éstos, la mitad son apenas muchachos. Incluso hay algunas mujeres en algunas unidades, según he oído.

—Pareces pesimista, lord Katorn —murmuré.

Él respondió con un gruñido.

—Es lo razonable. Todo ese esplendor y esa magnificencia están bien para estimular a los ciudadanos, pero será mejor que no las tomes en serio tú también. Aún tienes que aprender, mi señor Erekosë, qué es la guerra de verdad. Dolor, temor, muerte... Eso, y no otra cosa es la guerra.

—Uno se olvida —respondí—. El recuerdo de mi pasado permanece nebuloso en mi mente.

Katorn volvió a gruñir y apuró su copa de un trago. Puso la copa en la bandeja dando un golpe y salió de la cabina.

—Voy a supervisar los preparativos.

El rey carraspeó cuando Katorn hubo salido.

—Tú y Katorn... —empezó a decir, pero se detuvo—. Tú...

—No somos amigos —respondí—. No me gustan sus modales hoscos y desconfiados, y él sospecha que yo no soy quien represento, sino un traidor, un espía de alguna clase.

El rey Rigenos asintió.

—Ya me lo ha dado a entender —murmuró tras dar otro sorbo a la copa—. Le he dicho que vi cómo te materializabas con mis propios ojos. No hay ninguna duda de que eres Erekosë, y no hay razón alguna para desconfiar de ti..., pero Katorn no ceja. ¿Por qué? ¿Tú qué opinas? Como soldado, es juicioso y fiel.

—Está celoso —respondí—. Le he privado de una parte de su poder.

—Pero anteriormente estuvo tan de acuerdo como los demás en que necesitábamos un nuevo líder que inspirara a nuestro pueblo en la lucha contra los Eldren.

—Al principio, quizá sí —insistí. Después me encogí de hombros—. No importa, rey Rigenos. Me parece que hemos alcanzado un compromiso mutuo.

El rey estaba sumido en sus pensamientos:

—También podría ser que no tuviera nada que ver con la guerra o el

poder —murmuró.

—¿A qué te refieres, majestad?

Rigenos me dedicó una mirada llena de sinceridad.

—Quizá se trate de una cuestión amorosa, Erekosë. A Katorn siempre le ha complacido la presencia de Iolinda.

—Puede que aciertes, pero tampoco en este aspecto hay nada que yo pueda hacer. Iolinda parece preferir mi compañía.

—Katorn quizá lo considere una mera adoración por un ideal, más que una auténtica estimación por una persona real.

—¿Y al padre de Iolinda también se lo parece?

—No lo sé —respondió el rey—. No he hablado con ella al respecto.

—Bien, quizá podamos comprobarlo a nuestro regreso.

—Si regresamos... —añadió el rey Rigenos—. Por lo que respecta a la expedición, debo reconocer que estoy de acuerdo con Katorn. El exceso de confianza ha sido a menudo la causa principal de muchas derrotas.

—Quizás estás en lo cierto.

Llegaron hasta nosotros gritos y vítores procedentes del exterior y la nave se balanceó repentinamente mientras recogían el ancla y largaban las amarras.

—Ven, salgamos a cubierta—dijo el rey—. Es lo que esperan de nosotros.

Apuró apresuradamente la copa y se colocó en la cabeza el casco con la corona de hierro. Salimos juntos de la cabina y, al aparecer en cubierta, la algarabía del muelle se hizo aún mayor.

Permanecimos unos instantes allí, correspondiendo a los saludos de la multitud mientras los tambores empezaban a batir y los remos comenzaban a moverse a ritmo lento. Vi a Iolinda sentada en su carruaje, con el cuerpo medio vuelto para verme mientras nos alejábamos. Agité la mano hacia ella y vi que alzaba la suya en un saludo final.

—Adiós, Iolinda—murmuré.

Katorn me dedicó una mirada cargada de cinismo por el rabillo del ojo mientras pasaba ante mí para ir a supervisar a los remeros.

Adiós, Iolinda.

El viento había amainado y sudaba bajo mi traje de batalla, pues el día era tórrido bajo el gran sol ardiente, que caía a plomo en un cielo sin nubes.

Seguí agitando la mano desde la popa de la nave con la mirada fija en Iolinda, que seguía sentada en el carruaje, incorporada hacia delante, hasta

que doblamos un recodo del río y sólo pude ver las torres de Necranal sobre la vegetación y escuchar el distante bullicio a nuestras espaldas.

Surcamos el río Droonaa, avanzando con rapidez a favor de la corriente hacia Noonos, la de las Torres Enjoyadas, donde aguardaba el grueso de la escuadra.

9. En Noonos

¡Oh, ciegas y sangrientas guerras...!

«En realidad, obispo, no comprende que los esfuerzos humanos se resuelven en acciones...»

Frágiles argumentos, causas sin sentido, cinismo disfrazado de pragmatismo.

«¿No descansas, hijo?»

«No puedo descansar, padre, mientras las hordas de infieles están ya a orillas del Danubio...»

«Paz...»

«¿Se contentarán con la paz?»

«Quizás.»

«No se contentarán con Vietnam. No descansarán hasta que sea suya toda Asia... Y, después de ella, el mundo...»

«No somos bestias.»

«Debemos actuar como tales. Ellos se comportan como bestias.»

«Pero si lo intentáramos...»

«Ya lo hemos intentado.»

«¿De veras?»

«El fuego debe combatirse con fuego.»

«¿No hay otro modo?»

«No lo hay.»

«Los niños...»

«No hay otro remedio.»

Un fusil. Una espada, Una bomba. Un arco. Una

pistola de vibraciones. Un lanzallamas. Un hacha. Un garrote...

«No hay otro remedio...»

Esa noche, a bordo de la nave capitana, mientras los remos se alzaban y caían y el tambor proseguía su constante batir y los maderos crujían y las olas lamían el casco, mis sueños fueron agitados. Fragmentos de conversación. Frases. Imágenes. Todo se mezclaba en mi mente cansada, negándose a dejarme en paz. Mil períodos diferentes de la historia. Millones de rostros diferentes. Pero la situación era siempre la misma. El tema central, desarrollado en miles de idiomas distintos, permanecía inmutable.

Sólo cuando me incorporé de la cama se me aclaró la cabeza y, ante ello, decidí salir a pasear por cubierta.

¿Qué tipo de ser era yo? ¿Por qué parecía estar condenado para siempre a ir de una época a otra para desarrollar allí donde fuera el mismo papel? ¿Qué truco, qué suerte de broma cósmica me había escogido como víctima?

El frío aire nocturno besó mi rostro y la luz de la luna iluminó el paisaje, atravesando las finas nubes a intervalos regulares, de modo que sus rayos parecían los radios de una rueda gigantesca. Era como si el carro de un dios se hubiera hundido en una nube baja y se hubiera quedado atascado en el aire más denso debajo de aquélla.

Contemplé las aguas y vi las nubes que se reflejaban en ellas, y vi cómo se abrían para dejar ver la pálida luna. Era el mismo astro que había conocido en mi existencia como John Daker. El mismo rostro cuyos rasgos podían perfilarse en el cielo, observando permanentemente y con aire satisfecho las travesuras de las criaturas que poblaban el planeta al que daba vueltas. ¿Cuántos desastres había contemplado aquella luna? ¿Cuántas cruzadas estúpidas? ¿Cuántas guerras, cuántas batallas y asesinatos?

Las nubes se cerraron de nuevo y las aguas del río se volvieron negras, como para decirme que jamás encontraría la revelación que tanto perseguía.

Contemplé las orillas. Estábamos pasando ante un espeso bosque. Las copas de los árboles recortaban sus siluetas contra la oscuridad ligeramente menor del cielo nocturno. Algunos animales lanzaban sus gritos de vez en

cuando, y tuve la impresión de que eran voces solitarias, perdidas, lastimeras. Suspiré, me apoyé en la barandilla y contemplé el agua grisácea batida por las palas de los remos.

Sería mejor que aceptara el hecho de que debía luchar una vez más. ¿Una vez más? ¿Dónde había combatido antes? ¿Qué significaban los vagos recuerdos que surgían en mi mente? ¿Cuál era la interpretación de mis sueños? La respuesta más sencilla, la más pragmática y, desde luego, la que mejor habría comprendido John Daker, era que estaba loco. Mi imaginación se había desbordado. O quizá jamás había sido John Daker. Quizá también él era otra invención de mi mente enferma.

Debía luchar una vez más.

Era lo único que podía hacer. Había aceptado mi papel y debía seguir desempeñándolo hasta el fin.

Mi mente empezó a despejarse mientras la luna se hundía en las aguas y el amanecer empezaba a rozar levemente el horizonte.

Observé la salida del sol como un enorme disco rojizo que se alzaba con creciente esplendor en el cielo, como si tuviera curiosidad por descubrir los sonidos que perturbaban el mundo natural: el batir del tambor y el chapoteo de los remos.

—Veo que no duermes, Erekosë. Pareces dispuesto a entrar en batalla de inmediato.

No tenía ningunas ganas de soportar, además de todas mis angustias, las ironías de Katorn.

—Me ha parecido una buena idea subir a contemplar el amanecer —respondí.

—¿Y la puesta de la luna? —añadió él. En su voz había un retintín que no terminé de comprender—. Parece que te gusta la noche, lord Erekosë.

—A veces —repliqué—. Es un momento de paz —añadí, dando a mis palabras toda la intención de que fui capaz—. No hay en ella casi nada que perturbe los pensamientos de un hombre.

—Es cierto. En tal caso, tienes algo en común con nuestros enemigos...

Me volví con gesto de impaciencia, clavando la mirada en sus oscuras facciones con aire furioso.

—¿A qué te refieres?

—Sólo quiero decir que también los Eldren, según se dice, prefieren la noche al día.

—Si yo comparto tales preferencias, Katorn —respondí—, eso será de

gran valor para nosotros en la batalla, pues así habrá quien les pueda combatir tanto de día como de noche.

—Así lo espero, Erekosë.

—¿Por qué desconfías tanto de mí, Katorn?

—No he dicho que así fuera —repuso él encogiéndose de hombros—. Llegamos a un compromiso, ¿recuerdas?

—Y yo he mantenido mi parte del mismo.

—Lo mismo que yo. Yo te seguiré, eso no lo dudes. Sean cuales sean mis sospechas, te seguiré.

—Entonces, debo pedirte que te abstengas de lanzarme esas puyas e indirectas. Son una absoluta estupidez y no tienen el menor sentido.

—Para mí sí tienen un propósito, lord Erekosë. Me sirven para moderar el ánimo, para canalizarlo de una manera aceptable.

—He hecho un juramento de fidelidad a la humanidad —insistí—. Serviré lealmente a la causa del rey Rigenos. Tengo mis propias cargas que llevar, Katorn, y...

—Cuentas con toda mi comprensión.

Me di media vuelta. Había estado a punto de portarme como un estúpido ante él, apelando a su clemencia casi, y poniendo por excusa mis propios problemas.

—Gracias, lord Katorn —repliqué fríamente. El barco empezó a doblar un recodo y me pareció ver el mar a lo lejos—. Te agradezco tus buenos sentimientos.

Me di un palmetazo en la mejilla, pues el barco estaba cruzando entre una nube de mosquitos que volaban sobre el río.

—Esos insectos son irritantes, ¿no? —exclamé.

—Quizá sería preferible que no te expusieras a sus intenciones, mi señor—replicó Katorn.

—Realmente, creo que tienes razón. Volveré abajo.

—Buen amanecer, mi señor.

—Buen amanecer, lord Katorn.

Le dejé en plena cubierta, con la vista fija al frente y aire sombrío.

En otras circunstancias, pensé, habría acabado con aquel hombre.

Y, según estaban las cosas, parecía cada vez más evidente que él también haría cuanto pudiera por acabar conmigo. Me pregunté si no tendría razón el rey Rigenos y Katorn estaba doblemente celoso de mí. Celoso por mi fama como guerrero y celoso por el amor que Iolinda sentía

por mí.

Me lavé, me puse mi traje de batalla y me negué mentalmente a preocuparme de todos aquellos pensamientos sin sentido. Poco después escuché gritar al vigía y salí de nuevo a cubierta para ver qué significaba su llamada.

Noonos estaba a la vista. Todos nos apretujamos en las barandillas de las naves para contemplar aquella ciudad fabulosa. El resplandor procedente de las torres casi nos cegaba, pues realmente estaban incrustadas de joyas. La ciudad refulgía de luz, como una gran aura blanca moteada de cien colores más, verdes y violetas, rosas y malvas, ocres y rojos, todos ellos titilando en el enorme fulgor creado por un millón de gemas.

Y detrás de Noonos se extendía el mar, un mar calmo que reflejaba la luz del amanecer.

Al aproximarnos a Noonos, el río se fue ensanchando hasta que quedó claro que allí se abría el océano. Las orillas se hicieron más y más distantes y nos ceñimos a la orilla de estribor, pues era allí donde se alzaba Noonos. Entre las colinas cubiertas de bosques que besaban la boca del río entrevimos otros pueblos y aldeas, pero todos ellos quedaban dominados por el puerto al que nos acercábamos.

Las aves marinas empezaban a chillar, revoloteando alrededor de nuestro palo mayor hasta posarse en las vergas con un gran batir de alas, discutiendo entre ellas, parecía, por tener un mejor punto de observación.

El ritmo de los remos empezó a aminorar y entramos en aguas tranquilas y sin corrientes antes de penetrar en el puerto. Allí echó anclas el resto de la escuadra de orgullosas naves que venía tras nosotros. Ellos nos seguirían más tarde, cuando llegara el práctico para guiar sus maniobras de atraque.

Tras dejar a nuestras naves hermanas, entramos en Noonos remando lentamente, enarbolando el pabellón del rey Rigenos y el de Erekosë, un campo negro con una espada de plata.

Y el griterío empezó otra vez. La muchedumbre, mantenida a distancia por soldados vestidos con una armadura de cuero claveteado, estiraba el cuello para vernos desembarcar. Y entonces, cuando descendí por la pasarela y aparecí en el embarcadero, un enorme cántico se alzó de sus

gargantas, sorprendiéndome al principio cuando comprendí la palabra que estaban entonando.

¡EREKOSË! ¡EREKOSË! ¡EREKOSË! ¡EREKOSË!

Levanté el brazo derecho para saludar y casi me tambaleé pues el rugido subió hasta resultar literalmente ensordecedor... Apenas pude contener mi impulso de llevarme las manos a los oídos.

El príncipe Bladagh, gran señor de Noonos, nos recibió con la debida ceremonia y leyó un discurso que resultó inaudible por el griterío, tras lo cual fuimos conducidos por las calles hasta los aposentos que íbamos a utilizar durante nuestra breve estancia en la ciudad.

Las torres enjoyadas no resultaban desagradables, pero advertí que constituían un enorme contraste con las casas construidas más cerca del suelo. Muchas de ellas no eran más que chabolas. Quedaba muy claro de dónde salía el dinero para tantas esmeraldas, perlas, rubíes y demás como había incrustadas en ellas...

No había advertido esa gran disparidad entre ricos y pobres en Necranal. O bien me había impresionado demasiado la novedad de sus paisajes, o bien la ciudad del rey se ocupaba de disimular cualquier área de pobreza, si la había.

Aquí se veía a gentes harapientas, muy a tono con las chabolas, aunque vitoreaban tanto como cualquiera... o más, incluso. Quizás echaban la culpa de su miseria a los Eldren.

El príncipe Bladagh era un hombre de facciones hundidas, de unos cuarenta y cinco años de edad. Llevaba un gran bigote que le caía sobre los labios y unos ojos inexpresivos, y sus movimientos eran como los de un buitre precavido. Descubrí, y no me sorprendió en absoluto, que no participaría en la expedición sino que se quedaría «a proteger la ciudad», es decir, su propia riqueza, pensé yo.

—Y ahora, mi señor —murmuró cuando llegamos a su palacio y se abrieron sus verjas enjoyadas para dejarnos entrar (advertí que habrían podido brillar mucho más si hubieran estado limpias)—, mi palacio es tuyo, rey Rigenos. Y vuestro también, mi señor Erekosë, por supuesto. Cualquier cosa que necesitéis...

—Una comida caliente... y sencilla —dijo el rey Rigenos, expresando casi mis propios sentimientos—. Nada de banquetes. Ya te advertí que no quería convertir esto en una gran ceremonia, Bladagh.

—Y no lo será, mi señor.

Bladagh pareció aliviado. No me pareció un hombre al que le gustara gastar dinero.

La comida fue realmente sencilla, aunque no especialmente bien cocinada. La tomamos con el príncipe Bladagh, su esposa, la princesa Ionante, una mujer regordeta y estúpida, y sus dos hijos, unos muchachos débiles y flacuchos. Personalmente, me sorprendía mucho el contraste entre la ciudad contemplada a distancia y el aspecto y modo de vida de su gobernante.

Poco después, llegaron los demás comandantes, que habían ido congregándose en Noonos durante las semanas anteriores, y celebramos con ellos una conferencia, bajo la presidencia de Rigenos. Katorn estaba entre ellos y fue capaz de perfilar de un modo gráfico y sucinto los rasgos generales de los planes de batalla que habíamos elaborado en Necranal.

Entre los comandantes había varios héroes famosos de los Dos Continentes, el conde Roldero, un fornido aristócrata cuya armadura estaba tan exquisitamente realizada y tan carente de cualquier tipo de decoración como la mía; también estaba el príncipe Malihar y su hermano el duque Ezak, los cuales habían participado en un sinnúmero de campañas, y el conde Shanura de Karakoa, una de las provincias más alejadas, y una de las más bárbaras. Shanura llevaba su largo cabello en tres trenzas que le colgaban a la espalda. Sus pálidas facciones eran enjutas y estaban cruzadas por las cicatrices. Rara vez intervenía, y sólo para plantear cuestiones concretas y específicas. La diversidad de rostros y vestimentas me sorprendió al principio. Por lo menos, pensé irónicamente, la humanidad de aquel mundo estaba unida, lo cual era mucho más de lo que podía decirse del mundo donde había quedado John Daker. Aunque quizá sólo estaban unidos momentáneamente para derrotar al enemigo común. Después de ello, pensé, su unidad podía sufrir un serio resquebrajamiento. El conde Shanura, por ejemplo, no parecía aceptar de muy buen grado las órdenes del rey Rigenos, a quien probablemente consideraba demasiado blando.

Confié en poder mantener unido a un grupo tan heterogéneo de oficiales en las batallas que se aproximaban.

Terminamos por fin las conversaciones e intercambié un par de frases con cada uno de los comandantes presentes. El rey Rigenos observó el reloj de bronce situado sobre la mesa, y que estaba dividido en dieciséis partes.

—Pronto será hora de poner rumbo al mar —murmuró—. ¿Están todos

los barcos apunto?

—Los míos llevan meses preparados —gruñó el conde Shanura—. Empezaba a pensar que se pudrirían antes de entrar en acción.

Los demás aseguraron que sus naves podrían zarpar en un plazo de apenas una hora.

Rigenos y yo agradecimos a Bladagh y a su familia su hospitalidad, y ellos parecieron mucho más contentos ahora, al vernos partir, que cuando arribamos.

Al abandonar el palacio, en lugar de desfilar ante el pueblo, nos apresuramos en nuestros carruajes hasta el embarcadero y, con la misma rapidez, abordamos las naves. El buque insignia del rey llevaba el nombre de *Iolinda,* hecho que hasta aquel momento no había advertido pues toda mi mente había estado ocupada por la mujer en cuyo honor se había puesto el nombre al barco. Las demás naves que venían con la nuestra desde Necranal estaban ahora en el puerto y sus marineros se refrescaban durante la breve escala que estábamos realizando, mientras los esclavos subían a bordo las últimas provisiones y armas necesarias.

Un sentimiento de ligera depresión me envolvía aún tras los extraños sueños de la noche anterior, pero el desánimo empezaba a difuminarse al tiempo que crecía en mí la excitación. Todavía quedaba un mes de navegación hasta Mernadin, pero yo ya empezaba a paladear la proximidad de la entrada en acción. Al menos, ésta me ayudaría a olvidar los otros problemas. Recordé algo que le decía Pierre a Andrei en *Guerra y Paz,* algo referido a cómo todos los hombres encontraban un modo de olvidar la muerte. Algunos se volvían mujeriegos, otros jugadores, otros bebedores y, paradójicamente, algunos se lanzaban a hacer la guerra. Bien, no era el hecho de la muerte lo que me obsesionaba; más bien al contrario, era el hecho de la existencia eterna lo que me rondaba en la mente. Una vida eterna dedicada a hacer la guerra eternamente.

¿Llegaría en algún momento a conocer la verdad? No estaba seguro de querer saberla. La mera idea me atemorizó. Quizás un dios podría haberlo aceptado, pero yo no era tal. Yo era un hombre, sabía que era un hombre. Mis problemas, mis ambiciones, mis emociones eran a escala humana; todo lo era, salvo un problema que me asaltaba en todo instante: ¿cómo podía yo existir en aquel tiempo y lugar? ¿Cómo me había convertido en lo que era? ¿O quizás era realmente eterno? ¿Acaso mi existencia no tenía un principio y un final? Me resultaba ya imposible entender el tiempo en términos

lineales, como habría hecho John Daker. Ya no podía comprenderlo más que en términos espaciales.

Necesitaba un filósofo, un mago, un científico que me ayudara a resolver el problema. ¿O acaso podría olvidarlo? ¿Podría? Al menos, tendría que intentarlo.

Las aves marinas graznaban y volaban en círculo mientras desplegábamos las velas y éstas se hinchaban bajo el viento sofocante que se había levantado. Las cuadernas crujieron al levar anclas, las amarras fueron izadas de los postes y la gran nave insignia, la *Iolinda,* se separaba del embarcadero y abandonaba el puerto, batiendo todavía los remos pero adquiriendo velocidad progresivamente conforme se acercaba al mar abierto.

10. Primeras señales de los Eldren

La flota era enorme y contaba con grandes naves de combate de muchos tipos, algunas de ellas similares a lo que John Daker habría identificado como clípers del siglo XIX, otras parecidas a juncos, otras más con las formas típicas de los navíos latinos del Mediterráneo y algunas más muy semejantes a las carabelas del tiempo del descubrimiento. Navegando en formaciones separadas según su provincia u origen, las distintas flotillas simbolizaban las diferencias y la unidad de la humanidad. Me sentí lleno de orgullo al verlas.

Excitados, tensos, alertas y confiados en la victoria, dejamos atrás Paphanaal, puerta de Mernadin y de su conquista.

Sin embargo, seguía sintiendo la necesidad de conocer más características de los Eldren. Mis borrosos recuerdos de la vida de un Erekosë anterior sólo me aportaban la impresión de confusas batallas contra ellos y también, quizás, una especie de sensación de emocionado pesar. Eso era todo. Había oído decir que los Eldren no tenían órbitas óseas alrededor de los ojos, y que ésta era su principal característica claramente no humana. Se decía que poseían una belleza inhumana, que eran inhumanamente despiadados y que sus apetencias sexuales tampoco eran humanas. Eran ligeramente más altos que lo habitual en los hombres, y tenían la cabeza alargada, con los pómulos ligeramente sesgados y los ojos también un tanto oblicuos. Sin embargo, todo eso no me bastaba, en realidad. No había una sola imagen de los Eldren en rincón alguno de los Dos Continentes, pues existía la creencia de que las imágenes traían mala suerte, sobre todo si se dibujaban los maléficos ojos de los Eldren.

En el curso de la travesía hubo un gran trasiego de comunicados de un barco a otro, y los comandantes de las unidades eran transbordados

mediante cuerdas y poleas hasta la nave insignia, y de nuevo a la suya propia, siempre que el tiempo lo permitía. Habíamos preparado una estrategia general y teníamos planes alternativos por si resultaba imposible poner en acción tal estrategia. La idea había partido de mí y pareció una novedad a los demás, pero pronto comprendieron su conveniencia y, en poco tiempo, tuvimos preparados todos los detalles. Diariamente, los guerreros de cada nave se adiestraban para la labor específica que deberían desarrollar cuando fuera avistada la flota Eldren, si es que tal cosa se producía. En caso contrario, despacharíamos parte de la flota a Paphanaal y empezaríamos directamente a atacar la ciudad. No obstante, esperábamos que los Eldren enviarían contra nosotros su flota de defensa antes de llegar a Paphanaal, y era sobre esta probabilidad donde basábamos nuestra estrategia principal.

Katorn y yo nos evitábamos lo más posible. Durante aquellos primeros días de navegación desaparecieron los duelos verbales como los sostenidos en Necranal o en el río Droonaa. Me mostraba cortés con Katorn cuando tenía necesidad de comunicarle algo y él, siempre con su habitual hosquedad, era también correcto conmigo. El rey Rigenos parecía aliviado al verlo, y me dijo que se alegraba de que hubiéramos resuelto nuestras diferencias. Naturalmente, no habíamos resuelto nada. Simplemente, las habíamos dejado a un lado hasta el momento en que pudiéramos solventarlas de una vez por todas. Finalmente, me había convencido de que debería luchar contra Katorn, y que él intentaría acabar conmigo.

Hice una buena amistad con el conde Roldero de Stalaco, aunque éste quizá fuera el más sediento de sangre cuando la conversación giraba en torno a los Eldren. John Daker le habría tildado de reaccionario, pero también a él le habría gustado. Era un hombre leal, estoico y sincero que siempre decía lo que pensaba y dejaba que los demás hicieran lo mismo, esperando de ellos la misma tolerancia que él mostraba hacia los demás. En cierta ocasión en que apunté que simplificaba demasiado las cosas, reduciéndolas a blanco o negro, sonrió tristemente y respondió:

—Erekosë, amigo mío, cuando hayas visto lo que yo he llegado a ver durante mi vida en este planeta nuestro, verás las cosas con mi misma claridad, blancas o negras. Uno sólo puede juzgar a los demás por sus acciones, no por sus proclamas. Las personas actúan para bien o lo hacen para mal, y quienes causan grandes males son malos, y quienes hacen grandes bienes, son buenos.

—Pero la gente puede hacer un gran bien accidentalmente, aunque sea con la intención opuesta y, contrariamente, una persona con la mejor de las intenciones puede causar un gran perjuicio —repliqué, sorprendido por su afirmación de que había vivido y visto más que yo (aunque creo que el conde bromeaba al decirlo).

—¡Exacto! —respondió éste—. No haces sino repetir mi punto de vista. A mí no me importa, repito, lo que la gente diga que guía sus intenciones. Yo juzgo a las personas por los resultados que consiguen. Los Eldren, por ejemplo...

Levanté la mano, con una sonrisa, y le interrumpí:

—Ya sé lo perversos que son. Todo el mundo me ha hablado de su astucia, de lo traicioneros que son, de su uso de los poderes de la magia negra.

—¡ Ah! —respondió el conde Roldero—, pareces creer que odio a los Eldren como individuos, y no es así. Por lo que sé, quizá sean dulces y tiernos para con sus hijos, quizás amen a sus mujeres y cuiden bien a sus animales. Yo no afirmo que sean unos monstruos como individuos. Es más bien su fuerza lo que debe valorarse, es esa fuerza lo que debemos tener en cuenta, es en la amenaza de sus ambiciones en lo que debemos basar nuestra actitud hacia ellos.

—¿ Y cómo podemos valorar esa fuerza? —pregunté entonces. —No es humana, y por tanto sus intereses no son humanos. En consecuencia, para adecuarse a sus propios intereses, necesita destruirnos. En este caso, debido a la naturaleza no humana de los Eldren, su mera existencia es una amenaza para nosotros. Y, por la misma razón, nosotros lo somos para ellos. Los Eldren han asumido esta realidad y, en consecuencia, intentarían eliminarnos por completo. Nosotros también hemos asumido este estado de cosas y vamos a eliminarles antes de que tengan la oportunidad de destruirnos. ¿Me vas comprendiendo?

El argumento parecía suficientemente convincente para la actitud pragmática que yo siempre había procurado adoptar ante la vida, pero me vino a la cabeza un pensamiento que expresé en voz alta.

—¿No olvidas una cosa, conde Roldero? Tú mismo has dicho que los Eldren no son humanos. ¿Acaso consideras que tienen intereses humanos...?

—Bueno, son de carne y hueso —replicó—. Son animales, igual que nosotros. Tienen impulsos animales, lo mismo que nosotros.

—Pero muchas especies animales parecen vivir en paz unas junto a otras, en una especie de armonía básica —le recordé—. El león no pelea constantemente con el leopardo, el caballo no se pelea con la vaca, e incluso entre los miembros de estas especies rara vez se matan, por importante que sean las diferencias entre ellos.

—Pero lo harían —replicó el conde Roldero, impávido—. Lo harían si pudieran prever los acontecimientos. Lo harían si tuvieran información sobre el ritmo al que el animal adversario consume las reservas alimenticias, se reproduce o expande su territorio.

Me rendí. Noté que ahora nos hallábamos ambos en un terreno resbaladizo. Estábamos sentados en mi camarote, contemplando la hermosa tarde y el tranquilo mar a través del portillón abierto. Serví al conde un poco más de vino de mis reservas, que disminuían a gran velocidad (me había acostumbrado a beber una buena cantidad de vino poco antes de acostarme, para asegurarme de que mi descanso no se viera turbado por visiones o recuerdos).

El conde Roldero apuró el vino en un par de largos tragos y se levantó del asiento.

—Se hace tarde. Debo regresar a mi barco o mis hombres creerán que me he ahogado y empezarán a celebrarlo. Veo que no te queda demasiado vino, así que te traeré un par de odres en mi próxima visita. Adiós, amigo Erekosë. Tienes el corazón donde debe tenerse, estoy seguro. Sin embargo, eres un sentimental, aunque te empeñes en decir lo contrario.

—Buenas noches, Roldero —sonreí, al tiempo que alzaba una copa medio llena—. ¡Bebamos por la paz cuando termine este asunto!

—¡ Ay, la paz...! —exclamó Roldero—. ¡Como las vacas y los caballos! Buenas noches, amigo mío.

Le vi alejarse con una carcajada. Bastante bebido, me despojé de mis ropas y me derrumbé en el catre, sonriendo estúpidamente ante la última exclamación de Roldero al despedirse.

—¡Como las vacas y los caballos, tiene razón! ¿Quién prefiere una vida así? ¡Por la guerra!

Alcé la copa y la lancé por el portillón abierto, antes de caer derrumbado en el lecho y quedarme dormido antes casi de que mis ojos acabaran de cerrarse.

Y tuve un sueño.

Pero esta vez soñé en la copa de vino que había lanzado por el portillón.

Creí verla flotar entre las olas, refulgente de oro y piedras preciosas. Creí verla arrastrada por una corriente marina, alejándose cada vez más de la flota hasta un lugar solitario donde jamás se acercaban los barcos y donde no se divisaba nunca tierra, perdida para siempre en un mar negro.

Durante el mes entero de navegación, el mar se mantuvo en calma, el viento nos fue favorable y el tiempo fue espléndido, en general.

Nuestros ánimos fueron exaltándose, pues consideramos estas condiciones favorables como un signo de buena suene. Todos estábamos alegres. Todos, claro está, salvo Katorn, quien gruñía continuamente por lo bajo, diciendo que aquello podía ser la calma que precede a la tormenta, y que debíamos esperar lo peor de los Eldren cuando, por fin, nos enfrentáramos a ellos.

—Los Eldren son tramposos —repetía una y otra vez—, esa basura es de lo más traicionera. Es posible que incluso conozcan nuestra expedición y hayan preparado alguna maniobra que no esperemos. Puede que incluso sean responsables del tiempo...

Al escuchar esto último, no pude evitar una carcajada y Katorn apareció en la cubierta con gesto irritado.

—¡Ya veremos, Erekosë! —aulló al verme—. ¡Ya veremos!

Y, al día siguiente, tuvimos oportunidad de comprobarlo.

Según los mapas, nos aproximábamos a las costas de Mernadin. Apostamos más vigías, dispusimos la escuadra de la humanidad en orden de batalla, revisamos nuestro armamento y aminoramos la velocidad.

La mañana transcurrió lentamente mientras aguardábamos con la nave insignia al frente, mecida por las olas, con las velas arriadas y los remos levantados.

Y entonces, hacia el mediodía, el vigía de nuestro palo mayor gritó por su megáfono:

—¡Barcos a la vista! ¡Cinco velas al frente!

El rey Rigenos, Katorn y yo corrimos a la cubierta de proa, mirando al frente. Observé al rey Rigenos y fruncí el ceño.

—¿Cinco velas? —murmuré—. ¿Sólo cinco velas?

—Quizá no sean naves de los Eldren—dijo el rey moviendo la cabeza en señal de negativa

—Naturalmente que son Eldren —gruñó Katorn—. ¿Quién si no podría haber en estas aguas? Ningún mercader humano comerciaría con esas criaturas...

Llegó hasta nosotros un nuevo grito del vigía.

—¡Diez velas ahora! ¡Veinte! ¡Es la flota, la flota de los Eldren! ¡Navegan a toda velocidad hacia nosotros!

Ahora, yo mismo creí ver un destello blanco en el horizonte. ¿Habría sido la cresta de una ola? No. Era la vela de una nave, estaba seguro.

—¡Mirad! —exclamé—. ¡Ahí! —y señalé hacia el frente.

Rigenos forzó sus ojos, al tiempo que los protegía del sol con una mano.

—No veo nada. Son imaginaciones tuyas. No pueden aproximarse a tal velocidad...

También Katorn escrutaba el horizonte ante nosotros.

—¡Sí, yo también lo veo! ¡Una vela! ¡Qué rápidos son! ¡Por las escamas del dios del mar, seguro que les impulsa algún extraño exorcismo! Es la única explicación.

El rey Rigenos se mostró escéptico ante las palabras de Katorn.

—Son naves más ligeras que las nuestras —le recordó—, y el viento sopla a su favor.

Katorn, a su vez, no pareció muy convencido.

—Quizá—gruñó—. Quizá tienes razón, majestad.

—¿Han utilizado la brujería en alguna otra ocasión? —le pregunté.

Estaba dispuesto a creer en cualquier cosa, pues era mi único recurso si quería seguir creyendo en lo que me había sucedido.

—¡ Ay! —masculló Katorn—. ¡Han usado todo tipo de sortilegios! ¡Vaya, si casi puedo oler en el propio aire su ponzoñosa magia!

—¿Cuándo la han utilizado? —insistí—. ¿De qué tipo? Quiero saber todos los detalles para poder adoptar contramedidas adecuadas.

—En ocasiones, pueden hacerse invisibles. Se dice que fue así como consiguieron tomar Paphanaal. También pueden caminar sobre las aguas, y navegar por los aires.

—¿Les has visto hacerlo?

—Con mis propios ojos, no. Sin embargo, he oído muchos relatos al respecto. Relatos que me son fiables porque provienen de hombres que jamás mienten.

—Y esos hombres, ¿han experimentado personalmente tales actos de brujería?

—Ellos mismos, no. Pero conocen a otros que sí los han padecido.

—Así pues, todo ello no dejan de ser rumores —insistí.

—¡Bah, di lo que te plazca! —rugió Katorn—. ¡Que tú no me creas...! ¡Tú, que eres la esencia misma de la brujería, que debes tu existencia a un encantamiento! ¿Por qué crees que apoyé la idea de traerte de nuevo a este mundo, Erekosë? ¡Porque consideré que necesitábamos una brujería que fuera más poderosa que la de ellos! ¿Qué es, entonces, la espada que pende de tu cinto sino un arma encantada?

Me encogí de hombros.

—Esperemos, pues —musité—, y veamos sus exorcismos.

El rey Rigenos alzó la cabeza y gritó al vigía:

—¿Qué tamaño tiene la flota que divisas?

—Aproximadamente la mitad de la nuestra, mi señor —contestó el aludido, con las palabras algo distorsionadas por el megáfono—. No más de eso, desde luego. Y creo que están todas sus reservas. No veo que se aproximen más.

—De momento, no parece que vayan a acercarse más —comenté en voz baja al rey—. Pregunta al vigía si avanzan.

—¿Se ha puesto al pairo la flota de los Eldren, maese vigía? —inquirió el rey Rigenos.

—En efecto, mi señor. Ya no vienen hacia nosotros y parecen estar arriando velas.

—Están esperándonos —murmuró Katorn—. Quieren que les ataquemos. Pues bien, nosotros también aguardaremos.

—Esa es la estrategia que hemos acordado —asentí.

Y esperamos.

Esperamos hasta el crepúsculo y cayó la noche y a lo lejos, en el horizonte, brilló de vez en cuando un destello plateado que tanto podía ser una ola como una nave. Unos consumados nadadores transportaban apresurados mensajes de un barco a otro de nuestra flota.

Y continuamos esperando, dormitando lo mejor que podíamos y preguntándonos cuándo atacarían los Eldren, si acaso llegaban a hacerlo.

Podían oírse los pasos de Katorn recorriendo la cubierta mientras, abajo, permanecía acostado en mi catre sin dormir, intentando hacer lo más razonable, cual era preservar las fuerzas para el día siguiente. De todos nosotros, Katorn era el más impaciente por entrar en combate. Pensé que, de haber dependido de él, ya estaríamos cargando contra los Eldren ahora mismo, despreciando todos nuestros anteriores planes tan meticulosamente establecidos.

Sin embargo, afortunadamente, la decisión debía ser mía. Ni siquiera el rey Rigenos tenía autoridad, salvo bajo circunstancias muy excepcionales, para contradecir ninguna de mis órdenes.

Descansé, pero no conseguí dormir. Ya había tenido un primer contacto visual con un barco de los Eldren, pero seguía sin saber el aspecto real de sus naves, ni cuál sería la impresión que me produciría su tripulación.

Acostado en el catre, recé para que llegara pronto el inicio de nuestra batalla. ¡Una flota de apenas la mitad de tamaño que la nuestra! Sonreí sin ganas. Sonreí porque sabía que íbamos a salir victoriosos.

¿Cuándo atacarían los Eldren?

Incluso podía ser que aquella misma noche. No me importaba si era de noche. Deseaba combatir. Katorn había dicho que les gustaba la noche. Una enorme ansia de batalla se estaba apoderando de mí. ¡Quería luchar!

11. El encuentro de las flotas

Transcurrió un día entero y otra noche y los Eldren siguieron inmóviles en el horizonte.

¿Acaso esperaban deliberadamente nuestro desgaste, a base de ponernos nerviosos? ¿O más bien temían el tamaño de nuestra escuadra? Medité si quizá su estrategia dependía de que fuéramos nosotros quienes atacáramos.

La segunda noche dormí por fin, pero sin el embotamiento alcohólico al que me había acostumbrado. Ya no quedaba bebida, y no había habido ocasión para que el conde Roldero trajera a bordo los odres prometidos.

Y los sueños fueron, si acaso, peores que nunca.

> *Vi mundos enteros en guerra, destruyéndose mutuamente en batallas sin sentido.*
>
> *Vi la Tierra, pero era una Tierra sin Luna. Una Tierra que no daba vueltas, que tenía una mitad bajo la perenne luz del sol y la otra en una oscuridad aliviada apenas por las estrellas. Y había allí, también, una gran lucha y un morboso interrogante que casi me destruyó... Un nombre... ¿Clarvis? Algo parecido. Yo intentaba retener los nombres que aparecían en mis sueños, pero casi siempre se me escapaban; supongo que no eran, en realidad, sino la parte menos importante de aquellos.*
>
> *Vi la Tierra, una Tierra diferente otra vez. Una Tierra tan vieja que hasta los mares habían empezado a secarse. Yo cabalgaba por un paraje inhóspito, bajo un débil sol, y pensaba en el tiempo...*

Intenté asirme a aquel sueño, alucinación, recuerdo o lo que fuera. Creí que allí podía encontrar una clave de lo que yo era en realidad, de cómo había empezado todo.

Otro nombre, el Cronarca... Después, todo se difuminó. No parecía existir en aquel nuevo sueño nada que fuera más significativo que los anteriores.

Y una vez desaparecido el sueño me encontré en una ciudad, junto a un automóvil de gran tamaño, riéndome, con una especie de extraña arma en las manos y entre una lluvia de bombas descargadas por invisibles aviones, que destruían la ciudad. Di una calada al habano Upmann...

Me desperté, pero casi de inmediato volví a caer en mis sueños.

Ahora caminaba, a solas y fuera de mí, por unos pasillos de acero y tras los tabiques de los pasillos no había más que espacio vacío y oscuro. La Tierra quedaba atrás, en la lejanía. La máquina de acero dentro de la cual me encontraba se dirigía a otra estrella. Yo estaba atormentado, obsesionado con el recuerdo de mi familia. ¿John Daker? No...John...

Y entonces, como para confundirme aún más, empezaron a surgir los nombres. Los vi. Los escuché. Eran pronunciados en muchas formas distintas de jeroglíficos, y cantados en muchas lenguas diferentes.

Aubec. Bizancio. Cornelius. Colvin. Bradbury. Londres. Melniboné. Hawkmoon. Lanjis Liho. Powys. Marca. Elric. Muldoon. Dietrich. Arflane. Simon. Kane. Allard. Corum. Traven. Ryan. Asquinol. Pepin. Seward. Mennell. Tallow. Hallner. Colonia...

Y los nombres continuaron y continuaron...

Me desperté con un alarido.

Y ya era de día.

Me levanté del catre sudando y refresqué todo mi cuerpo en agua fría.

¿Por qué no empezaba ya la lucha? ¿Por qué?

Sabía que, una vez iniciada la batalla, los sueños desaparecerían. Estaba seguro de ello.

En ese instante se abrió la puerta de mi camarote y entró un esclavo.

—Amo...

Una trompeta lanzó su agudo sonido de alerta y se escucharon los gritos y pasos de los hombres moviéndose apresuradamente por todo el barco.

—Amo, los barcos enemigos empiezan a moverse.

Me vestí con un gran suspiro de alivio, me enfundé la armadura todo lo aprisa que pude y me até la espada al cinto.

Después corrí a cubierta y subí a toda prisa al puente donde ya estaba el rey Rigenos, cubierto por su armadura y con un aire preocupado en el rostro.

Por doquier, las naves de la flota se enviaban señales con las banderas mientras las voces de sus capitanes gritaban consignas de barco a barco. Las trompetas alzaban sus gritos como bestias metálicas y los tambores empezaban a tronar.

Por fin, aprecié con toda claridad que las naves de los Eldren se ponían en movimiento.

—Nuestros comandantes están dispuestos —murmuró con voz tensa el rey Rigenos—. Mira, las naves ya están tomando posiciones.

Observé complacido cómo la flota empezaba a adoptar la disposición prevista en nuestro tan repasado plan de batalla. Ahora, si los Eldren se comportaban según nuestras expectativas, la victoria tenía que ser nuestra.

Volví a observar las naves enemigas y emití un jadeo al ver acercarse sus cascos, maravillado ante su exquisita gracia y sorprendido al verlas surcar las olas con la gracia de un delfín.

Pero no eran delfines, me dije. Eran tiburones que terminarían con todos nosotros si les dábamos oportunidad. Ahora comprendía en parte la suspicacia de Katorn ante cualquier cosa que pudiera asemejarse a los Eldren. Si yo no hubiera sabido que aquellos eran nuestros enemigos y que intentaban destruirnos, me habría quedado extasiado ante su belleza.

No eran galeones, como los barcos que componían el grueso de nuestra flota. Eran sólo barcos a vela, y las velas lucían diáfanas de unos mástiles muy delgados. Sus cascos blancos surcaban el blanco más oscuro de la espuma mientras se lanzaban hacia nosotros furiosamente, sin el menor titubeo.

Estudié su armamento con atención.

Montaban unos cuantos cañones, pero no tantos como nuestras naves. Los suyos, sin embargo, eran finos y plateados, y al verlos temí su potencia.

Katorn llegó junto a nosotros, jadeando de placer.

—¡Ah, por fin! —exclamó—. ¡Por fin! ¡Por fin! ¿Ves sus armas, Erekosë? Guárdate de ellas. Con esas armas hacen brujería, aunque no me creas.

—¿Brujería? ¿A qué te refieres...?

Pero Katorn ya se había alejado otra vez, dando gritos a los hombres que cuidaban de los aparejos para que apresuraran su trabajo.

Empecé a distinguir pequeñas figuras en las cubiertas de las naves Eldren. Veía las formas de sus rostros pero, a aquella distancia, todavía no alcanzaba a discernir sus facciones. Se movían raudos por los barcos, que avanzaban sin pausa hacia nosotros.

Las maniobras de nuestra flota ya estaban casi ultimadas y la nave insignia empezó a situarse en posición.

Dí personalmente la orden de ponerse al pairo y nos mecimos con las olas, a la espera de los barcos Eldren que, como tiburones, se lanzaban contra nosotros.

Tal como estaba proyectado, maniobramos hasta formar un cuadrado poderoso por tres lados pero débil por el frente situado ante la flota Eldren.

Unos cientos de barcos estaban situados en el lado opuesto del cuadrado, apretados proa con proa, con los cañones preparados. Los dos lados restantes tenían un centenar de naves cada uno y estaban a suficiente distancia entre sí como para que un disparo propio no diera accidentalmente en otro barco de la flota. Habíamos dispuesto un muro de barcos más reducido —unos veinticinco— en el lado del cuadrado contra el que se dirigían los Eldren. Esperábamos dar la impresión de una formación muy densa, con unas cuantas naves en el medio con los colores reales, para que creyeran que se trataba de la nave insignia y su escolta. Estas embarcaciones eran el cebo. La verdadera nave insignia —en la que estaba yo— había arriado momentáneamente sus colores y estaba casi en el centro del lado de estribor del cuadrado.

Los buques de los Eldren estaban cada vez más cerca. Era casi cierto lo que Katorn había dicho. Realmente, parecían volar a ras de agua, más que surcar las olas.

Me empezaron a sudar las manos. ¿Picarían el anzuelo? El plan había sorprendido a los comandantes por su originalidad, lo cual significaba que

no se trataba de la maniobra clásica que tanto se había practicado en algunos períodos de la historia de la Tierra. Si no salía bien, perdería todavía más la confianza de Katorn y saldría afectada mi situación ante el rey, con cuya hija esperaba casarme algún día.

Pero ya no tenía sentido preocuparse por ello. Observé los acontecimientos.

Y los Eldren picaron el anzuelo.

Con un rugido de cañones, la flota Eldren golpeó en una formación en flecha contra la débil pared y, llevada de su propio ímpetu, se encontró sólidamente rodeada por tres lados.

—¡Izad nuestra enseña! —grité a Katorn y la tripulación—. ¡Izad las enseñas! ¡Que sepan quién es el causante de su derrota!

Katorn dio las órdenes. Mi estandarte fue el primero en subir, con su espada de plata en campo negro, y después el del rey. Maniobramos para estrechar la trampa, para aplastar a los Eldren antes de que se dieran cuenta de que habían caído en el engaño.

Jamás había visto una flota tan capaz de maniobrar como aquellos finos barcos utilizados por los Eldren. Casi tan grandes como nuestras naves, se movieron ágilmente tratando de encontrar una abertura en el muro de barcos humanos. Pero no había por dónde salir. Yo me había ocupado de que así fuera.

Ahora, sus cañones bramaban feroces, escupiendo bolas de llamas. ¿Era aquello lo que Katorn tenía por «brujería»? La munición de los Eldren era de bombas incendiarias en lugar de proyectiles sólidos como los que utilizábamos nosotros. Las bombas incendiarias cruzaban el claro cielo del mediodía como extrañas cometas.

Pero las naves Eldren eran como tiburones capturados en una red irrompible. Fuimos cerrando inexorablemente la trampa. Nuestros obuses vomitaban hierro sobre sus blancos cascos hasta desgarrarlos, causándoles grandes daños, arrancando de cuajo sus esbeltos mástiles y haciendo estallar las cuadernas, desgarrando las diáfanas velas que caían como las alas de una mariposa agonizante.

Y nuestros enormes barcos de guerra, con sus poderosas maderas chapadas de metal, sus inmensos remos batiendo el agua y sus velas oscuras y pintadas henchidas al viento, avanzaron para aplastar a los Eldren.

La flota Eldren se dividió entonces aproximadamente en dos mitades

iguales que se lanzaron hacia los extremos opuestos de la red de barcos de la humanidad, que eran sus puntos más débiles. Muchas naves Eldren intentaron pasar, pero estábamos preparados para ello y, con monumental precisión, nuestros buques se situaron como refuerzos en las zonas amenazadas.

La flota Eldren estaba ahora dividida en varios grupos, lo que hacía más sencilla nuestra labor. Implacables, nos lanzamos a aplastarles.

Los cielos estaban ahora llenos de humo y las aguas bullían con los restos en llamas, y el aire estaba lleno de gritos, quejidos y voces de guerra, del silbido de las bombas incendiarias, del rugido de nuestros disparos y del estremecedor estruendo de los cañones. Tenía el rostro cubierto de una capa de grasa y cenizas producto del humo y sudaba por la proximidad de las llamas.

De vez en cuando contemplaba por un instante algún tenso rostro Eldren y me admiraba de su belleza y me decía con temor que quizás habíamos confiado demasiado en nuestra victoria. Iban cubiertos de una armadura ligera y se movían sobre sus naves con la gracia de bailarines entrenados, y sus cañones de plata no hacían la menor pausa en el bombardeo de nuestra flota. Allí donde daban las bombas incendiarias, las cubiertas y puentes quedaban al instante en llamas, con un fuego intenso y estruendoso que daba un color verdeazulado y parecía devorar el metal con la misma facilidad que la madera.

Me así a la barandilla del puente y me incliné hacía delante, intentando divisar algo a través de la densa humareda pestilente. De pronto vi un barco Eldren con el costado frente a nosotros, a escasa distancia.

—¡Preparados para embestir de proa! —grité—. ¡Preparados para embestir de proa!

Como muchas de nuestras naves, la *Iolinda* poseía un espolón de hierro justo bajo la línea de flotación. Había llegado nuestra oportunidad de usarlo. Vi al capitán Eldren en su castillo de popa, gritando órdenes a sus hombres para que viraran el barco, pero ya era demasiado tarde hasta para los rápidos Eldren. Nos abalanzamos sobre su nave, de menor tamaño que la nuestra, y todas nuestras cubiertas se estremecieron y rechinaron con el embite, que nos envió de un lado a otro. El hierro y la madera resonaron con un tremendo rugido al chocar contra su costado y la espuma de las olas se alzó hasta el firmamento mientras el casco enemigo cedía. Fui lanzado contra el mástil y perdí pie. Mientras intentaba reincorporarme, vi que

habíamos partido el barco Eldren completamente en dos. Contemplé el espectáculo con una mezcla de entusiasmo y horror, pues no me había dado cuenta hasta entonces del brutal poder de la *Iolinda.*

Vi flotar por unos instantes las dos mitades del barco que acabábamos de partir, y segundos después contemplé cómo empezaban a hundirse, uno por cada costado de nuestra poderosa nave. La expresión horrorizada de mi rostro parecía reflejarse en la del capitán Eldren, que pugnaba fieramente por mantenerse en pie sobre la escorada cubierta de popa, mientras sus hombres arrojaban las armas y saltaban al mar negro y rugiente que ya estaba repleto de restos de naufragios y cadáveres a la deriva.

El mar engulló la esbelta nave Eldren, ahora con gran rapidez, y escuché al rey Rigenos que reía a mi espalda mientras los Eldren desaparecían bajo las aguas.

Me volví. Tenía el rostro tiznado de hollín y sus ojos enrojecidos sobresalían con aire salvaje de sus órbitas. Llevaba el casco con la corona de hierro y diamantes ladeado en la cabeza mientras seguía con sus carcajadas triunfales.

—¡Buen trabajo, Erekosë! Este es el modo más concluyente de tratar con esas criaturas. Partirlos por la mitad. Enviarlos a las profundidades del océano para que puedan estar mucho más cerca de su amor, el señor de los infiernos.

Katorn subió a nuestra posición. También su rostro estaba exultante.

—Debo reconocer, Erekosë, que has demostrado saber cómo acabar con los Eldren.

—Sé como hacerlo con muchas clases de hombres —respondí tranquilamente. Me había disgustado su comentario, pues me había admirado el honor demostrado por el capitán de los Eldren al morir con su barco—. Simplemente, he aprovechado una oportunidad. No hay gran mérito en que una nave del tamaño de ésta aplaste a otro barco más pequeño.

Pero no había tiempo para discutir aquel extremo. Nuestra nave avanzaba entre los restos del naufragio que había provocado, rodeada de lenguas de fuego anaranjadas, gritos y gemidos, y de un humo espeso que nublaba la vista en todas direcciones, haciendo imposible saber cómo se estaba portando la flota de la humanidad.

—Tenemos que salir de aquí —dije—. Vamos a aguas más limpias. Tenemos que hacer saber a nuestras naves que seguimos sin novedad.

¿Quieres dar las órdenes, Katorn?

—Desde luego —asintió el aludido, volviendo a sus obligaciones.

La cabeza empezó a latirme con la excitación de la batalla, que se había convertido en un enorme muro de ruido, una gran ola de humo y llamas invadida por el hedor a muerte.

Y, sin embargo, todo ello me resultaba familiar.

Hasta aquel instante, las tácticas bélicas que había adoptado habían sido bastante racionales, intelectuales más que instintivas. En cambio, ahora parecían entrar en acción unos viejos instintos muy experimentados, y las órdenes salían de mis labios sin tener que meditarlas primero.

Y tenía plena confianza en que tales órdenes eran las adecuadas. Incluso Katorn confiaba ahora en mí.

Aquello era lo que había sucedido con la orden de embestir la nave Eldren. No me había detenido a pensar, y probablemente eso era lo mejor.

A base de poderosos golpes de remo, la Iolinda consiguió salir de la zona de humos más densos y sus trompetas y tambores sonaron para anunciar su presencia al resto de la flota. Un rugido de vítores se levantó en las cubiertas de algunas naves próximas cuando aparecimos en una zona relativamente libre de humos, restos de naufragios u otras naves.

Una parte de nuestra flota había empezado a rodear a las naves Eldren que perdían contacto con sus hermanas, y nuestros cañones bombardeaban con sus obuses de hierro a las rápidas naves desde todas las direcciones a la vez. Los capitanes daban órdenes de saltar al abordaje: los agudos garfios se adhirieron a las pasarelas blancas de los barcos enemigos, desgarraron sus velas relucientes, se hundieron en la carne e incluso arrancaron brazos y piernas al ser lanzados. Las grandes naves de guerra arrasaban la flota Eldren, mientras los barcos menores, como balleneros, se cebaban en sus presas medio muertas.

Empezaron a surcar los aires, de cubierta a cubierta, las flechas que lanzaban nuestros arqueros, con los pies firmemente posados en cubierta y asidos a los aparejos, contra los enemigos. Las lanzas caían pesadamente sobre las cubiertas o rompían las corazas de los guerreros, tanto Eldren como humanos, y los dejaban inmóviles, muertos o malheridos. Todavía se escuchaban cañonazos, pero ya no era el fragor constante y mantenido que había sido. Los disparos se hicieron más intermitentes y fueron reemplazados por el estrépito de las espadas y por los gritos de los guerreros al enfrentarse cuerpo a cuerpo.

El humo formaba todavía grandes columnas en el aire sobre las aguas del campo de batalla. Cuando por fin pude ver más allá de la humareda y contemplé el océano verde y lleno de restos destrozados, advertí que la espuma ya no era blanca. Era roja. El mar estaba cubierto por una capa de sangre.

Cuando nuestra nave se puso en marcha de nuevo para volver a la batalla, vi multitud de rostros que se volvían a mirarme desde las aguas teñidas en sangre. Eran los rostros de los muertos, tanto Eldren como humanos, y todos ellos parecían compartir una misma expresión, un gesto de asombrada acusación.

Al cabo de unos instantes, decidí tratar de hacer caso omiso de la escena y de tales rostros.

12. La tregua rota

Dos naves Eldren más cayeron bajo nuestro espolón, mientras que nuestro barco apenas presentaba el menor daño. La Iolinda se movía por el campo de batalla como un monstruo destructivo insaciable, reafirmando continuamente su invulnerabilidad.

Fue el rey Rigenos el primero en verlo. Entrecerró los ojos y señaló hacia el frente entre el denso humo, abriendo una boca roja en mitad de la negrura de su rostro cubierto de hollín.

—¡Allí! ¿La ves, Erekosë? ¡Allí!

Contemplé ante nosotros un espléndido barco Eldren, pero no comprendí a qué se refería el rey.

—¡Es la nave insignia, Erekosë! —dijo Rigenos—. ¡La nave insignia de los Eldren! Puede que esté a bordo el propio jefe de esa horda. Si ese maldito servidor de Azmobaana está en su propia nave capitana y logramos destruirla, entonces podremos decir ya con confianza que hemos vencido. ¡Reza para que el príncipe de los Eldren esté a bordo, Erekosë! ¡Reza para que así sea!

Katorn intervino entonces, saltando desde detrás de nuestra posición:

—Quisiera ser yo mismo quien acabe con él.

Llevaba una pesada ballesta en sus manos enguantadas y acariciaba el gatillo del arma como otro haría con su gato favorito.

—¡Ojalá esté ahí el príncipe Arjavh! ¡Ojalá! —susurró Rigenos con voz sedienta de sangre.

No les presté gran atención, pero di la orden de que se aprestaran a lanzar los garfios de abordaje.

La fortuna seguía acompañándonos. Nuestra enorme nave se alzó sobre una ola favorable justo en el momento adecuado y caímos desde ella sobre

el barco insignia de los Eldren. Nuestras cuadernas crujieron contra sus costados, dejando al enemigo en situación perfecta para que actuaran nuestros garfios de abordaje. Los ganchos de hierro se asieron a gruesos cabos, desgarraron aparejos, se clavaron en la cubierta y se fijaron a las bordas.

La nave Eldren estaba asida a la nuestra, apretada contra nuestro costado como un amante acoge a su amada.

Y una sonrisa de triunfo como la de éste empezó a iluminar mi rostro. Saboreé la miel de la victoria en mis labios, y era el más dulce de todos los sabores. Yo, Erekosë, hice un gesto a uno de los esclavos para que se acercara y refrescara mi rostro con un paño húmedo. Me erguí orgullosamente sobre el puente. Detrás de mí estaba el rey Rigenos, a mi derecha. A mi izquierda estaba Katorn. De pronto, me sentí unido a ellos por una gran camaradería. Contemplé con orgullo la cubierta del barco de los Eldren. Los guerreros parecían exhaustos, pero seguían prestos para la lucha, con las flechas tensas en los arcos, las espadas asidas con firmeza en sus puños blancos y los escudos levantados. Nos miraban en silencio, sin intentar cortar las cuerdas y aguardando a que hiciéramos el primer movimiento.

Cuando dos naves insignia llegan a esta situación, siempre existe una pausa antes de que la lucha se inicie. Eso permite conferenciar a los capitanes y, si ambos lo acuerdan, decidir una tregua y los términos de la misma.

El rey Rigenos alzó la voz desde la barandilla del puente, dirigiéndose a los Eldren que alzaban la mirada hacia él con sus extraños ojos enrojecidos por el humo tanto como los nuestros.

—Os habla el rey Rigenos; he aquí a mi campeón, el inmortal Erekosë, vuestro antiguo enemigo que ha vuelto para derrotaros. Hablaremos un instante con vuestro capitán, siguiendo la tregua habitual.

Un hombre de gran estatura surgió entonces de debajo de una lona caída en la cubierta de popa. A través de los jirones de humo vi, borroso al principio, un rostro dorado y puntiagudo de ojos lechosos un tanto azulados que nos miraba con tristeza desde unas cuencas hundidas y marcadamente rasgadas. Una voz de Eldren, como una tonada, nos llegó de la otra nave:

—Soy el duque Baynahn, almirante de la flota Eldren. No discutiremos complicados tratados de paz con vosotros, pero si nos dejáis ir ahora no seguiremos luchando.

Rigenos sonrió y Katorn soltó un jadeo.

—¡Muy gracioso! —gruñó Katorn—. Sabe que está perdido.

Rigenos se rió con fuerza al oírle. Después respondió al duque Baynahn:

—Encuentro algo ingenua vuestra propuesta, duque Baynahn.

El aludido se encogió de hombros con gesto cansado.

—Entonces —dijo—, acabemos de una vez.

Levantó la mano enguantada para ordenar a sus hombres que dispararan los arcos.

—¡Un momento! —gritó Rigenos—. Hay otra solución si queréis ahorraros la muerte de vuestros hombres.

El duque Baynahn bajó lentamente la mano.

—¿De qué se trata? —inquirió en tono precavido.

—Si está a bordo vuestro señor, Arjavh de Mernadin, como así debe ser, hacedle salir y enfrentarse en combate singular con lord Erekosë, campeón de la humanidad. —Rigenos abrió las manos y añadió—: Si vence Arjavh, podréis retiraros en paz. Si es Erekosë el vencedor, pasaréis a ser nuestros prisioneros.

El duque Baynahn cruzó los brazos sobre el pecho.

—He de deciros que nuestro príncipe Arjavh no llegó a Paphanaal a tiempo de salir con nuestra flota. Está en el oeste, en Loos Ptokai.

El rey Rigenos se volvió hacia Katorn.

—Mátale —mascculló.

—No obstante —continuó el duque Baynahn—, estoy dispuesto a luchar con vuestro campeón si...

—¡No! —le grité a Katorn—. ¡Detente! Rey Rigenos, esto es deshonroso. No puedes dar esa orden durante una tregua.

—No es cuestión de honorabilidad, Erekosë. No hay tal cuando se trata de exterminar una plaga. Pronto lo comprenderás. ¡Mátale, Katorn!

El duque Baynahn tenía el ceño fruncido, claramente desconcertado por nuestra muda discusión e intentando descifrar alguna palabra.

—Yo lucharé con vuestro campeón—insistió—. ¿Estáis de acuerdo?

Y Katorn levantó la ballesta y la flecha silbó en el aire y escuché un breve gemido cuando penetró en la garganta del portavoz de los Eldren.

La mano de éste se alzó hacia la saeta, que aún vibraba. Sus extraños ojos se tornaron borrosos y cayó al suelo.

Me enfureció la demostración traicionera que acababa de efectuar quien

tantas veces acusaba de traición a sus enemigos, pero no había tiempo para reconvenciones pues las flechas de los Eldren silbaban ya a nuestro alrededor y tuve que dedicarme a asegurar nuestras defensas y prepararme para guiar el abordaje contra la traicionada tripulación del barco enemigo.

Me así de un cabo, desenvainé mi espada refulgente y dejé que las palabras fluyeran de mi boca, aunque todavía estaba lleno de ira contra Katorn y contra el rey.

—¡Por la humanidad! —grité—. ¡Muerte a la Jauría del Mal!

Asido al cabo, me lancé al aire cálido que golpeó mi rostro en el rápido salto y caí entre las filas de los Eldren, seguido de una masa de vociferantes guerreros humanos.

Y empezó el combate.

Mis seguidores tuvieron buen cuidado de apartarse de mí mientras la espada abría pálidas heridas entre los Eldren, destruyendo a todos quienes hería, aunque sólo fuera levemente. Muchos Eldren murieron bajo la espada Kanajana, pero no sentí el ardor de la batalla en mi interior mientras luchaba, pues todavía me sentía furioso por los actos de mi propia gente y me daba cuenta de que no había necesidad de tal carnicería. Los Eldren estaban paralizados por la muerte de su líder y parecían prácticamente muertos de miedo, aunque peleaban con valentía.

En realidad, los esbeltos barcos como tiburones parecían contener más hombres de lo que había calculado. Aquellos Eldren de cráneos alargados, conscientes de que el contacto de mi espada era mortal, se lanzaron sobre mí con un coraje desesperado y feroz.

Muchos de ellos blandían hachas de largos mangos, que movían para mantenerse fuera del alcance de mi espada. Esta no era más afilada que las normales y, aunque descargaba golpes sobre las empuñaduras de madera, no conseguía sino astillarlas ligeramente. Me veía obligado a agacharme constantemente y descargar estocadas por debajo de los filos de las hachas que no cesaban de dar vueltas.

Un joven Eldren de cabello dorado saltó hacia mí, alzó el hacha y la dejó caer contra la hombrera de mi armadura, haciéndome perder el equilibrio.

Rodé por el suelo, tratando desesperadamente de recuperar la verticalidad en la cubierta bañada de sangre. El hacha volvió a caer, esta vez sobre mi peto, haciéndome tambalear. Conseguí colocarme a duras penas en cuclillas, lancé un golpe con la espada por debajo del hacha y herí

la muñeca desprotegida del Eldren.

Un peculiar gemido de sollozo salió de sus labios. Emitió otro jadeo y murió. El «veneno» de la hoja había vuelto a hacer su trabajo. Yo seguía sin comprender cómo podía ser venenoso el propio metal, pero no había la menor duda de su eficacia. Me incorporé al fin, con todo el cuerpo magullado, y contemplé al valiente Eldren que ahora yacía a mis pies. Después eché un vistazo a mi alrededor.

Vi que llevábamos ventaja. El último grupo de Eldren que aún luchaba con bravura estaba en la cubierta principal, espalda contra espalda alrededor de su enseña, un campo escarlata con el Basilisco de Plata de Mernadin.

Me dirigí dando tumbos hacia la refriega. Los Eldren luchaban hasta el último hombre, pues sabían que sus enemigos humanos no tendrían piedad de ellos.

Me detuve. Los guerreros no me necesitaban ya. Envainé la espada y contemplé cómo los Eldren eran arrollados por nuestras fuerzas y, pese a estar todos malheridos, continuaban luchando hasta la muerte.

Alcé la mirada. Un extraño silencio parecía rodear las dos naves unidas, aunque en la distancia todavía podía escucharse el sonido del cañón.

Entonces Katorn, que había conducido el ataque sobre los últimos defensores Eldren, arrió su estandarte del basilisco y lo lanzó al suelo bañado en sangre. Con una furia irrazonable, se puso a pisotearlo hasta que quedó totalmente empapado e irreconocible.

—¡Así acabarán todos los Eldren! —gritó en una loca manifestación de triunfo—. ¡Todos, todos, todos!

A continuación, se lanzó hacia las bodegas de la nave para ver qué botín aguardaba a los vencedores.

El silencio volvió a la cubierta. El humo empezaba a dispersarse y ascendía a más altura, ocultando ahora la luz del sol.

Una vez tomada la nave insignia, la batalla estaba ganada. No se tomaban prisioneros. A lo lejos, los victoriosos guerreros humanos se ocupaban en incendiar las naves de los Eldren. No parecía haber escapado uno solo de sus barcos, ni quedaba uno solo por capturar. Muchas de nuestras embarcaciones habían sido destruidas o se hundían envueltas en llamas. Ambas flotas se extendían por una gran área del océano y las propias aguas de éste estaban cubiertas con una gran alfombra de restos de naufragios y cadáveres, dando la impresión de que los barcos enteros

estaban apresados en ella, como en una especie de mar de los Sargazos.

También yo me sentía atrapado allí. Deseaba abandonar aquel escenario lo antes posible. El nauseabundo olor de la muerte me sofocaba. Aquella no era la batalla que yo había esperado librar. Aquella no era la gloria que yo había esperado obtener.

Katorn volvió a aparecer con un aire satisfecho en su oscuro rostro.

—Vuelves con las manos vacías —le dije—. ¿A qué viene tanta satisfacción?

Katorn se limpió los labios con el guante.

—El duque Baynahn traía consigo a su hija.

—¿Está viva todavía?

—Ya no.

Un escalofrío recorrió mi espinazo.

Katorn alzó la cabeza y miró a su alrededor.

—Bien. Hemos acabado con ellos. Daré orden de que incendien las naves que quedan.

—Eso es un desperdicio inútil. Podríamos utilizar las que siguen en buen estado para reemplazar a las que hemos perdido —repliqué.

—¿Usar esos barcos malditos? Jamás!

Katorn hablaba con un rictus nervioso en los labios. Dio unos pasos hasta la borda de la nave Eldren y gritó a sus hombres que le siguieran a nuestro barco.

Yo regresé también, a regañadientes, tras dedicar una mirada al cuerpo del traicionado duque Baynahn, de cuya garganta sobresalía aún la saeta lanzada por la ballesta.

Subí a la *Iolinda,* di orden de recuperar todos los garfios que fuera posible, y mandé cortar los restantes.

El rey Rigenos se acercó a recibirme. Él no había tomado parte en el auténtico combate.

—Te has portado bien, Erekosë. Parece que habrías podido tomar ese barco tú solo, sin más ayuda...

—Probablemente habría podido —asentí—. Y quizás hasta la flota entera...

—¡Qué confianza tienes! —exclamó con una carcajada—. ¡La flota entera!

—Así es. Había un modo de conseguirlo.

—¿A qué te refieres? —replicó, al tiempo que fruncía el ceño.—Si me

hubieras dejado luchar con el duque Baynahn, como él mismo sugirió, habríamos podido salvar muchos barcos y muchas vidas. Barcos nuestros. Y vidas nuestras.

—Estoy seguro de que no creerías sus palabras, ¿verdad? Los Eldren siempre intentan trucos así. Indudablemente, si hubieras accedido a su plan, habrías pasado a su barco y, de inmediato, habrías sido asaeteado por un centenar de flechas. Créeme, Erekosë, no debes dejar que te engañen con sus falsedades. Nuestros antepasados fueron engañados así, y ve ahora nuestros sufrimientos.

—Quizá tengas razón —respondí, encogiéndome de hombros.

—Naturalmente que la tengo. —El rey Rigenos volvió la cabeza y se dirigió en voz alta a la tripulación—. ¡Incendiad esa nave! Daos prisa, holgazanes, ¡incendiad esa maldita nave Eldren!

El rey Rigenos estaba de buen humor. De muy buen humor.

Observé el lanzamiento de las flechas incendiarias sobre los fardos de materiales combustibles que se habían colocado en lugares estratégicos del barco Eldren.

La esbelta embarcación quedó pronto en llamas. Los cuerpos abatidos en la matanza empezaron a arder y un humo aceitoso se alzó rápidamente hacia el cielo. El barco se alejó mientras sus cañones de plata nos apuntaban como las fauces de unos animales sacrificados en la matanza. Sus velas brillantes cayeron en jirones llameantes sobre las cubiertas ya incendiadas. El casco se estremeció de pronto como si exhalara su último suspiro.

—Enviadle un par de cañonazos bajo la línea de flotación —gritó Katorn a sus artilleros—.Asegurémonos de que ese barco maldito se hunde de una vez por todas.

Uno de nuestros cañones de bronce rugió y el poderoso obús fue a dar en la nave insignia de los Eldren, levantando una columna de agua y abriendo un gran boquete en el casco.

La nave insignia dio unas guiñadas, pero aún parecía querer seguir a flote. Sus movimientos se hicieron cada vez más lentos al tiempo que se sumergía en las aguas hasta que, de pronto, se detuvo. Y después, en un instante apenas, se hundió y desapareció.

Pensé en el duque Eldren. Y pensé en su hija.

Y, en cierto modo, les envidié en aquel instante. Ahora conocerían la paz eterna, igual que a mí parecía no esperarme otra cosa que la guerra

eterna.

Nuestra flota comenzaba a reunirse tras la batalla.

Habíamos perdido treinta y ocho barcos de guerra y ciento diez embarcaciones menores de diferentes tipos.

Pero no quedaba nada de la flota Eldren.

Nada salvo los cascos en llamas que dejábamos ahora tras nosotros, a la deriva, mientras nos dirigíamos con los ánimos sedientos de batalla hacia Paphanaal.

13. Paphanaal

Durante el resto de nuestra travesía hacia Paphanaal, evité deliberadamente a Katorn y al rey Rigenos. Quizá tuvieran razón y no debía confiarse en los Eldren pero, ¿no deberíamos dar nosotros alguna suerte de ejemplo?

La segunda noche de viaje tras la gran batalla con los Eldren, vino a verme el conde Roldero.

—Lo hiciste muy bien —me felicitó—. Tu táctica resultó soberbia, y he oído que respondiste a tu fama en la lucha cuerpo a cuerpo. —Me miró con una expresión de fingido temor y susurró—: Pero me han dicho que el rey Rigenos decidió que era preferible no poner su real persona en peligro a menos que sus guerreros perdieran ímpetu.

—Bueno —respondí—, Rigenos tiene un punto a su favor. Ha venido en la expedición, no lo olvides. Podría haberse quedado en tierra. Todos esperábamos que lo hiciera. ¿Te has enterado de la orden que dio mientras estaba vigente la tregua con el capitán enemigo? Roldero se puso tenso. —Hizo que Katorn acabara con él, ¿verdad? —En efecto.

—Bien... —Roldero me sonrió—. Tú eres indulgente con la cobardía de Rigenos y yo lo seré con ese acto traicionero. Es lo justo, ¿no? —añadió con una carcajada.

No pude evitar corresponder con una sonrisa, pero después, con más seriedad, insistí:

—¿Acaso tú habrías hecho lo mismo?

—Hum... Supongo que sí. Después de todo...

—... Pero Baynahn estaba dispuesto a enfrentarse conmigo. Debía de saber que sus posibilidades eran pocas. Y también debía de saber que no podía confiar en que el rey Rigenos fuera fiel a su palabra...

—Si era así, habría actuado del mismo modo que lo hizo Rigenos. Sólo que éste fue más rápido. Simple táctica, ¿lo ves?... El truco está en saber el momento exacto en que efectuar la traición.

—Baynahn no parecía de los que actuarían a traición.

—Probablemente era un ser muy honrado y trataba bien a su familia, pero quiero que entiendas, Erekosë, que no es el carácter de Baynahn lo que discuto. Sólo digo que, como guerrero, habría intentado sin duda lo que Rigenos consiguió: eliminar al jefe enemigo. ¡Es uno de los principios básicos de la guerra!

—Si tú lo dices, Roldero...

—Así lo afirmo. Y ahora, bebamos.

Bebí. Bebí mucho hasta quedar envuelto en el sopor. Ahora no sólo tenía que enfrentarme con los recuerdos soñados, sino con otros mucho más recientes, además.

Transcurrió otra noche antes de que llegáramos a la ciudad puerto de Paphanaal y echáramos anclas a una legua marina de la costa, aproximadamente.

Después, con las primeras luces tornadizas del alba, levamos anclas y remamos hacia Paphanaal, pues no había viento que impulsara nuestras velas.

Nos aproximamos más a tierra.

Vi acantilados y montañas oscuras que se alzaban a gran altura.

Estábamos cada vez más cerca.

Vi un destello de brillante color al este.

—¡Paphanaal! —gritó el vigía desde su precaria cofa en el palo mayor.

Cada vez más cerca.

Y allí estaba Paphanaal

Indefensa, según todos los indicios. Habíamos dejado a sus defensores en el fondo del océano, allá atrás.

En la ciudad no había cúpulas ni minaretes. Había campanarios, contrafuertes y almenas, apretados unos junto a otros, que daban a la ciudad el aspecto de un gran palacio. Los materiales utilizados en su construcción eran admirables. Había mármoles blancos veteados de rosa, azul, verde y amarillo. Mármoles anaranjados veteados de negro. Mármoles con incrustaciones de oro, basalto y cuarzo, y gran abundancia de malaquitas.

Era una ciudad reluciente.

Al llegar ante ella, no vimos más que uno de sus muelles, sin rastro de actividad alguna en las calles o las defensas. Consideré que la ciudad había sido abandonada.

Me equivoqué.

Entramos en el gran puerto y desembarcamos. Formé nuestros ejércitos en aguerridas filas y les advertí sobre una posible encerrona, aunque no creía que realmente la hubiera.

Los guerreros habían pasado el resto de la travesía reparando sus trajes y armaduras, limpiando las armas y colaborando en la reparación de las naves.

Todas ellas poblaban ahora el puerto con sus enseñas ondeando bajo la ligera brisa que se había levantado casi en el mismo instante en que pusimos pie en el empedrado del muelle. Con la brisa llegaron unas nubes que dieron al día un color plomizo.

Los guerreros formaron ante el rey Rigenos, Katorn y yo mismo. Fila a fila, sus armaduras relucían y sus estandartes se agitaban airosamente con la brisa.

Había setecientos regimientos, cada centenar de ellos bajo el mando de un mariscal que tenía como comandantes a sus capitanes, que controlaban veinticinco regimientos cada uno, y a sus caballeros, que controlaban uno de tales regimientos.

El vino me había ayudado a olvidar el recuerdo de la batalla y sentí que me invadía de nuevo el orgullo al contemplar a los paladines y los ejércitos de la humanidad reunidos ante mí. Me dirigí a ellos:

—¡Mariscales, capitanes, caballeros y guerreros de la humanidad! ¡Ya me habéis visto como victorioso señor de la guerra!

—¡Sí! —rugieron todos, exaltados.

—Venceremos aquí y en cualquier rincón de Mernadin. Id ahora, con precaución, y buscad a los Eldren en esas casas. Pero tened cuidado. Recordad que esta ciudad podría ocultar un ejército.

El conde Roldero levantó su voz desde la primera fila de combatientes.

—¿Y el botín, lord Erekosë? ¿Qué hay de eso?

El rey Rigenos levantó la mano.

—Tomad el botín que deseéis —dijo—, pero recordad lo que os ha dicho Erekosë. Cuidaos de cosas como alimentos envenenados. Incluso las

copas de vino pueden estar embadurnadas de veneno. ¡Todo en esta maldita ciudad puede estarlo!

Los regimientos empezaron a desfilar ante nosotros, tomando diferentes direcciones.

Los observé alejarse y pensé que, pese a que la ciudad les recibía en su mismo centro, no les acogía de buen grado.

Me pregunté qué encontraríamos en Paphanaal. ¿Emboscadas? ¿Francotiradores ocultos? ¿Un envenenamiento generalizado, como había dicho Rigenos?

Encontramos una ciudad de mujeres.

No había quedado un solo varón Eldren.

Ningún muchacho de más de doce años. Ningún anciano de edad alguna

Los habíamos matado a todos en el mar.

14. Ermizhad

No sé cómo mataron a los niños. Supliqué al rey Rigenos que no diera la orden. Pedí a Katorn que les perdonara, que los llevara fuera de la ciudad si tenía que hacerlo, pero que no los matara.

Pero todos los niños fueron eliminados. No sé cuántos eran.

Habíamos tomado el palacio que había pertenecido al duque Baynhan quien, por lo que cabía deducir, había sido el Guardián de Paphanaal.

Me encerré en mis aposentos del edificio mientras en el exterior continuaba la matanza. Cavilé, irónicamente, que pese a tanto hablar de la «basura» Eldren, los soldados no tenían reparos en violentar a las mujeres.

No podía hacer nada por impedirlo. Ni siquiera estaba seguro de que debiera hacerlo. El rey Rigenos me había llevado allí para luchar por la humanidad, no para juzgarla. Había accedido a sus peticiones, después de todo, e indudablemente con toda razón, pero ahora no recordaba cuáles eran aquellas razones.

Tomé asiento en un salón exquisitamente amueblado, con delicadas marqueterías y tapices ligeros y refinados en las paredes y en el suelo. Admiré la artesanía Eldren y di un sorbo al aromático vino de la tierra, e intenté no oír los gritos de los niños Eldren que eran degollados y pasados a espada en las camas, las casas y las calles de la ciudad, al otro lado de las débiles murallas del palacio.

Contemplé la espada Kanajana que había dejado en un rincón y odié por un instante aquel arma ponzoñosa. Me había despojado de la armadura y estaba sentado sin compañía.

Y tomé otro trago de vino.

Pero el vino de los Eldren empezó a saberme a sangre y arrojé lejos la copa. Encontré uno de los odres que me había dado el conde Roldero y apuré su contenido, que era un vino más amargo.

Sin embargo, no conseguí emborracharme. Ni pude detener los gritos que llegaban de las calles. No pude dejar de ver las móviles sombras en los tapices que había colocados sobre las ventanas. No conseguí emborracharme y por eso no pude siquiera probar a dormir, pues sabía cómo serían mis sueños y les tenía casi tanto miedo como a pensar en las implicaciones de lo que estábamos haciendo con los que se habían quedado en Paphanaal.

¿Por qué estaba allí? ¿Por qué había llegado a aquel tiempo y lugar?

Escuché un ruido ante mi puerta, y luego unos golpecitos.

—Adelante —exclamé.

No entró nadie. Mi voz había sido demasiado débil.

La llamada a la puerta se repitió.

Me levanté y avancé tambaleándome hasta ella, abriéndola de golpe.

—¡Es que no podéis dejarme en paz!

Un atemorizado soldado de la guardia imperial estaba ante la entrada y me dijo:

—Mi señor Erekosë, perdóname por molestarte. Traigo un mensaje del rey Rigenos.

—¿Qué mensaje es ese? —pregunté sin interés.

—Le gustaría que te reunieras con él. Dice que todavía hay planes que discutir.

—Está bien —suspiré—. Bajaré en un momento.

El soldado se alejó apresuradamente por el corredor.

Por fin, a regañadientes, me reuní con los demás conquistadores. Allí estaban todos los mariscales, recostados entre cojines y celebrando su victoria. El rey Rigenos se hallaba con ellos, y tan borracho que le envidié. Y, para mi alivio, Katorn no estaba en la reunión.

Sin duda, debía de ir a la cabeza de los saqueadores.

Cuando llegué a la sala donde estaban reunidos, un gran Katorn hizo un gesto de negativa con la cabeza. —No, rey Rigenos. Al menos, todavía no. ¿Olvidas que es la hermana del príncipe Arjavh?

El rey asintió con una mueca de seriedad. —Sí, claro. La hermana de Arjavh.

—¿Ves las implicaciones del hecho, mi señor? Podemos mantenerla

prisionera, ¿no te parece? Será un buen rehén. Una buena prenda para negociar, si la necesitamos.

—Naturalmente. Sí. Has hecho bien, Katorn. Mantenla prisionera. —El rey sonrió entonces con una mueca estúpida—. No... No es justo. Mereces seguir disfrutando de la noche. ¡Quién no desea divertirse...! Se volvió y me miró.

—Erekosë... —dijo—. Erekosë, a quien no hace efecto el vino. Que sea puesta a tu cargo, Campeón. Asentí.

—Acepto el encargo —dije.

Compadecía a la muchacha, por terribles que fueran los crímenes que le atribuían.

Katorn me miró con suspicacia.

—No te preocupes, lord Katorn —comenté—. Haz lo que dice el rey, sigue divirtiéndote. Mata a alguna otra, viola a quien te plazca. Deben quedar todavía muchas en la ciudad.

Katorn frunció el ceño, pero pronto su tensión empezó a decrecer.

—Quizá queden unas cuantas, pero casi hemos terminado. Cuando el sol salga, sólo quedará ella para verlo, me parece.

Dio un empujón a su prisionera y, a continuación, hizo una señal a sus hombres.

—¡Vamos! ¡Hemos de acabar nuestro trabajo!

Cuando Katorn y los suyos se hubieron ido, el conde Roldero se levantó lentamente y se acercó a donde me encontraba, con la mirada fija en la muchacha Eldren. El rey me dirigió una mirada.

—Bueno, Erekosë, cuídala bien —dijo con aire cínico—. Cuídala bien. Será una pieza útil para jugar con Arjavh.

—Llevadla a mis aposentos del ala este —dije a los guardianes—, y aseguraos de que nadie la moleste ni tenga oportunidad de escapar.

Los guardianes se la llevaron y, casi en el mismo instante en que desaparecieron, el rey Rigenos intentó ponerse en pie, se tambaleó y cayó de bruces al suelo. El conde Roldero le dedicó una leve sonrisa.

—Nuestro amo y señor está muy bebido —dijo—, pero Katorn tiene razón. Esa perra Eldren nos será útil.

—Comprendo su utilidad como rehén —intervine—, pero no he entendido esa referencia a «los Mundos Fantasmas». Ya he oído hablar de ellos en otra ocasión. ¿De qué se trata, conde Roldero?

. —¿Los Mundos Fantasmas? Bueno, todos nosotros sabemos

perfectamente qué son, y creía que tú también lo sabías. Pero no hablamos de ellos a menudo...

—¿Por qué?

—La humanidad teme tanto a los aliados de Arjavh que casi nunca se atreve a mencionarlos, por temor a que ello les conjure de sus mundos, ¿comprendes?

—No, no comprendo nada.

Roldero se frotó la nariz y emitió una tosecilla.

—Yo tampoco soy supersticioso, Erekosë —dijo—. Igual que tú.

—Lo sé, pero ¿qué son los Mundos Fantasmas?

Roldero parecía muy agitado.

—Voy a decírtelo, pero me pone nervioso hacerlo en este maldito lugar. Los Eldren conocen mejor que nosotros qué son los Mundos Fantasmas. Al principio, creíamos que tú mismo estabas prisionero en ellos. Por eso me sorprendió tu llegada.

—¿Dónde están esos mundos?

—Los Mundos Fantasmas están más allá de la Tierra, más allá del tiempo y del espacio, unidos a la Tierra apenas por el más tenue de los lazos.

La voz de Roldero se hizo más ronca, pero continuó susurrando sus palabras.

—Allí, en los arrasados Mundos Fantasmas, habitan las serpientes de múltiples anillos que son el terror y el azote de las ocho dimensiones. Allí viven también fantasmas y hombres, tanto los que son parecidos a los humanos como los que no lo son, aquellos que saben que su destino es vivir sin tiempo, y aquellos que no tienen conciencia de su destino de perdición. Y allí moran también los Halflings, emparentados con los Eldren.

—Pero ¿qué son esos mundos? —pregunté impaciente.

Roldero se humedeció los labios con la lengua.

—Son unos mundos donde acuden a veces los hechiceros humanos en busca de la antigua sabiduría, y de los cuales traen ayudantes de terribles poderes y horrendas facultades. Se dice que en esos mundos el iniciado puede encontrar a sus camaradas muertos, que en ocasiones pueden ayudarle, o a sus amantes o parientes difuntos, y especialmente a sus enemigos, aquellos a quienes ha causado la muerte. Son enemigos malévolos de gran poder, o espectros que sólo tienen la mitad de su alma y están incompletos.

Sus palabras apenas susurradas me convencieron, quizá porque había bebido demasiado. ¿Acaso serían aquellos Mundos Fantasmas el origen de mis extraños sueños? Deseaba saber más.

—Pero, ¿qué son, Roldero? ¿Dónde están? Roldero hizo un gesto de negativa con la cabeza.

—Yo no me ocupo en tales misterios, Erekosë. Nunca he sido un místico. Creo en ellos, pero no pretendo profundizar. No conozco la respuesta a ninguna de tus preguntas. Son mundos llenos de sombras y de orillas tenebrosas donde mueren las olas de unos mares oscuros. Y sus pobladores pueden ser invocados en ocasiones mediante poderosos exorcismos para que visiten esta tierra, para ayudar, perseguir o aterrorizar a los hombres. Nosotros creemos que los Eldren provienen, en un principio, de estos semimundos aunque, según dice nuestra leyenda, son el fruto del vientre de una perversa reina que entregó su virginidad a Azmobaana a cambio de la inmortalidad, la inmortalidad que heredó su descendencia. Con todo, los Eldren son bastante materiales pese a que carezcan de alma, mientras que los Ejércitos Fantasmas rara vez son de carne y hueso.

—Y Ermizhad...

—¿La doncella de los Mundos Fantasmas? —¿Por qué la llamáis así?

—Se dice que tiene relaciones con espectros —murmuró el conde Roldero. Después, se encogió de hombros y tomó un nuevo trago de vino —. Y a cambio de entregarles sus favores, recibe poderes especiales sobre los Halflings, que son amigos de los fantasmas. Los Halflings la adoran, según me han dicho, si se puede decir que esas criaturas sienten amor por algo o alguien.

No podía creer todo aquello. La muchacha parecía joven. E inocente. Así lo afirmé.

—¿Cómo se puede saber la edad de un inmortal? —dijo haciendo un gesto de incredulidad—. Mírate tú mismo. ¿Qué edad tienes, Erekosë? ¿Treinta años? No aparentas más.

—Pero yo no he vivido siempre —repliqué—. Al menos, no creo que haya tenido siempre el mismo cuerpo.

—¿Cómo puedes saberlo?

Naturalmente, no tenía respuesta para su pregunta.

—Bueno, Roldero, opino que hay mucho de superstición en tu relato — dije al fin—. No me lo esperaba de ti, amigo mío.

—No me creas, si quieres —murmuró Roldero—. Pero sería preferible

que lo hicieras hasta que se demuestre que miento, ¿no?

—Es posible que tengas razón.

—A veces me admiro de ti, Erekosë —añadió—. Mírate: debes tu existencia a un encantamiento y, pese a ello, eres el hombre más escéptico que conozco.

—Sí, Roldero, tienes razón —sonreí—. Debería tener más fe. Debería tener más fe...

—Vamos —dijo Roldero acercándose al rey que, caído en el suelo, yacía con el rostro en un charco de vino—. Llevemos a nuestro buen rey a la cama antes de que se ahogue.

Asimos entre los dos a Rigenos y llamamos a los soldados para que nos ayudaran a subir con él la escalera y acostarle en su cama. Roldero me puso después la mano en el hombro:

—Y deja de darle vueltas a esas cosas, amigo mío. No te hará ningún bien. ¿Crees que me gusta esa matanza de niños? ¿O la violación de esas niñas? —Se frotó los labios con el reverso de la mano, como si quisiera librarse de un sabor desagradable—. Pero si no se hace ahora, Erekosë, algún día se lo harían los Eldren a nuestros niños y a nuestras muchachas. Sucede lo mismo con algunos lobos que matan ovejas. Es mayor muestra de valor hacer lo que debe hacerse, que simular que no estás haciendo. ¿Me comprendes?

Ambos estábamos plantados en medio de la alcoba del rey, mirándonos fijamente.

—Eres muy amable, Roldero —murmuré.

—Es un consejo bienintencionado —añadió.

—Sé que lo es.

—No ha sido decisión nuestra matar a los niños.

—Pero sí lo ha sido no comentar el asunto con el rey Rigenos —repliqué.

Al escuchar la mención de su nombre, el rey se movió y empezó a murmurar, sumido en su sopor.

—Ven —sonrió Roldero—. Salgamos de aquí antes de que recuerde la letra de esa asquerosa canción que nos ha prometido.

Nos detuvimos en el pasillo, a la entrada de la alcoba. El conde Roldero me miró con cierta preocupación.

—Estas acciones deben llevarse a cabo —insistió—. Nos ha correspondido a nosotros ser instrumentos de una decisión tomada hace

siglos. No te preocupes por cuestiones de conciencia. El futuro nos contemplará como carniceros sedientos de sangre, pero sabemos que no lo somos. Somos hombres, guerreros, y estamos en guerra con aquellos que nos querrían destruir.

No respondí, pero posé la mano en su hombro, di media vuelta y regresé a mis solitarios aposentos.

En mi inquietud mental, había olvidado completamente a la muchacha hasta que vi al guardián frente a la puerta.

—¿Está segura la prisionera? —le pregunté.

—No hay más salida —respondió el soldado—. Al menos, no hay otra que pudiera utilizar un ser humano, mi señor Erekosë. Pero si esa mujer se pone en contacto con sus aliados Halfling...

—Ya nos ocuparemos de ellos cuando se materialicen —respondí.

Me abrió la puerta y entré.

Sólo había una lámpara encendida y apenas distinguí nada en la penumbra. Tomé una cerilla de una mesa y con ella encendí otra lámpara.

La muchacha Eldren estaba acostada en la cama. Tenía los ojos cerrados, pero sus mejillas estaban bañadas en lágrimas.

Así que también lloraban como nosotros..., pensé.

Intenté no molestarla, pero abrió los ojos y creí apreciar miedo en ellos, aunque era difícil de decir pues sus ojos eran realmente extraños, sin órbitas y moteados de azul y dorado. Al ver aquellos ojos, recordé lo que me había dicho Roldero y empecé a creerle.

—¿Cómo estás? —pregunté neciamente.

La muchacha abrió los labios pero no pronunció palabra.

—No voy a hacerte daño —dije con voz débil—. Me gustaría haber salvado a los niños, pero no estaba en mi mano. Sólo tengo poder para mandar hombres a que maten y mueran. No tengo poder para salvar sus vidas.

Ella frunció el ceño.

—Soy Erekosë —dije.

—¿Erekosë?

Cuando pronunció mi nombre fue como si sonara una música. Lo repitió, y en sus labios pareció mucho más familiar que en los míos propios.

—¿Sabes quién soy?

—Sé quién eres.

—He renacido. No me preguntes cómo.

—No pareces contento de haber renacido, Erekosë.

Me encogí de hombros.

—Erekosë —musitó ella nuevamente.

Y luego su voz se convirtió en una risa suave y amarga.

—¿Por qué te ríes?

Pero no volvió a pronunciar palabra. Intenté continuar la conversación con ella, pero cerró los ojos. Salí de la habitación y me acosté en la sala contigua.

El vino había producido su efecto por fin, o alguna otra cosa lo había hecho en su lugar pues dormí razonablemente bien.

15. El regreso

A la mañana siguiente me levanté, me lavé y, tras vestirme, llamé a la puerta de Ermizhad.

No hubo respuesta.

Pensando que quizá se había escapado y que Katorn sospecharía inmediatamente que yo la había ayudado, abrí la puerta inmediatamente y entré.

No se había escapado. Seguía acostada, pero había vuelto a abrir los ojos y contemplaba el techo de la sala. Aquellos ojos me resultaban tan misteriosos como las profundidades tachonadas de estrellas del universo.

—¿Has dormido bien? —le pregunté.

No contestó.

—¿No te encuentras bien? —fue la siguiente estupidez que dije.

Sin embargo, ella había decidido con toda claridad no seguir comunicándose conmigo. Hice un último intento y me fui. Bajé al gran salón del difunto Guardián de la ciudad. Allí me esperaba Roldero junto a un puñado de mariscales con un aspecto lamentable, pero no estaban presentes ni Katorn ni el rey Rigenos.

A Roldero le brillaban los ojos.

—No parece por tu aspecto que te retumbe la cabeza tras la fiesta.

Tenía razón. No había caído en ello, pero no tenía la menor resaca tras las ingentes cantidades de vino que había tomado la noche anterior.

—Me siento muy bien.

—¡Ah!, ahora estoy convencido de que eres un inmortal —bromeó—. Yo no he tenido tanta suerte. Ni tampoco, al parecer, el rey Rigenos y lord Katorn, y algunos más que se divirtieron en exceso anoche. —Se acercó más a mí y dijo suavemente—: Y espero que hoy esté de mejor ánimo,

amigo mío.

—Supongo que sí —repliqué.

De hecho, me sentía vacío de toda emoción.

—Bien. ¿Qué hay de la criatura Eldren? ¿Sigue a salvo?

—En efecto.

—¿No ha intentado seducirte?

—Al contrario. No me habla en absoluto.

—Tanto mejor. —Roldero echó un vistazo a su alrededor, inquieto—. Espero que se levanten pronto. Tenemos mucho que discutir. ¿Seguimos hacia el interior, o qué?

—Creía que habíamos decidido dejar aquí una poderosa guarnición, suficiente para defender la ciudad, y regresar a los Dos Continentes para reequiparnos y comprobar la posible amenaza de invadirnos mientras la flota está en Paphanaal.

Roldero asintió.

—Es el plan más correcto, pero no me gusta mucho. Aunque tiene su lógica, no se ajusta a mi impaciencia por caer sobre el enemigo lo antes posible.

Estuve de acuerdo con él y respondí:

—Yo también querría acabar con esto lo antes posible.

Sin embargo, no teníamos una idea demasiado clara de dónde estaban reunidas las restantes fuerzas Eldren. En el continente de Mernadin había cuatro ciudades importantes más. La principal era Loos Ptokai, situada cerca de las llanuras del Hielo Fundente. Allí estaba el cuartel general de Arjavh, y por lo que había dicho el Eldren que comandaba la nave insignia, el príncipe estaba ahora allí, o camino de Paphanaal para recuperarla. A nosotros nos pareció que intentaría esto último, ya que Paphanaal era la posición más importante en la costa. Con ella en nuestras manos, teníamos un buen puerto al que llevar nuestras naves y desembarcar nuestras tropas.

Y si Arjavh estaba en marcha contra nosotros, lo único que nos quedaba por hacer era ahorrar energías y esperar. Considerábamos que podríamos dejar el grueso de las tropas en Paphanaal, regresar al puerto de Noonos y volver con nuevas divisiones de guerreros que, debido al insuficiente número de naves, no habían podido venir con nosotros en aquella primera oleada.

Pero Roldero tenía en mente algo más. —No debemos olvidar la fortaleza mágica de las Islas Exteriores —me dijo—. Están en el Fin del

Mundo. Debemos tomar las Islas Exteriores lo antes posible.

—¿Qué son exactamente las Islas Exteriores? ¿Por qué son tan estratégicas? —le pregunté—. ¿Y cómo es que no han sido mencionadas nunca en nuestros planes?

—¡ Ah! —exclamó el conde Roldero—. Eso se debe a que no nos gusta nunca hablar de los Mundos Fantasmas, y especialmente cuando estamos en nuestra tierra...

—¡Esos Mundos Fantasmas otra vez! —exclamé con una mueca de fingida desesperación.

—Las Islas Exteriores están en la Puerta a los Mundos Fantasmas —dijo Roldero con voz grave—. Desde allí, los Eldren pueden llamar a sus aliados fantasmales. Ahora que Paphanaal ha sido tomada, quizá deberíamos concentrarnos en destruir su fuerza en el oeste, en el Fin del Mundo.

¿Me había equivocado al ser tan escéptico? ¿O quizás era Roldero quien sobreestimaba el poder de los moradores de los Mundos Fantasmas?

—Roldero, ¿tú has visto a esas criaturas? —le pregunté. —¡Oh, sí, amigo mío! —replicó—. Te equivocas si los consideras seres legendarios. En cierto sentido, son bastante reales. Empecé a convencerme. Confiaba casi absolutamente en las opiniones de Roldero.

—Entonces, quizá debamos cambiar ligeramente nuestra estrategia —repliqué—. Podemos dejar aquí el ejército principal para esperar a Arjavh, que quizás intente asaltar la ciudad y malgastar sus fuerzas tratando de tomarla desde tierra. Nosotros regresaremos a Noonos con la mayor parte de la flota, añadiremos a ella las naves que ya estén dispuestas en nuestros astilleros, recogeremos nuevos guerreros descansados y navegaremos hacia las Islas Exteriores mientras, si nuestros planes se cumplen, Arjavh se desgasta tratando de retomar Paphanaal. Roldero asintió.

Me parece un plan muy acertado, Erekosë. Pero ¿qué hay de la chica, nuestro rehén? ¿Cómo la utilizaremos para nuestro provecho?

Fruncí el ceño. No me gustaba en absoluto la idea de utilizarla para nada y me pregunté dónde estaría más segura.

—Supongo que tendremos que mantenerla lo más lejos posible de aquí —murmuré—. Será mejor tenerla en Necranal. Hay pocas posibilidades de que los suyos la rescaten y tendrá las cosas más difíciles para regresar si consigue escapar. ¿Qué opinas tú?

—Creo que tienes razón —asintió Roldero—. Es un plan muy

coherente.

—Naturalmente, tendremos que discutir todo eso con el rey —añadí en tono grave.

—Naturalmente —asintió Roldero, al tiempo que guiñaba un ojo.

—Y con Katorn —añadí.

—Y con Katorn —repitió él—. Sobre todo con Katorn.

Hasta bastante después de mediodía no hubo ocasión de hablar con el rey y con Katorn. Ambos estaban pálidos y asintieron rápidamente a nuestras sugerencias, como lo habrían hecho a cualesquiera otras con tal de que les dejáramos en paz.

—Estableceremos nuestra posición aquí —le dije al rey—, y regresaré con la flota a Noonos dentro de una semana No perderemos el tiempo. Ahora que tenemos Paphanaal en nuestras manos, podemos esperar un contraataque furioso de los Eldren.

—Así es —murmuró Katorn, con los ojos enrojecidos—. Y tienes razón al querer evitar que Arjavh se ponga en contacto con sus temibles Ejércitos Fantasmales.

—Me alegra que te parezca bien mi plan, lord Katorn —murmuré.

El me miró con una sonrisa torcida.

—Estás empezando a demostrar tu valía, mi señor Erekosë, es lo menos que puedo decir. Todavía eres un poco blando con los enemigos, pero ya empiezas a darte cuenta de qué son...

—Eso supongo —asentí.

Quedaban por discutir detalles menores del plan y, mientras los victoriosos guerreros continuaban dedicados al saqueo de la ciudad Eldren, discutimos esos detalles hasta que quedaron completamente aclarados.

Era un buen plan.

Funcionaría si los Eldren reaccionaban según esperábamos de ellos. Y estábamos seguros de que así sería.

Acordamos que el rey Rigenos y yo regresaríamos con la flota, dejando a Katorn al mando del ejército de Paphanaal. Roldero decidió también regresar con nosotros. El grueso de los guerreros se quedaría Esperábamos que los Eldren no tuvieran otra flota en las proximidades, pues el regreso lo haríamos con las tripulaciones mínimas y nos costaría mucho defendernos si éramos atacados en el mar.

Pero todas las posibilidades que se abrían ante nosotros tenían su riesgo y teníamos que calcular los movimientos más probables de los Eldren para actuar en consecuencia.

Los siguientes días fueron de preparativos para el regreso, y pronto estuvimos preparados para zarpar.

Salimos de Paphanaal con la marea del amanecer y nuestras naves se alejaron torpemente sobre las aguas, pues gemían bajo el peso del tesoro capturado a los Eldren.

A regañadientes, el rey había accedido a que Ermizhad dispusiera de un camarote junto al mío. Su actitud hacia mí parecía haber cambiado desde la primera noche de borrachera en Paphanaal. Rigenos se mostraba reservado, casi azorado por mi presencia. Sin duda, recordaba vagamente que, de alguna forma, había quedado como un estúpido ante mí. Quizá recordaba mi negativa a celebrar la victoria, o quizá le había puesto celoso la gloria que yo había ganado para él, aunque los dioses sabían que no deseaba en absoluto la menor parte de gloria por haber participado en aquella victoria manchada de deshonor.

O quizá Rigenos notaba mi propio disgusto por la guerra en la que yo había accedido a luchar por él y le inquietaba que, en un momento dado, me negara a seguir siendo el Campeón que le parecía tan desesperadamente indispensable.

No tuve ocasión de hablar con él y el conde Roldero no encontró explicación alguna, salvo decir, en favor del rey, que la matanza de mujeres y niños debía de haberle afectado igual que me afectó a mí.

Pero yo no estaba seguro de ello, ya que el rey parecía odiar a los Eldren más incluso que antes, según se pudo ver por su trato a Ermizhad.

La muchacha seguía negándose a hablar. Apenas comía y rara vez salía del camarote. Sin embargo, una tarde, mientras yo paseaba en cubierta, la vi de pie junto a la barandilla, contemplando el agua como si estuviera pensando en lanzarse a sus profundidades.

Apresuré el paso para estar cerca si efectuaba un intento de saltar por la borda. Cuando me aproximé, ella se volvió a medias y apartó rápidamente la mirada.

En aquel instante, apareció el rey por la cubierta de popa y me llamó.

—Veo que te has cuidado de que el viento te viniera de espaldas al

acercarte a esa zorra Eldren, mi buen Erekosë.

Me detuve y alcé la mirada. Al principio apenas comprendí a qué se refería. Observé a Ermizhad, quien simuló no haber escuchado el insulto del rey. También yo hice ver que no había comprendido la observación y enarqué las cejas ligeramente.

Después, deliberadamente, pasé ante Ermizhad y me detuve en la barandilla, contemplando el mar.

—Quizá no tengas sentido del olfato, señor Erekosë —insistió el rey.

De nuevo, hice caso omiso de sus palabras.

—Me parece una lástima que tengamos que soportar esa peste en nuestra nave cuando tanto hemos trabajado para borrar de nuestras cubiertas su sangre maldita—continuó el rey.

Por fin, curioso, me volví, pero Rigenos ya había abandonado la cubierta de popa. Observé a Ermizhad. La muchacha siguió mirando las oscuras aguas que nuestras quillas rompían. Parecía casi hipnotizada por su ritmo. Me pregunté si realmente no habría entendido los insultos.

Hubo otros momentos más de tensión semejante a bordo de la *Iolinda* durante nuestro trayecto hasta Noonos.

Siempre que tenía oportunidad, el rey Rigenos hablaba de Ermizhad en presencia de ella, como si no estuviera presente; hacía comentarios desdeñosos respecto a ella y al disgusto que le causaban todos los de su especie.

Cada vez me costó más contener mi irritación, pero conseguí dominarme y Ermizhad, por su parte, no mostró la menor señal de sentirse ofendida por los desagradables comentarios reales sobre su persona y sobre su especie.

Veía a Ermizhad menos de lo que deseaba pero, pese a todas las advertencias del rey, terminó por gustarme. Desde luego, era la mujer más hermosa que había conocido. Su belleza era distinta de la fría belleza de Iolinda, mi prometida.

¿Qué es el amor? Incluso ahora que todo el plan previsto en mi personal destino parece haberse cumplido, no lo sé. ¡ Ah, sí!, yo seguía amando a Iolinda, pero creo que, sin saberlo, estaba enamorándome también de Ermizhad.

Me negué a creer en las historias que se contaban de ella y sentí afecto por la muchacha aunque, por entonces, no tenía intención de que mis sentimientos afectaran a mi actitud hacia ella. Tal actitud tenía que ser la de

un carcelero para con su prisionero; un prisionero importante, además. Un prisionero que podía contribuir a decidir la guerra contra los Eldren en nuestro favor.

Un par de veces, me detuve a pensar si era lógico mantenerla como rehén. Si los Eldren, como decía el rey Rigenos, eran crueles e insensibles, ¿por qué le iba a importar al príncipe Arjavh que matáramos a su hermana?

Ermizhad, si de verdad era la perversa criatura que el rey Rigenos había dicho, no daba la menor muestra de su maldad. Más bien parecía exhibir una singular nobleza de alma que significaba un agudo contraste con los rudos modales de Rigenos.

Me pregunté también si el rey habría advertido mi afecto por la prisionera y temía que la unión entre su hija y un Inmortal estuviera en peligro.

Pero yo seguía siendo fiel a Iolinda. No se me había pasado por la cabeza no formalizar la prometida boda a mi regreso, como habíamos acordado.

Deben de existir incontables formas de amor. ¿Cuál es la forma que conquista a las demás? No sé definirla. No lo intentaré.

La belleza de Ermizhad tenía la fascinación de no ser humana, pero sí lo suficientemente próxima al ideal que me atraía entre las mujeres de mi raza.

Ermizhad tenía la cara alargada y puntiaguda propia de los Eldren que John Daker habría intentado definir como «angelical», pero que aún así no haría justicia a la nobleza de sus rasgos. Poseía unos ojos rasgados que parecían ciegos por su extraña lechosidad, unas orejas levemente puntiagudas, unos pómulos altos y rasgados y un cuerpo delgado, casi de muchacho. Todas las mujeres Eldren eran así de delgadas, con pechos pequeños y cintura bien moldeada. Sus labios rojos eran muy grandes, con una curva natural hacia arriba de tal modo que siempre parecía a punto de sonreír cuando sus facciones estaban en reposo.

Durante las dos primeras semanas de viaje siguió negándose a hablar, aunque me portaba con suma cortesía en nuestros encuentros. Me ocupé de que tuviera todas las comodidades a su disposición y me lo agradeció a través de sus guardianes, eso fue todo.

Pero un día, mientras estaba frente a los camarotes donde nos alojábamos ella, el rey y yo, inclinado sobre la barandilla con la mirada en el mar grisáceo y el cielo cubierto de nubes, Ermizhad se me acercó.

—Buenos días, señor Campeón —dijo medio burlándose mientras salía de su camarote.

El saludo me sorprendió.

—Buenos días, lady Ermizhad —respondí.

Iba vestida con una capa de medianoche azul que cubría una sencilla túnica de lana color azul pálido.

—Día de presagios, me parece —murmuró, mirando el cielo cubierto que iba cerrándose sobre nuestras cabezas, lleno de oscuros grises y difusos amarillos.

—¿Por qué lo dices?—inquirí.

Se echó a reír con un sonido encantador de cristales y arpas doradas. Era una música celestial, no infernal.

—Perdóname —dijo—. Intentaba perturbarte, pero veo que no eres tan dado a la seducción como otros de tu raza.

—Me halagan sus cumplidos, señora—sonreí—. Encuentro un tanto absurdas sus supersticiones algo aburridas, debo reconocerlo. Por no hablar de sus insultos...

—Una no se molesta por eso —respondió—. No son más que pequeñas pullas, en realidad. Poca cosa.

—Eres muy caritativa.

—Los Eldren somos una raza caritativa, creo yo.

—Yo he oído otra cosa.

—Supongo que será como dices.

—¡Y tengo rasguños que lo demuestran! —sonreí de nuevo—. Tus guerreros no parecían muy caritativos cuando combatíamos en el mar, frente a Paphanaal.

—Y los tuyos tampoco lo fueron cuando entraron en la ciudad —replicó bajando la cabeza—. ¿Es cierto? ¿Soy la única superviviente?

Humedecí mis labios. De repente, se me habían secado.

—Creo que sí —musité.

—Entonces, he tenido suerte —murmuró, alzando un poco la voz.

Naturalmente, no podía responder nada a eso.

Nos quedamos quietos, en silencio, mirando el mar.

Al rato, ella dijo en voz aún baja:

—Así que tú eres Erekosë. No eres como el resto de tu raza. En realidad, no pareces en absoluto semejante a ella...

—Alto ahí —respondí—. Lo que sé de cierto es que tú eres mi

enemiga.

—¿A qué te refieres?

—Mis enemigos, y lord Katorn en particular, no están seguros de que sea humano.

—¿Y eres humano?

—No soy otra cosa De eso estoy seguro. Tengo los problemas de cualquier mortal. Estoy tan confundido como los demás, aunque mis problemas sean, quizá, diferentes. No sé cómo he llegado aquí. Dicen que soy un gran héroe renacido, que ha venido para ayudarles a combatir contra vuestro pueblo. Me han traído a este mundo mediante un encantamiento, pero a veces, por la noche, me da la impresión de soñar que he sido muchos héroes...

—Y todos ellos humanos.

—No estoy seguro. No creo que mi carácter básico se haya alterado en todas esas encarnaciones. No tengo una sabiduría especial, ni poderes especiales, por lo que sé. ¿No te parece que un inmortal debería haber adquirido una gran acumulación de saberes?

—Así me parece, mi señor —asintió ella con un leve gesto de cabeza.

—Ni siquiera estoy seguro de dónde me hallo —continué—. No sé si he llegado aquí desde el futuro o desde un remoto pasado...

—Esas palabras significan poco para los Eldren —dijo ella—. Pero entre nosotros hay quien cree que pasado y futuro es lo mismo, que el tiempo se mueve en un círculo, de modo que el pasado es el futuro y el futuro es el pasado.

—Una teoría interesante —dije—. Pero bastante sencilla, ¿no te parece?

—Creo que estoy de acuerdo contigo —murmuró—. El tiempo es algo sutil. Ni siquiera nuestros filósofos más sabios han comprendido plenamente su naturaleza. Los Eldren no piensan mucho en el tiempo. Normalmente, no hay razón para que lo hagamos. Naturalmente, tenemos nuestras historias. Pero la historia no es mía. La historia es un mero registro de acontecimientos.

—Te comprendo —asentí.

Ermizhad se acercó a la barandilla y una de sus manos se posó en ésta suavemente.

En aquel instante, sentí el afecto que supongo podría tener un padre para con su hija Un padre que se complace en la segura inocencia de su pequeña. Calculé que la muchacha no debía de tener más allá de diecinueve años. Sin embargo, su voz tenía una confianza que provenía del conocimiento del mundo. Su porte era orgulloso, y también confiado. Advertí entonces que el rey Rigenos podía muy bien tener razón. ¿Cómo podía medirse, realmente, la edad de un inmortal?

—Al principio, pensé que venía de vuestro futuro, pero ahora no estoy seguro. Quizá venga de vuestro pasado y este mundo esté, en relación a lo que denomino «siglo XX», en el lejano futuro.

—El mundo es muy antiguo —asintió ella.

—¿Hay recuerdos de alguna época en que sólo los seres humanos poblaran la Tierra?

—Nada se dice al respecto en los nuestros —sonrió ella—. Existe el eco de un mito, un rastro de una leyenda, según la cual hubo un tiempo en que sólo los Eldren ocupaban la Tierra. Mi hermano lo ha estudiado, y creo que sabe más.

Me estremecí. No supe bien el porqué, pero mis constantes vitales parecieron helarse dentro de mí. No pude continuar con la conversación, aunque deseaba hacerlo.

La muchacha pareció no darse cuenta de mi malestar.

Por fin, conseguí decir:

—Día de presagios, mi señora. Espero volver a hablar pronto con vos —hice una reverencia y volví a mi camarote.

16. Confrontación con el rey

Esa noche, dormí sin la habitual precaución de tomar una jarra de vino para sumergirme en un sueño más profundo. Lo hice deliberadamente, aunque lleno de ansiedad y nervios

«EREKOSË.»

Oigo la voz que me llama como ha llamado antes a John Daker. Pero esta vez no es la voz del rey Rigenos.

«Erekosë...»

Esta voz es más musical.

Veo bosques verdes, ondulados, y grandes colinas verdes, y claros umbrosos y castillos y delicados animales cuyos nombres no conozco...

«¿Erekosë...? Mi nombre no es Erekosë», digo. «Es príncipe Corum. Soy el príncipe Corum Jhaelen Irsei de la Túnica Escarlata y busco a mi pueblo. ¡Ah!, ¿dónde está mi pueblo? ¿Por qué no acaba ya esta búsqueda?»

Voy sobre un caballo. El caballo lleva una silla de terciopelo amarillo y va engalanado con guardainfantes, dos lanzas, un escudo plano redondo, un arco y un carcaj con las flechas. Llevo un yelmo de plata cónico y una cota de malla doble, la capa inferior de cobre y la superior de plata. Y al cinto, una espada larga y fuerte que no es la espada Kanajana...

«Erekosë...»

«No soy Erekosë.»

«¡Erekosë!»

«¡Soy John Daker!»

«¡Erekosë!»

«¡Soy Jerry Cornelius!»

«¡Erekosë!»

«¡Soy Konrad Arflane!»

«¡Erekosë!»

«¿Qué quieres?», pregunto.

«¡Queremos tu ayuda!»

«¡Tenéis mi ayuda!»

«¡Erekosë!»

«¡Soy Karl Glogauer!»

«¡Erekosë!»

Los nombres no importan. Ahora lo sé. Sólo importan los hechos. El hecho de que soy una criatura incapaz de morir. Una criatura eterna. Condenado a tener muchas formas, a ser llamado por muchos nombres, pero a estar en una perpetua batalla...

Y quizá me equivocaba. Quizá no soy verdaderamente humano, sino que sólo asumo las características de un ser humano si estoy metido en un cuerpo humano.

Me parece que he dado un gemido de dolor al darme cuenta de ello. ¿Qué soy yo? ¿Qué soy? ¿Si no soy un hombre...?

La voz todavía me llama, pero no quiero hacerle caso. ¡Cuánto me gustaría no haberla oído antes, cuando estaba acostado en mi cómoda cama, con la cómoda identidad de John Daker...!

Me desperté y estaba sudando. No había descubierto nada más acerca de mí mismo y del misterio de mi origen. Al parecer, sólo había conseguido confundirme todavía más.

Todavía era de noche, pero no me atreví a dormirme otra vez.

Escruté la oscuridad. Vi las cortinas corridas en las ventanas, el cubrecamas blanco del lecho, la silueta de mi esposa junto a mí...

Empecé a gritar.

> *«EREKOSË... EREKOSË... EREKOSË...»*
>
> *«Soy John Daker. ¡Soy John Daker!», grito. «¡Miradlo! ¡Soy John Daker!»*
>
> *«¡EREKOSË...!»*
>
> *«No se nada de ese nombre, Erekosë. Me llamo Elric, príncipe de Melniboné. Eríc el Arrasador. Soy conocido por muchos nombres...»*
>
> *Muchos nombres, muchos nombres, muchos nombres...*
>
> *¿Cómo es posible poseer decenas de identidades, todas al mismo tiempo, moverse de un tiempo a otro al azar, salir de la propia Tierra hasta donde brillan las frías estrellas?*
>
> *Ha habido quizás un sonido apresurado y ahora caigo por oscuros lugares sin aire, cayendo y cayendo y cayendo... Y no hay nada en el universo salvo jirones de gas. Sin gravedad, ni color, ni aire, ni otra inteligencia salvo la mía..., y quizás... en algún lugar, otra...*
>
> *Vuelvo a gritar.*
>
> *Y me niego a saber más.*

Fuera cual fuese mi condena eterna, pensé a la mañana siguiente, nunca la comprendería. Y probablemente eso fuera lo mejor.

Bajé a cubierta y allí estaba Ermizhad, en el mismo lugar junto a la barandilla, como si no se hubiera movido de allí en toda la noche. El cielo se había despejado un poco y la luz del sol enviaba gruesos rayos entre las nubes, iluminando las agitadas aguas de tal modo que el mundo parecía medio en sombras y medio iluminado.

Era un día cargado de tristeza.

Permanecimos unos instantes en silencio, apoyados en la barandilla, observando la espuma que dejábamos atrás y contemplando las olas que

caían sobre las aguas con su ritmo monótono. De nuevo, la muchacha fue la primera en hablar. —¿Qué piensan hacer conmigo? —preguntó en voz baja. —Serás rehén nuestro para prevenir la posibilidad de que tu hermano, el príncipe Arjavh, intente atacar Necranal —respondí. Sólo era una verdad a medias, pues había muchos otros modos de utilizarla para presionar a su hermano, pero no había razón para detallárselos—. Estarás a salvo, pues el rey Rigenos no podría negociar si te pasara algo. Ermizhad suspiró.

—¿Por qué no huísteis, tú y las demás mujeres de Paphanaal, cuando visteis aparecer nuestra flota ante la ciudad ? —pregunté.

Era una cuestión que me tenía preocupado desde la conquista del puerto.

—Los Eldren no huyen —contestó ella—. No huyen de las ciudades que ellos mismos han construido.

—Hace unos siglos huyeron a las montañas del Pesar... —señalé.

—No —dijo, con un gesto de cabeza—. Fueron conducidos allí, lo cual es muy distinto.

—Ciertamente, es muy distinto —asentí.

—¿Qué es eso tan distinto? —intervino una tercera voz, más ronca.

Era el rey Rigenos, que había salido de su camarote silenciosamente y estaba ahora detrás de nosotros, a unos pasos, sobre la cubierta bamboleante. El rey no miró siquiera a Ermizhad, sino que posó sus ojos directamente en los míos. No tenía buen aspecto.

—Buenos días, señor —le saludé—. Estábamos conversando sobre el sentido de las palabras.

—Te has hecho muy amigo de esa perra Eldren —mascullÓ él.

¿Cómo era posible, pensé, que un hombre que se había mostrado refinado y valiente en tantos otros aspectos, se convirtiera en un bárbaro desconsiderado y grosero en todo lo que se refería a los Eldren?

—Señor —repliqué, sin poder contenerme más—. Rey Rigenos, estás hablando de alguien que, pese a ser tu enemigo, viene de sangre noble.

—¡Sangre noble! —volvió a mascullar—. ¡El líquido repugnante que fluye por sus venas corruptas no merece que se le llame sangre! ¡Ten cuidado, Erekosë! Me doy cuenta de que no estás muy versado en nuestras costumbres y nuestros saberes, que tus recuerdos son difusos, pero recuerda que la muchacha Eldren tiene una lengua de oro líquido que puede arrastrarnos a tu perdición y a la nuestra, ¡No le prestes atención!

Era el discurso más directo y siniestro que le había oído hasta entonces.

—Majestad... —protesté.

—Esa mujer puede envolverte en tal hechizo que acabes siendo un perrito faldero a su merced, y un peligro para nosotros. Repito, Erekosë, ten cuidado. ¡Dioses! Tengo pensado entregársela a los remeros para que hagan uso de ella antes de arrojarla por la borda.

—Tú la has puesto bajo mi protección, mi señor —protesté airadamente —, y he jurado protegerla de todos los peligros.

—¡Estúpido! Te lo he advertido. No quiero perder tu amistad, Erekosë. Más aún, no quiero perder a nuestro Campeón de guerra. Si esa zorra da una muestra más de estar hechizándote, la mataré. ¡Y nada me detendrá!

—Yo estoy cumpliendo lo que me encargaste, mi rey —respondí—. Pero tú recuerda esto: yo soy Erekosë. He sido tambien muchos otros Campeones. Lo que hago es por la raza humana, y no estoy obligado por ningún otro juramento, ni contigo ni con ningún otro rey. Soy Erekosë, el Campeón de la guerra, el Campeón de la humanidad, y no el Campeón de Rigenos.

El rey entrecerró los ojos.

—¿Me estás traicionando, Erekosë?

Era casi como si esperara una respuesta afirmativa.

—No, rey Rigenos. Estar en desacuerdo con un representante de la humanidad no significa traicionar a ésta.

No replicó, sino que permaneció donde estaba, con una expresión de odio que casi igualaba al que había demostrado contra la muchacha. Respiraba profundamente y carraspeaba.

—No me des razones para arrepentirme de haberte invocado, difunto Erekosë —dijo Rigenos por último, antes de dar media vuelta y regresar a su camarote.

—Creo que será mejor si dejamos nuestra conversación —murmuró Ermizhad.

—¿Así que difunto Erekosë... ? —musité. Luego sonreí—. Si estoy muerto, soy un cadáver con una extraña propensión por las emociones.

Bromeé sobre la discusión, pero los acontecimientos habían tomado un rumbo que me llevaba a temer que Rigenos, entre otras cosas, no quisiera concederme la mano de Iolinda..., ya que ni siquiera sabía aún que estuviéramos prometidos.

Ermizhad me miró con extrañeza y alzó la mano como para consolarme.

—Quizás esté muerto —dije—. ¿Has visto alguna criatura como yo en los Mundos Fantasmas?

—En realidad, no —contestó moviendo la cabeza.

—Entonces, los Mundos Fantasmas existen, ¿no es así? —pregunté.

En realidad, mi comentario había sido retórico.

—¡Naturalmente que existen! —se rió ella—. ¡Eres el hombre más escéptico que he conocido!

—Háblame de ellos, Ermizhad.

—¿Qué hay que contar? —dijo moviendo la cabeza en un gesto de negativa—. Si no has creído lo que te hayan explicado ya, no tiene sentido que te cuente más cosas ahora, que tampoco creerás, ¿no te parece?

—Supongo que no—comenté encogiéndome de hombros.

Me pareció que estaba siendo excesivamente reservada, «pero no insistí en el tema».

—Respóndeme a una cosa —dije apenas—, ¿podría descubrir el secreto de mi existencia en los Mundos Fantasmas?

—¿Cómo podría yo responder a eso, Erekosë? —exclamó ella, sonriendo compasivamente.

—No lo sé... Pensaba que los Eldren sabíais más de... de brujería...

—Ahora, en cambio, te muestras tan supersticioso como tus congéneres. ¿No creerás que...?

—Mi señora —la interrumpí—, no sé qué creer ya. La lógica de este mundo, tanto de los humanos como de los Eldren, me temo que es un misterio para mí.

17. Necranal de nuevo

Aunque el rey Rigenos se abstuvo de más amenazas contra mi persona o contra Ermizhad, no se podía decir en honor a la verdad que volviera a tenerme aprecio, aunque su actitud fue haciéndose más distendida conforme se aproximaban las costas de Necranala.

Y, por fin, Noonos apareció ante nuestra vista y dejamos allí la mayor parte de la flota para las reparaciones y reabastecimiento, remontando con un grupo de naves las aguas del río Droonaa para llegar de nuevo a Necranal.

La noticia de nuestra gran victoria naval había llegado ya a Necranal. De hecho, se había ampliado y ya parecía que yo, personalmente y sin ayuda, hubiera hundido cientos de naves y hubiera destruido a sus tripulaciones.

No quise desmentir esos extremos porque seguía preocupándome el rey Rigenos y no deseaba que empezara a maquinar en contra mía. La adulación del pueblo, en cambio, significaba que no me podía negar nada de cuanto pidiese. Con el regreso, mi poder había aumentado, pues había conseguido una gran victoria y había demostrado ser el Campeón que el pueblo deseaba.

Ahora daba la impresión de que si el rey Rigenos actuaba en mi contra, la cólera del pueblo se alzaría, contra él. Y esa cólera sería tal que le pondría en peligro de perder la corona... y también la vida.

Ello no significaba, por supuesto, que ahora le cayera mejor, y cuando llegamos por fin al Palacio de las Diez Mil Ventanas el humor del rey Rigenos había recobrado casi la afabilidad.

Creo que había empezado a considerarme una amenaza para su trono, pero la visión de su palacio, su pueblo y su hija le reafirmaban en que

seguía siendo el rey, y en que continuaría siéndolo siempre. A mí no me interesaba su corona, sino únicamente su hija.

Cuando llegamos, los guardianes escoltaron a Ermizhad a sus aposentos, y ésta ya había desaparecido cuando llegó Iolinda, corriendo escaleras abajo hasta el gran salón con el rostro radiante, el porte gracioso y rebosante de alegría. Dio primero un beso a su padre, y luego otro a mí.

—¿Le has contado a mi padre nuestro secreto? —preguntó.

—Creo que ya lo conocía antes de que partiéramos —sonreí yo, volviéndome hacia el rey, en cuyo rostro había aparecido una especie de mirada abstraída—. Deseamos prometernos en matrimonio, majestad. ¿Nos dais el consentimiento?

El rey Rigenos abrió la boca, se secó el sudor de la frente y tragó saliva antes de asentir.

—Naturalmente. Mis felicitaciones a ambos. Esto hará todavía más fuerte nuestra unidad.

Una leve arruga de preocupación apareció en la frente de Iolinda.

—Padre, te complace de verdad la noticia, ¿no es así?

—Naturalmente..., sí... Me complace, naturalmente... Pero estoy un poco cansado de tanto viajar y tanto combatir, querida mía. Necesito descansar. Perdonadme...

—¡Oh, lo lamento, padre! Sí, debes descansar, tienes razón. No tienes buen aspecto. Haré que los esclavos preparen un poco de comida y te la sirvan en la cama.

—Sí, eso es... —musitó Rigenos.

Cuando se hubo ido, Iolinda me miró con aire curioso.

—Tú también pareces haber sufrido en los combates, Erekosë. No estás herido, ¿verdad?

—No. La batalla fue encarnizada, y no me ha gustado mucho de lo que hemos hecho.

—Los guerreros matan a otros guerreros. Así son las cosas.

—En efecto —respondí con voz ronca—, pero ¿ desde cuándo matan también mujeres, Iolinda? ¿Y niños, bebés incluso?

Ella se humedeció los labios con la lengua. Después, susurró:

—Ven. Comamos algo en mis aposentos. Allí estaremos más cómodos.

Cuando terminamos de comer me sentí mejor, pero seguía sin estar

completamente cómodo.

—¿Qué sucedió? —me preguntó Iolinda—. ¿Qué ocurrió en Mernadin?

—Hubo una gran batalla naval, y vencimos.

—Eso es magnífico.

—Sí.

—Y luego tomasteis Paphanaal. Irrumpisteis en ella y la tomasteis.

—¿Quién te ha dicho que «irrumpimos» ? —pregunté, asombrado.

—¿Por qué lo dices...? Los guerreros que han regresado. Hemos conocido la noticia poco antes de que llegarais...

—En Paphanaal no hubo resistencia —le expliqué—. Había algunas mujeres y niños en la ciudad, y nuestras tropas se dedicaron a matarlos uno por uno.

—Cuando se entra en una ciudad siempre hay mujeres y niños que mueren o son heridos —dijo Iolinda—. No debes sentirte culpable de...

—Pero no hubo resistencia —repetí—. No había nadie que la defendiera, ningún hombre. Absolutamente todos los varones de Paphanaal habían embarcado en la flota que destruimos en el mar.

Iolinda se encogió de hombros. Evidentemente, no podía hacerse una idea de la escena como había sucedido en la realidad. Quizá fuera mejor así. Con todo, no logré reprimir un último comentario:

—Y aunque de todos modos habríamos vencido, parte de nuestra victoria naval se debió a una traición por nuestro lado —murmuré.

—¿Dices que fuisteis traicionados? —respondió ella rápidamente—. Alguna sucia jugada de los Eldren...

—Los Eldren lucharon con honor. Fuimos nosotros quienes matamos a su comandante durante una tregua.

—Comprendo —dijo ella. Luego sonrió—. Bueno, debemos ayudarte a olvidar esas cosas terribles, Erekosë.

—Espero que puedas —respondí.

El rey anunció nuestro compromiso al día siguiente y la noticia fue recibida con alegría por los ciudadanos de Necranal. Salimos a saludarles desde la gran balconada que se alzaba sobre la ciudad. Iolinda y yo sonreíamos pero, cuando regresamos al interior, el rey nos dejó con un brusco adiós y se fue apresuradamente.

—Mi padre parece desaprobar nuestro enlace —dijo Iolinda con aire preocupado—, a pesar de haber dado su consentimiento.

—Es por un desacuerdo en la táctica a emplear durante la batalla —

respondí—. Ya sabes lo importantes que consideramos esas cosas los soldados. Pronto se le pasará.

Pero yo estaba inquieto. Aquí estaba como un gran héroe, amado por el pueblo y a punto de casarme con la hija del rey como debía hacer todo héroe, pero había algo que empezaba a parecerme no del todo bien.

Ya hacía algún tiempo que tenía tal sensación, pero me era imposible descubrir su procedencia. No sabía si tenía que ver con mis especiales sueños, con mis preocupaciones acerca de mi origen, o con la crisis que parecía consolidarse entre el rey y yo. Probablemente se trataba de una nimiedad y mi ansiedad no tenia fundamento.

Iolinda y yo fuimos entonces a la cama prematrimonial, según era la costumbre en los Reinos Humanos.

Pero, esa primera noche, no hicimos el amor.

En mitad de la noche, noté que me daban unos golpecitos en el hombro y me incorporé casi al instante.

Sonreí aliviado.

—¡Ah, eres tú, Iolinda!

—Sí, soy yo, Erekosë. Gemías y te agitabas tanto que me ha parecido mejor despertarte.

—Bueno... —me froté los ojos y añadí—: Gracias.

Mi memoria estaba borrosa, pero me pareció haber experimentado mis sueños habituales.

—Cuéntame algo de Ermizhad —dijo Iolinda de pronto.

—¿Ermizhad? —contesté con un bostezo— ¿Qué sucede con ella?

—La has estado viendo mucho, según me han dicho. Conversabas con ella en el barco. Yo no he conversado jamás con un Eldren. Habitualmente, no tomamos prisioneros...

—Bueno —dije con una sonrisa—, supongo que te parecerá una herejía lo que voy a decir, pero la he encontrado totalmente... humana.

—¡Oh, Erekosë! Ese chiste es de mal gusto. Dicen que es hermosa, y que tiene más de mil vidas humanas sobre su conciencia. Es perversa, ¿no es así? Ha atraído a la muerte a muchos hombres...

—No la interrogué al respecto —respondí—. Charlamos sobre temas filosóficos, principalmente.

—Entonces, ¿es muy inteligente?

—No lo sé. A mí me pareció casi inocente. Aunque —añadí rápidamente, para mostrarme diplomático— quizás ahí esté su astucia, en parecer llena de inocencia.

—¡ Inocente! Ja! —exclamó Iolinda al tiempo que fruncía el ceño.

Me sentí lleno de turbación.

—Sólo es la impresión que me causó, Iolinda. En realidad, no tengo ninguna opinión confirmada respecto a Ermizhad o al resto de los Eldren.

—¿Me amas, Erekosë?

—Naturalmente.

—¿No pensarás..., no pensarás traicionarme?

Me eché a reír y la tomé en mis brazos.

—¿Cómo puedes temer tal cosa?

Por fin, volvimos a caer dormidos.

A la mañana siguiente, el rey Rigenos, el conde Roldero y yo nos dedicamos al serio asunto de planificar nuestra estrategia. El estudio de los mapas y planes de batalla resultaba más distendido y el rey Rigenos pareció casi alegre. Estábamos prácticamente de acuerdo en todos los detalles de la operación. Pero entonces, era muy probable que Arjavh estuviera empeñado en la reconquista de Paphanaal, lo cual era una locura que le llevaría a una segura derrota. Probablemente la sometería a sitio, pero nosotros podíamos abastecer la ciudad con suministros y armas por medio de barcos, y el príncipe Eldren perdería el tiempo. Mientras tanto, nuestra expedición a los Mundos Fantasmas atacaría las posiciones Eldren e impediría, según me aseguraron Roldero y Rigenos, cualquier posibilidad de advertir a sus aliados espectrales por parte de los Eldren.

El plan, naturalmente, dependía de que Arjavh atacara Paphanaal.

—Pero cuando nos marchamos de allí ya debía de estar camino de la ciudad —razonaba Rigenos—. Sería una tontería dar media vuelta en tales circunstancias. ¿Qué conseguiría con ello?

Roldero asintió a sus palabras.

—Creo perfectamente posible que Arjavh se haya concentrado en Paphanaal. Dos o tres días más y nuestra flota estará lista para hacerse de nuevo a la mar. Pronto habremos sometido las Islas Exteriores, y después avanzaremos sobre Loos Ptokai. Con un poco de suerte, Arjavh todavía tendrá concentrado el grueso de sus fuerzas en Paphanaal. A finales de este

año, todas las posiciones de los Eldren estarán en nuestro poder.

Yo me sentía algo menos optimista al escuchar su exultante confianza. En esto me parecía más razonable Katorn, quien nunca se sentía tan seguro de nada. Casi deseé, de hecho, que Katorn estuviera en la reunión, pues sentía un gran respeto por su opinión como soldado y estratega.

Y fue al día siguiente, mientras estábamos todavía volcados sobre los mapas, cuando llegó la noticia.

Nos quedamos asombrados, pues variaba totalmente los planes elaborados, convirtiendo toda nuestra estrategia en agua de borrajas. Más aún, nos ponía en una situación temible.

Arjavh, príncipe de Mernadin, señor de los Eldren, no había atacado Paphanaal. Una gran parte de nuestras tropas aguardaban allí para recibirle, pero no se había dignado hacerles una visita.

Quizás en ningún momento había tenido intención de marchar sobre Paphanaal.

Quizá siempre había tenido en la cabeza lo que se disponía a hacer ahora, y habíamos sido nosotros los estúpidos. Nos había burlado, nos había vencido en estrategia.

—Ya te dije que los Eldren eran muy astutos —dijo el rey Rigenos al recibir la noticia—. Ya te lo dije, Erekosë.

—Ahora te creo —respondí en un susurro, intentando hacerme una idea de la importancia de lo que acabábamos de saber.

—¿Qué opinión te merecen, ahora, amigo mío? —dijo Roldero—. ¿Todavía dividido en tus afectos?

Moví la cabeza en señal de negativa. Mi lealtad estaba con la humanidad. No había tiempo para problemas de conciencia, ni tenía objeto alguno intentar comprender a aquel pueblo no humano. Yo les había subestimado y ahora parecía que la humanidad entera iba a pagar el precio de mi error.

Una flota de naves Eldren había desembarcado en las costas de Necranala, en la ribera oriental y bastante cerca de Necranal. Un ejército Eldren avanzaba por tierra hasta la propia Necranal con una fuerza que, según las noticias, resultaba imposible de detener.

Me maldije a mí mismo. Rigenos, Katorn, Roldero... hasta Iolinda, todos habían tenido razón. Me había dejado engañar por las lenguas doradas y la belleza extraña de aquella gente.

Y apenas quedaba algún guerrero en Necranal. La mitad de todas

nuestras fuerzas estaba en Paphanaal, y tardaríamos un mes en traerlas de vuelta. La flota de los Eldren había cruzado probablemente el océano en la mitad del tiempo. Habíamos creído que su escuadra había sido destruida frente a Paphanaal, pero sólo habíamos derrotado una fracción de sus naves.

Nuestros rostros reflejaban temor mientras elaborábamos apresurados planes de urgencia.

—No tiene sentido llamar a las tropas de Paphanaal a estas alturas —murmuré—. Cuando por fin llegaran, la batalla ya se habría decidido. Envía allí un mensajero veloz, Roldero. Que les cuente lo sucedido y que Katorn decida la estrategia a seguir. Que el mensajero le diga que cuenta con toda mi confianza.

—Muy bien —asintió Roldero—. Pero no disponemos de un número suficiente de guerreros para la defensa Podemos preparar algunos regimientos si mandamos aviso a Zavara. También tenemos tropas en Stalaco, Calodemia y un puñado de hombres en Dratarna. Quizá podrían estar aquí en una semana. También tenemos guarniciones en Shilaal y Sinana, pero dudo que sea recomendable su retirada...

—De acuerdo —asentí—. Los puertos deben estar defendidos a toda costa. ¿Quién sabe cuántas flotas más tendrán preparadas los Eldren?. Si hubiéramos tenido algún servicio de espionaje, algunos hombres dedicados a informarnos de sus movimientos... —exclamé, soltando una maldición.

—Esas lamentaciones no sirven de nada ahora —dijo Roldero—. Además, ¿quién entre nosotros podría hacerse pasar por un Eldren? ¿Quién tendría coraje suficiente para permanecer en su compañía mucho tiempo?

—La única fuerza contundente que tenemos está en Noonos. Tendremos que enviar mensajeros para ordenarles que vengan, y rezar para que Noonos no sea atacada en su ausencia. —Tras estas palabras, me miró fijamente—: No es culpa tuya, Erekosë. Comprendo que esperábamos demasiado de ti...

—Bueno —le prometí entonces—, ahora puedes esperar todavía más de mí, rey Rigenos. Yo conseguiré que los Eldren se retiren.

El rey Rigenos frunció el ceño, pensativo.

—Aún tenemos algo con que negociar —murmuró—. La hermana de Arjavh...

Y, entonces, comenzó a ocurrírseme una idea. La hermana de Arjavh... Primero habíamos dado por seguro que éste marcharía sobre Paphanaal y

no lo había hecho. Ni se nos había pasado por la cabeza que desembarcara en Necranala, pero lo había hecho. La hermana de Arjavh...

—¿Qué quieres de ella? —pregunté.

—¿No podríamos utilizarla con la amenaza de que, si Arjavh no retira sus tropas, la mataremos?

—¿Cómo iba él a confiar en nosotros?

—Eso dependerá en gran medida de lo que quiera a su hermana, ¿no te parece? —el rey Rigenos emitió una sonrisa, al tiempo que sus ánimos se recobraban—. Está bien, Erekosë, inténtalo, pero no acudas a él demostrando debilidad. Lleva contigo todos los regimientos que puedas reunir.

—Desde luego —asentí—. Tengo la sensación de que Arjavh no permitirá que sus sentimientos le detengan mientras disponga de una ocasión para capturar la capital.

El rey Rigenos hizo caso omiso de mis palabras. Incluso llegué a preguntarme si éstas serían acertadas, pues empezaba a considerar que había algo más detrás de la decisión tomada por Arjavh.

Rigenos me puso la mano en el hombro.

—Hemos tenido nuestras diferencias, Erekosë, pero ahora estamos unidos. Adelante. Ve y combate con la Jauría del Mal. Gana la batalla. Mata a Arjavh. Ésta es tu oportunidad para cortarle la cabeza a esa monstruosidad que son los Eldren. Y si la batalla parece imposible, utiliza a su hermana para darnos tiempo. Sé valiente, Erekosë. Sé astuto. Sé fuerte.

—Lo intentaré —respondí—. Saldré en seguida para reunir a los guerreros de Noonos. Me llevaré toda la caballería de que dispongamos y dejaré una pequeña fuerza de infantería y artillería para defender la ciudad.

—Haz lo que te parezca conveniente, Erekosë. Regresé a los aposentos y me despedí de Iolinda. La princesa estaba abrumada de pesar.

No visité a Ermizhad para decirle lo que proyectábamos.

18. El príncipe Arjavh

Cabalgué con mi espléndida armadura a la cabeza de mi ejército. En mi lanza ondeaba el estandarte de la espada de plata sobre campo negro, el caballo hacía cabriolas, tenía el semblante confiado y tras de mi avanzaban cinco mil caballeros al encuentro del ejército Eldren, cuya fuerza desconocíamos.

Cabalgamos desde Noonos hacia el este, por donde se decía que venía el enemigo. Nuestra intención era cortarles el paso antes de que llegaran a Necranal.

Mucho antes de encontrarnos con las fuerza de Arjavh, escuchamos relatos de su avance de labios de campesinos que huían. Al parecer, los Eldren avanzaban a marchas forzadas hacia Necranal, evitando todas las poblaciones que cruzaban. No había, hasta entonces, noticias de atrocidades por su parte. Parecían llevar demasiada prisa como para molestarse por la población civil.

Arjavh sólo parecía tener un propósito: llegar a Necranal en el menor tiempo posible. Yo no sabía gran cosa del príncipe Eldren, salvo que tenía fama de ser un monstruo encarnado, un carnicero y torturador de mujeres y niños. Estaba impaciente por encontrarme con él en combate.

Y había otro rumor respecto al ejército del príncipe Arjavh. Se decía que estaba compuesto en parte por Halflings, criaturas de los Mundos Fantasmas. Esta posibilidad había espantado a muchos de los hombres, pero traté de animarlos, insistiendo en que tales rumores eran falsos.

Roldero y Rigenos no venían conmigo. Roldero había regresado para supervisar la defensa de Necranal, por si no teníamos éxito en nuestro empeño, y en la capital había quedado también el rey Rigenos.

Por primera vez en esa vida, estaba solo. No tenía consejeros. Y no

creía necesitar ninguno.

Los ejércitos de los Eldren y las fuerzas de la humanidad se avistaron por fin cuando salieron a una vasta llanura conocida por el nombre de llanura de Olas, en recuerdo de una antigua ciudad que en otro tiempo se había alzado allí. La planicie estaba rodeada por los picos de unas montañas lejanas. El suelo era verde y las montañas púrpura, y vimos las banderas de los Eldren al ponerse el sol, y refulgían como si fueran llamas.

Cuando se hiciera de día, mis mariscales y capitanes estarían ya dispuestos para cargar sobre los Eldren. Para nuestro alivio, parecía que su número era menor que el nuestro y vimos grandes posibilidades de victoria.

Me sentí aliviado. Eso significaba que no tendría que utilizar a Ermizhad para negociar con Arjavh, y así podría regirme por el código de honor que los humanos utilizaban entre ellos pero se negaban a extender a los Eldren.

Mis comandantes se horrorizaron cuando se lo comuniqué, pero insistí:

—Actuemos limpiamente y con nobleza. Seamos un ejemplo para ellos.

Allí no estaban Katorn ni Rigenos. Ni siquiera Roldero. Nadie discutiría las órdenes ni me diría que debíamos ser traicioneros y astutos en lo que respecta a los Eldren. Quería librar aquella batalla en los términos que Erekosë entendía, pues ahora estaba siguiendo los instintos de Erekosë.

Observé a nuestro heraldo que se adentraba en la noche bajo una bandera de tregua. Le vi alejarse y, siguiendo un impulso, salí a espuela tras él.

Los mariscales salieron gritando detrás de mi caballo:

—¡Señor Erekosë, adonde vas!

—¡Al campamento de los Eldren! —contesté, riéndome al ver sus muestras de espanto.

El heraldo se volvió en su silla al escuchar las pisadas de mi caballo.

—¿Señor Erekosë? —dijo, dubitativo.

—Sigue adelante, heraldo... ¡Voy contigo!

Y así, juntos, llegamos por fin al campamento Eldren. Nos detuvimos bajo la orden de la guardia exterior.

—¿Qué hacéis aquí, humanos? —preguntó un oficial de baja graduación, observando la penumbra con sus ojos jaspeados de azul.

Salió la luna y se reflejó en la plata. Así mi bandera, doblada en la silla

del caballo, la levanté y la agité al viento. La luz de la luna iluminó el motivo en su centro.

—Esa es la bandera de Erekosë —murmuró el oficial.

—Y yo soy Erekosë.

Una mirada de repulsión cruzó el rostro del Eldren.

—Hemos sabido lo que hicisteis en Paphanaal. Si no estuvieras bajo esa bandera de tregua...

—No he hecho en Paphanaal nada de lo que me avergüence —repliqué.

—No, seguro que no te avergüenzas.

—Mi espada permaneció envainada todo el tiempo que estuve en vuestra ciudad, Eldren.

—Sí... envainada en los cuerpos de recién nacidos.

—Piensa lo que te plazca —respondí—. Llévame a tu amo. No quiero perder más tiempo contigo.

Avanzamos con los caballos por el silencioso campamento hasta el sencillo pabellón militar del príncipe Arjavh. El oficial entró en la tienda.

Escuché un movimiento en el interior y de ésta surgió una figura ágil, vestida con media armadura, un peto de acero atado sobre una camisa suelta de color verde, calzones de cuero bajo las grebas y espinilleras, también de acero, y sandalias en los pies. Su cabello, largo y negro, llevaba una banda de oro con un gran rubí solitario para que no le cayera sobre sus extraños ojos.

Y su rostro... Su rostro era hermoso. Dudo de si usar la palabra que describe a un humano, pero es la única que puede hacer justicia a aquellos finos rasgos. Como Ermizhad, tenía el cráneo alargado y los ojos oblicuos y sin órbitas. En cambio, sus labios no se curvaban hacia arriba como los de la muchacha. Su boca estaba tensa y surcada por arrugas de preocupación. Se pasó la mano por el rostro y alzó la mirada hacia nosotros.

—Soy el príncipe Arjavh de Mernadin —dijo con su voz líquida—. ¿Qué tienes que decirme, Erekosë, tú que has tomado prisionera a mi hermana?

—He venido en persona para retarte al desafío tradicional de los adversarios de la humanidad.

Arjavh alzó la cabeza y miró a su alrededor.

—Alguna trampa, supongo. ¿Es éste un nuevo tipo de traición, quizás?

—Yo sólo digo la verdad —sentencié.

En su respuesta había una especie de sonrisa cargada de melancólica

ironía.

—Muy bien, señor Erekosë. Acepto su gentil desafío en nombre de los Eldren. Nos batiremos, pues, ¿es eso? Nos mataremos mañana, ¿de acuerdo?

—Tú puedes decidir cuándo empezar —respondí—, ya que nosotros somos quienes lanzamos el desafío.

Arjavh frunció el ceño.

—Hace quizás un millón de años que los Eldren y la humanidad no luchan de acuerdo al código de la guerra. ¿Cómo puedo confiar en ti, Erekosë? Hemos sabido cómo exterminaste a los niños.

—Yo no he exterminado a nadie —respondí en voz baja—. Pedí que les respetaran la vida, pero en Paphanaal me aconsejaron el rey Rigenos y sus mariscales. Ahora controlo yo las fuerzas a mi mando, y opto por luchar según el código de la guerra. El mismo código, me parece, que yo instauré en un principio...

—Así es —respondió Arjavh, pensativo—. A veces es llamado también el código de Erekosë. Pero él era un mortal como todos los humanos. Sólo los Eldren son inmortales.

—Soy mortal en muchos aspectos —respondí en pocas palabras—, e inmortal en otros. Bien, ¿pactamos entonces los términos del combate?

Arjavh abrió los brazos.

—¿Cómo quieres que crea en toda esa palabrería? ¿Cuántas veces hemos decidido creer a los humanos y hemos sido traicionados? ¿Cómo puedo aceptar que tú eres Erekosë, el Campeón de la humanidad, nuestro antiguo enemigo al que, incluso en nuestras leyendas, respetamos como un noble enemigo? Me gustaría creerte, tú que te llamas a ti mismo Erekosë, pero no puedo permitirme...

—¿Puedo desmontar? —pregunté.

El heraldo me miró asombrado.

—Si te place.

Descabalgué de lomos del caballo, que lucía una coraza, y me quité del cinto la espada. Tras colgarla de la perilla de la montura, aparté a un lado al caballo y avancé unos pasos, hasta encontrarme frente a frente con Arjavh.

—Tenemos unas fuerzas superiores a las tuyas —dije—. Tenemos grandes probabilidades de vencer mañana en la batalla. Es posible que en una semana incluso los pocos de vosotros que escapéis en la batalla seáis muertos a manos de nuestros soldados y campesinos. Te ofrezco la

posibilidad de librar un combate noble, príncipe Arjavh. Un combate justo. Sugiero que los términos incluyan el respeto a los prisioneros, el tratamiento médico a todos los heridos que sean capturados, un recuento de los vivos y los muertos...

Mi mente iba recordando todo mientras hablaba.

—Conoces bien el código de Erekosë —dijo Arjavh.

—Así debe ser.

El Eldren alzó la mirada hacia la luna.

—¿Sigue con vida mi hermana?

—En efecto.

—¿Por qué has venido a nuestro campamento con tu heraldo?

—Por curiosidad, supongo —respondí—. He hablado mucho con Ermizhad. Quería ver si eras el diablo que me han contado, o la persona que describía Ermizhad.

—¿Y qué has decidido?

—Si lo eres, eres un diablo triste y preocupado.

—No tanto como para no luchar —replicó—. Ni para no tomar Necranal, si se presenta la ocasión.

—Pensábamos que marcharías sobre Paphanaal —le dije—. Consideramos lógico que intentaras reconquistar tu puerto principal.

—Sí, ésos eran los planes. Hasta que tuve noticia de que habías tomado prisionera a mi hermana —hizo una pausa y añadió—: ¿Cómo está?

—Bien. Fue puesta bajo mi protección y me he ocupado de que sea tratada con toda la cortesía posible.

El príncipe asintió.

—Naturalmente, hemos venido a rescatarla—dijo.

—Me decía que ésa debía de ser la razón —murmuré con una media sonrisa—. Deberíamos haberlo esperado, pero no fue así. ¿Te das cuenta de que, si mañana vences en la batalla, ellos amenazarán con matarla en el caso de que no te retires?

Arjavh apretó los labios.

—La matarán de todos modos, ¿no es así? La torturarán. Sé muy bien cómo tratan los humanos a los prisioneros Eldren.

No pude decir nada para disuadirle.

—Si matan a mi hermana —dijo el príncipe Arjavh— convertiré Necranal en cenizas, aunque sea el único que quede para hacerlo. Mataré a Rigenos, a su hija, a cualquiera que encuentre...

—Etcétera, etcétera... —dije en voz baja.

Arjavh volvió a mirarme.

—Lo siento. Querías discutir los términos del código para la batalla, ¿verdad? Muy bien, Erekosë, confío en ti. Accedo a los términos que propones..., y ofrezco uno por mi parte.

—Te escucho.

—Que liberes de su cautiverio a Ermizhad si vencemos. Eso nos ahorrará a ambos bandos muchas vidas.

—Así será —asentí—, pero no está en mi mano hacer ese trato. Lo lamento, príncipe Arjavh, pero es el rey quien la tiene. Si fuera prisionera mía y no estuviera sólo bajo mi protección, accedería sin dudarlo. Si vences, deberás ir a Necranal y sitiar la ciudad.

Arjavh suspiró.

—Está bien, señor Campeón. Mañana al amanecer estaremos preparados.

—Os superamos en número, príncipe Arjavh—dije apresuradamente—. Aún podéis volveros atrás..., en paz.

El Eldren movió la cabeza con gesto resuelto.

—Libremos la batalla.

—Hasta el amanecer, pues, príncipe de los Eldren.

Arjavh movió la mano en un gesto cansino de asentimiento.

—Adiós, señor Erekosë.

—Adiós.

Hinqué espuelas a mi caballo y regresamos al campamento, yo con el ánimo apesadumbrado, y el heraldo perplejo a mi lado.

Una vez más, me sentía dividido. ¿Eran acaso tan astutos los Eldren que podían engañarme con semejante facilidad?

Mañana lo sabría.

Por la noche, en mi tienda, dormí tan mal como siempre, pero acepté mis sueños, los vagos recuerdos, y no intenté combatirlos o interpretarlos. Ya me había convencido de que no tenía objeto. Yo era lo que era; era el Campeón Eterno, el Combatiente Perpetuo. Aunque nunca sabría por qué.

Antes del amanecer, nuestras fanfarrias nos advirtieron que era momento de prepararnos. Me coloqué la armadura, la espada, y desenfundé la lanza, dejando a la vista su punta larga, de reluciente metal. Salí bajo el

aire fresco de los últimos momentos de la noche. E1 día todavía no había llegado. Recortada a la escasa luz del ambiente, mi caballería estaba ya montada. Noté un sudor frío y pegajoso en la frente. Me sequé repetidas veces con un trapo, pero siguió bañándome. Alcé el yelmo y me lo puse en la cabeza, fijándolo a las hombreras. Los servidores me sostuvieron los guantes hasta que los hube asegurado. Después, con las piernas rígidas dentro de la armadura, caminé hasta la montura, fui ayudado a subir a la silla, recuperé el escudo y la lanza y revisé las filas hasta ponerme a la cabeza de mis tropas. Había un gran silencio cuando empezamos a avanzar, un mar de acero lamiendo la costa que era el campamento Eldren.

Cuando llegó la húmeda alborada, nuestras fuerzas se divisaron. Los Eldren estaban todavía junto a su campamento pero, al vernos, también ellos empezaron a moverse. Muy lentos, al parecer, pero implacablemente.

Alcé la visera del casco para tener una perspectiva más amplia de los alrededores. El terreno parecía firme y seco. No vi que hubiera sitios más ventajosos que otros para la lucha.

Las herraduras de los caballos pisotearon la hierba con un retumbar. Las armas de los jinetes chirriaban a los costados. Y, sin embargo, pese a ello, un gran silencio parecía llenar el aire. Nos aproximamos más y más.

Una bandada de golondrinas nos sobrevoló a gran altura y se deslizó luego hacia las lejanas montañas.

Cerré la visera. El lomo del caballo se arqueó bajo la silla. El sudor frío parecía bañar todo mi cuerpo e inundar la armadura. La lanza y el escudo me parecían, de pronto, muy pesados.

Llegó a mí el hedor de otros hombres y bestias sudorosos. Dentro de poco, olería también su sangre.

Dada nuestra prisa, no habíamos traído cañones. Los Eldren, que también deseaban avanzar con rapidez, tampoco disponían de artillería. Pensé que quizá sus máquinas para el asedio les seguían a una marcha más lenta.

Cada vez más próximos a los Eldren, distinguí la bandera de Arjavh y un racimo de gallardetes pertenecientes a sus comandantes.

Yo proyectaba basarme en la caballería. Los jinetes se extenderían por los costados para rodear a los Eldren mientras una tercera punta de lanza de jinetes atacaba el centro de sus filas e intentaba llegar hasta el otro extremo,

dejando al enemigo rodeado por todos lados.

Ya estábamos muy próximos. Así el freno del caballo. El estómago me gruñó y me vino a la boca un sabor a bilis.

Azucé al caballo, levanté la lanza y di orden a los arqueros para que dispararan.

No teníamos ballestas, sino sólo arcos largos, que tenían un mayor alcance y poder penetrante y que podían lanzar muchas más flechas en menos tiempo. La primera descarga de flechas silbó sobre nuestras cabezas y cayó sobre las filas de los Eldren, seguida inmediatamente de una nueva andanada de flechas y otra más.

Nuestro ataque fue devuelto con una lluvia de finas flechas Eldren. Los hombres gritaron y los caballos relincharon cuando las flechas encontraron sus objetivos y, por un instante, hubo consternación entre nuestros hombres al ver desgarradas las filas. Pero pronto, con gran disciplina, volvieron a ordenarse.

Y de nuevo levanté la lanza, en la que ondeaba el penacho negro y plata.

—¡Caballería! ¡Adelante a todo galope!

Las trompetas transmitieron la orden. El aire se llenó de sonido. Los caballeros lanzaron hacia delante sus corceles de guerra, una fila tras otra, desplegándose en ambos costados mientras otra sección se lanzaba directamente contra el centro de la tropa Eldren. Los caballeros se inclinaban sobre el cuello de sus rápidas monturas, con las lanzas en ángulo sobre las sillas, unos sosteniéndola bajo el brazo derecho y apuntando a la izquierda y otros asegurándola con el brazo izquierdo y dirigiéndola hacia la derecha. Las plumas de sus cascos revoloteaban a su espalda mientras cargaban contra los Eldren. Sus capas refulgían, sus penachos ondeaban y el leve sol matinal brillaba en sus armaduras.

El hollar de los caballos era ensordecedor y clavé espuelas en mi montura para que emprendiera el galope; junto a un grupo de cincuenta jinetes que me seguía sosteniendo en el centro los estandartes gemelos de la humanidad, me lancé adelante Buscando con la mirada a Arjavh, por el cual, en aquel instante, sentía un odio absoluto.

Le odiaba porque estaba obligado a librar aquella batalla y, Posiblemente, a matarle.

Con un espantoso rumor hecho de gritos y de chasquidos de metal, nos lanzamos sobre el ejército Eldren y pronto me olvidé de todo salvo de la

necesidad de matar y defender mi vida frente a quienes querían matarme. Rompí la lanza muy pronto, tras atravesar con ella el cuerpo de un jinete Eldren con armadura y romperse con el ímpetu. Se la dejé clavada y saqué la espada.

Lancé ahora mis golpes a diestro y siniestro con salvaje intensidad, buscando a Arjavh. Por fin le vi, con una enorme maza ondeando en su mano enguantada y barriendo a los infantes que intentaban derribarle de la silla.

—¡Arjavh!

El príncipe me divisó por el rabillo del ojo mientras me detenía para aguardarle.

—¡Un momento, Erekosë, estoy ocupado aquí!

—¡Arjavh!

Mi grito fue un desafío. Nada más.

Arjavh terminó con los soldados que le acosaban e hincó espuelas a su montura en dirección a mí, dando vueltas todavía a la enorme maza mientras dos caballeros se acercaban a él. Sin embargo, los dos hombres se retiraron al observar que estábamos a punto de enfrentarnos.

Ya estábamos ahora a suficiente distancia para combatir. Le lancé un potente golpe de mi espada envenenada, pero se apartó a tiempo y sentí que su maza me rozaba la espalda, tendido hacia delante sobre mi silla con la espada, tras el fallido golpe, casi tocando el suelo.

Levanté el arma en un golpe por abajo y la maza llegó a tiempo de pararlo. Seguimos luchando varios minutos hasta que, para mi sorpresa, escuché una voz a cierta distancia que gritaba...

—¡Reagrupad los estandartes! ¡Reagrupaos, caballeros de la humanidad!

¡No habíamos tenido éxito en nuestra táctica! Era evidente por el grito que habíamos escuchado. Nuestras fuerzas intentaban consolidarse y atacar de nuevo. Arjavh sonrió y bajó la maza.

—Intentan rodear a los Halflings —dijo al tiempo que soltaba una carcajada.

—Nos encontraremos pronto otra vez, Arjavh —le grité yo mientras daba media vuelta con el caballo y retrocedía entre la masa de combatientes, abriéndome camino entre los hombres enfrascados en la lucha hacia el estandarte, que ahora ondeaba a mi derecha.

No había nada de cobardía en mi retirada, y Arjavh lo sabía. Yo tenía

que estar con mis hombres cuando se reagrupaban. Por eso Arjavh había bajado su arma. No había querido detenerme.

19. La batalla decidida

¿Había mencionado Arjavh a los Halflings? No había advertido la presencia de espectros o trasgos entre sus tropas. ¿Qué eran, pues? ¿Qué clase de criaturas no podían ser rodeadas?

Los Halflings sólo eran una parte de mi problema. Teníamos que tomar decisiones rápidamente o la jornada pronto estaría perdida. Cuatro de mis mariscales trataban desesperadamente de mantener cerradas nuestras filas cuando me acerqué a ellos. Los Eldren nos rodeaban cuando habíamos proyectado rodearles nosotros, y muchos grupos de nuestros guerreros habían quedado separados de la fuerza principal.

Por encima del ruido de la batalla, grité a uno de mis mariscales:

—¿Cuál es la situación? ¿Por qué hemos fallado tan pronto? Les superamos en número...

—Es difícil decir cuál es la situación, señor Erekosë —respondió el mariscal—, ni cómo hemos fallado. En un momento dado, habíamos rodeado a los Eldren, y al momento siguiente la mitad de sus fuerzas nos rodeaban a nosotros. ¡Se desvanecieron y aparecieron a nuestras espaldas! Ni siquiera ahora se puede saber cuál es un Eldren de carne y hueso, y cuál es un Halfling.

El hombre que me respondía era el conde Maybeda, un guerrero viejo y experimentado. Su voz era desgarrada y temblaba como un poseso.

—¿Qué otras cualidades tienen esos Halflings? —pregunté.

—Son bastante sólidos cuando luchan, señor Erekosë, y se les puede matar con armas ordinarias, pero pueden desaparecer a voluntad y aparecer en el lugar del campo que deseen. Es imposible proyectar tácticas contra un enemigo así.

—En tal caso —decidí—, será mejor mantener juntos a nuestros

hombres para adoptar una buena defensa. Sigo pensando que superamos en número a los Eldren y a sus fantasmales aliados. ¡Que vengan a por nosotros!

La moral de mis guerreros era baja. Estaban desconcertados y les resultaba difícil afrontar la posibilidad de la derrota cuando tan segura había parecido la victoria.

Entre los combatientes, vi aproximarse la bandera de los Eldren, con el basilisco. La caballería enemiga se acercaba velozmente con el príncipe Arjavh al frente.

Nuestras fuerzas se encontraron de nuevo, y por segunda vez, trabé combate con el líder Eldren.

Arjavh conocía el poder de mi espada. Sabía que su mero roce le mataría si encontraba un resquicio en la armadura, pero aquella letal maza, manejada con la destreza con que otro sostendría una espada, paraba todos los golpes que le dirigía.

Luché con él media hora, hasta que por fin observé en él muestras de confusión y agotamiento, cuando ya mis músculos me causaban un dolor insoportable.

¡Y, de nuevo, mis tropas se habían visto dispersadas! De nuevo, resultaba imposible saber cómo iba la batalla, pues la mayor parte del tiempo me despreocupé de ella, olvidando la marcha general del combate para concentrarme únicamente en romper la espléndida guardia de Arjavh.

Entonces vi pasar velozmente junto a mí al conde Maybeda, a lomos de su caballo, con la armadura partida y el rostro y los brazos ensangrentados. En una de sus manos enrojecidas llevaba el estandarte de la humanidad, hecho trizas, y sus ojos reflejaban pánico en un rostro bañado en sangre.

—¡Huye, Erekosë!—gritó mientras galopaba—. ¡Huye! ¡La jornada está perdida!

No podía creerlo, hasta que los restos desperdigados de mis unidades empezaron a pasar ante mí, retrocediendo en una ignominiosa y desordenada retirada.

—¡Reagrupaos, ejércitos de la humanidad! —les grité— ¡Reagrupaos!

Sin embargo, no me prestaron atención. Una vez más, Arjavh bajó su maza.

—Estás vencido —dijo.

Incliné al suelo la espada, a regañadientes.

—Eres un enemigo temible, príncipe Arjavh.

—También tú eres un adversario temible, Erekosë. Te recuerdo nuestro código para la batalla. Ve en paz. Necranal te necesitará. Moví la cabeza en señal de negativa y exhalé un profundo suspiro.

—Prepárate y defiéndete, príncipe Arjavh —exclamé.

El se encogió de hombros, alzó rápidamente la maza para detener el golpe que le había enviado, y dejó caer su arma con gesto veloz sobre mi muñeca, protegida por el guante de metal. Todo el brazo me quedó paralizado. Traté de asir la espada, pero no me respondían los dedos. Me cayó de la mano y quedó colgando de la tira de cuero que la aseguraba a mi muñeca.

Con una maldición, me lancé desde mi silla sobre él, utilizando la mano buena para asirle, pero Arjavh apartó su caballo y caí al suelo, con el rostro contra el fango ensangrentado del campo de batalla.

Traté de levantarme una vez, no lo conseguí y caí inconsciente.

20. El pacto

¿QUIÉN SOY?
Eres Erekosë, el Campeón Eterno.
¿CUÁL ES MI NOMBRE VERDADERO?
El que tienes en cada momento.
¿POR QUÉ SOY COMO SOY?
Porque eso es lo que has sido siempre.
¿QUÉ ES SIEMPRE?
Siempre.
¿CONOCERÉ ALGUNA VEZ LA PAZ?
Conocerás la paz en ocasiones.
¿CUÁNTO TIEMPO?
Algún tiempo.
¿DE DÓNDE VENGO?
Siempre has existido.
¿ADONDE VOY?
Adonde debes.
¿CON QUÉ OBJETO?
Para luchar.
¿LUCHAR PARA QUÉ?
Luchar por luchar.
¿PARA QUÉ?
Luchar.
¿PARA QUÉ?

Me estremecí, consciente de que ya no estaba cubierto por mi armadura. Alcé la mirada. Arjavh estaba en pie junto a mí.

—No me explico por qué me odió de esa forma entonces —murmuraba el príncipe para sí. Entonces advirtió que había recobrado la conciencia y su expresión se modificó. Me dedicó una breve sonrisa—. Eres un hombre de gran ferocidad, caballero Campeón.

Clavé mi mirada en sus ojos sombríos y lechosos.

—Mis guerreros... —murmuré—. ¿ Qué... ?

—Los que quedaban han huido. Hemos liberado a los pocos prisioneros que habíamos tomado y les hemos enviado tras sus camaradas. Eso fue lo pactado, según creo...

Pugné por incorporarme.

—Entonces, ¿vas a liberarme?

—Supongo que sí, aunque...

—¿Aunque?

—Serías un buen prisionero para utilizarte como rehén.

Comprendí a qué se refería y me relajé, tendiéndome de nuevo sobre el duro lecho. Me puse a meditar profundamente y rechacé la idea que me vino a la mente. Sin embargo, la idea se hacía cada vez más insistente en mi cabeza y por fin, casi contra mi voluntad, musité:

—Cámbiame por Ermizhad.

Sus fríos ojos expresaron sorpresa durante un instante.

—¿Es eso lo que me propones? Pero Ermizhad es un rehén muy valioso para la humanidad...

—¡Maldita sea, Arjavh, te digo que negocies un intercambio!

—Eres un humano muy extraño, amigo mío. Pero ya que cuento con tu permiso, eso haré. Te doy las gracias. Realmente, recuerdas bien el viejo código de guerra, ¿verdad? Creo que eres verdaderamente quien dices ser.

Cerré los ojos. Me dolía la cabeza.

Arjavh salió de la tienda y le oí dar instrucciones a un mensajero. Desde el interior de la tienda, grité:

—Aseguraos de que el pueblo se entere. El rey quizá no acceda al cambio, pero el pueblo forzará su voluntad. ¡Yo soy su héroe! Seguro que aceptarán intercambiarme por un Eldren, sea quien sea éste.

Arjavh aleccionó adecuadamente al mensajero y entró de nuevo en la tienda.

—Hay algo que me sorprende —dije al cabo de un rato de silencio.

Arjavh estaba sentado en un taburete, en el extremo opuesto de la tienda—. Me sorprende que los Eldren no hayan conquistado a la humanidad hasta ahora. Con esos guerreros Halfling, yo diría que sois invencibles.

Sin embargo, Arjavh indicó lo contrario con un gesto de cabeza.

—Rara vez utilizamos a nuestros aliados —explicó—, pero en esta ocasión estaba desesperado. Estaba decidido a utilizar casi cualquier recurso para rescatar a mi hermana.

—Lo comprendo.

—No habríamos desembarcado jamás en esta tierra, de no ser por ella —continuó.

Lo dijo con tanta sencillez que le creí. Aunque ya anteriormente había tenido la íntima certeza de que así era. Respiré profundamente.

—Para mí, esto resulta muy difícil —declaré—. Me veo obligado a luchar así, sin una idea clara sobre la razón de la lucha, sin un conocimiento auténtico de este mundo, sin una perspectiva de quienes lo habitan. Los hechos más sencillos resultan ser mentiras, y las cosas más increíbles ser ciertas. ¿Qué son los Halflings, por ejemplo?

—Trasgos producto de la brujería —dijo él, con una nueva sonrisa.

—Eso es lo que me dijo el rey Rigenos. Pero eso no explica nada.

—¿Y si te dijera que son seres capaces de romper su estructura atómica a voluntad y volverla a juntar en otro lugar, instantáneamente? Seguro que tampoco entenderías esas palabras. Brujería, acabarías por decir.

Me sorprendió la naturaleza científica de la explicación.

—Con esas palabras te comprendería mejor —dije lentamente.

Arjavh enarcó sus inclinadas cejas.

—Realmente, eres un hombre diferente a los demás —murmuró—. Bien, los Halfling, como habrás visto, están emparentados con los Eldren. No todos los moradores de los Mundos Fantasmas son de nuestra especie, sino que los hay más directamente emparentados con los humanos, además de existir allí otras formas de vida más primitivas...

»Los Mundos Fantasmas son bastante sólidos, pero existen en una serie de dimensiones diferentes de la nuestra. En esos mundos, los Halflings no tienen poderes especiales, o no más nosotros en el nuestro, pero en éste sí. Desconocemos por qué, y ellos tampoco saben la razón. En la Tierra parece que tienen efecto en ellos unas leyes físicas distintas. Hace más de un millón de años descubrimos un medio de tender un puente dimensional entre la Tierra y esos otros mundos. Y encontramos a una raza semejante a

la nuestra que, en ocasiones, acepta venir en nuestra ayuda si nuestra necesidad es especialmente grave. Y ésta es una de tales ocasiones. Sin embargo, a veces, los puentes dejan de existir cuando los Mundos Fantasmas cambian a otra fase de su extraña órbita, de modo que los Halflings que estén entonces en la Tierra no pueden regresar, y los Eldren que están en esos mundos se encuentran en igual situación. Por eso comprenderás que resulta peligroso permanecer mucho tiempo en el mundo que no corresponde a uno.

—¿Es posible que los Eldren vinieran en un principio de esos Mundos Fantasmas? —pregunté.

—Supongo que es posible —respondió—. Aunque no existen registros o datos al respecto...

—Quizá por eso la humanidad os odia como extraños—sugerí.

—No es esa la razón —respondió Arjavh—, pues los Eldren ocuparon la Tierra durante eras y eras antes de que la humanidad llegara a este planeta.

—¡Cómo!

—¡Es la verdad! —insistió—. Yo soy un inmortal y mi abuelo lo fue también. Resultó muerto durante las primeras guerras entre los Eldren y la humanidad. Cuando los humanos llegaron a la Tierra, poseían unas armas increíbles, de terrible poder destructor. En esos tiempos, también nosotros utilizamos tales armas. Las guerras crearon tal destrucción que la Tierra parecía una esfera de fango ennegrecido cuando por fin terminaron y los Eldren fuimos derrotados. Fue tal la destrucción que juramos no utilizar nunca más nuestras armas, incluso si nos veíamos amenazados con el exterminio de la raza. No podíamos asumir la responsabilidad de la destrucción del planeta entero.

—¿Quieres decir con eso que todavía poseéis esas armas?

—En efecto. Guardadas a salvo.

—¿Y conserváis los conocimientos técnicos precisos para utilizarlas?

—Naturalmente. Somos inmortales. Todavía están entre nosotros muchos que combatieron en esas antiguas guerras; algunos incluso construyeron nuevas armas antes de que adoptáramos la decisión de retirarlas.

—Entonces, ¿por qué no...?

—Ya te lo he dicho. Prometimos no hacerlo.

—¿Qué sucedió, entonces, con las armas de los humanos y sus

conocimientos técnicos de éstas? ¿Tomaron los hombres la misma decisión que los Eldren?

—No. La raza humana degeneró durante un tiempo. Se produjeron guerras entre ellos. En cierta ocasión casi se exterminaron por completo entre sí. En otras épocas cayeron en la barbarie. Hubo algún período en que parecían haber madurado por fin, en que parecían haber conseguido la paz interior y el respeto por los demás. Durante uno de esos períodos perdieron los conocimientos técnicos respecto a las armas que les quedaban. Durante el último millón de años han ido resurgiendo de la más absoluta barbarie, pues los años de paz fueron un espejismo, unos breves períodos engañosos, y me atrevo a predecir que pronto volverán a hundirse en ella. Parecen decididos a causar su propia destrucción, además de la nuestra. Muchas veces nos hemos preguntado si los seres humanos, que seguramente deben existir en otros planetas además del nuestro, son iguales en todas partes. Quizá no sea así.

—Espero que no—respondí—. ¿Cómo esperas que se batan los Eldren contra los humanos?

—Con valentía, pero con pocas posibilidades —contestó—. Sobre todo porque la humanidad está inspirada por tu liderazgo y porque la puerta de los Mundos Fantasmas está próxima a cerrarse otra vez. Antes, la humanidad estaba dividida por las rencillas. El rey Rigenos no podía poner de acuerdo jamás a sus mariscales, y dudaba demasiado de sí mismo para adoptar una gran decisión. En cambio, ahora, tú tomas las decisiones por él y has conseguido unir a sus mariscales. Vencerás tú, me temo.

—Eres un fatalista —dije.

—Soy realista —respondió.

—¿No se puede discutir un tratado de paz?

—¿De qué sirve hablar? —preguntó amargamente, mientras movía la cabeza con gesto de negativa—. Os compadezco, humanos. ¿Por qué siempre nos adjudicáis a nosotros vuestros motivos? Nosotros no deseamos el poder, sino la paz. ¡La paz! Pero supongo que no podremos alcanzarla hasta que la humanidad llegue a su senectud y desaparezca...

Permanecí con Arjavh unos cuantos días más antes de ser liberado, tras lo cual me encaminé con mi caballo hacia Necranal. Fue un viaje largo y solitario, y dispuse de mucho tiempo «para pensar».

En esta ocasión, apenas me reconocieron por el camino, ya que iba cubierto de polvo y llevaba la armadura abollada por todas partes. Además, los habitantes de Necranal se habían acostumbrado ya a ver regresar a la ciudad a los caballeros vencidos en la batalla.

Llegué por fin al Palacio de las Diez Mil Ventanas, sobre el cual se cernía un silencio ominoso. El rey no estaba en el gran salón y Iolinda no se encontraba en sus aposentos.

Al llegar a mis habitaciones, me desembaracé de la armadura.

—¿Cuándo se fue la princesa Ermizhad? —pregunté a un esclavo.

—¿Irse, mi amo? ¿No está aquí todavía?

—¿Qué? ¿Dónde?

—En los mismos aposentos de siempre, seguramente...

Todavía llevaba puesto el peto, y volví a ajustarme la espada a la cintura mientras cruzaba los pasillos hasta llegar a los aposentos de Ermizhad, donde aparté de un empujón al soldado que montaba guardia en la puerta.

—Ermizhad —dije al entrar—, tú tenías que ser canjeada por mí. Ese fue el pacto que hice con tu hermano. ¿Dónde está el rey? ¿Por qué no ha cumplido su palabra?

—No tenía la menor idea de lo que me preguntas —respondió—. Tampoco sabía que Arjavh estuviera tan cerca...

—¡Ven conmigo! —la interrumpí—. Encontraremos al rey y aclararemos lo de tu liberación.

La llevé casi a rastras de salón en salón del palacio hasta que, por fin, localicé al rey en sus habitaciones privadas. Estaba conferenciando con Roldero cuando irrumpí en la sala.

—¡Rey Rigenos! ¿Qué significa todo esto? He dado mi palabra al príncipe Arjavh de que Ermizhad sería puesta en libertad cuando él hiciera lo mismo conmigo. Arjavh me permitió salir a salvo de su campamento y ahora regreso a Necranal y encuentro a Ermizhad todavía cautiva. Exijo que la dejes en libertad inmediatamente.

El rey y Roldero se echaron a reír ante mis palabras.

—¡Vamos, vamos, Erekosë! —dijo el conde—. ¿Qué necesidad hay de mantener la palabra dada a uno de esos chacales Eldren? Ahora tenemos de nuevo a nuestro Campeón de la guerra, y seguimos conservando en nuestro poder al principal rehén. Olvídalo, Erekosë. ¡No tienes por qué considerar a los Eldren dignos de un trato humano!

—No te preocupes, Erekosë —sonrió Ermizhad—. Tengo otros amigos.

La muchacha cerró los ojos y empezó a susurrar. Al principio sus palabras eran inaudibles, pero el volumen de su voz fue aumentando hasta que la oímos pronunciar una extraña serie de sonidos armoniosos.

Roldero dio un salto hacia ella, al tiempo que desenvainaba la espada.

—¡Brujería!

Me interpuse entre ellos.

—Quítate de en medio, Erekosë. ¡Esa zorra está invocando a su raza demoníaca!

Desenvainé mi espada y la coloqué como advertencia ante mi cuerpo, protegiendo a Ermizhad. No tenía idea de qué estaba haciendo la princesa Eldren, pero estaba dispuesto a darle, ahora, la oportunidad de hacer lo que deseara.

La voz de Ermizhad cambió de pronto, y enmudeció a continuación. Después gritó:

—¡Hermanos! ¡Hermanos de los Mundos Fantasmas, ayudadme!

21. Un juramento

Al instante, se materializaron en la sala una docena de Eldren, cuyos rostros eran ligeramente distintos de los que había visto hasta entonces. Ahora reconocí en ellos a un puñado de Halflings.

—¡Mirad! —gritó Rigenos—. ¡Magia negra! ¡Es una bruja, ya os lo dije! ¡Una bruja!

Los Halflings permanecieron en silencio. Rodearon a Ermizhad hasta que todos sus cuerpos la tocaron, apretados en un bloque. Entonces Ermizhad gritó de nuevo:

—¡Vamos, hermanos! ¡Regresemos al campamento de los Eldren!

Sus formas empezaron a difuminarse, como si estuvieran medio en nuestra dimensión y medio en otra.

—¡ Adiós, Erekosë! —gritó la muchacha—. Espero que nos volvamos a ver en circunstancias más felices.

—¡Así lo espero! —respondí.

Al instante, su figura se desvaneció definitivamente.

—¡Traidor! —escupió el rey Rigenos—. ¡La has ayudado a escapar!

—¡Mereces morir torturado! —añadió Roldero, furioso.

—No soy ningún traidor, como sabéis perfectamente —respondí, desafiante—. Los traidores sois vosotros. Traidores a vuestra palabra, y a la gran tradición de vuestros antepasados, no tenéis ningún reproche que hacerme, estúpidos..., estúpidos...

Me detuve, di media vuelta sobre los talones y abandoné la estancia.

—¡Tú has perdido la batalla, Campeón de la guerra! —gritó el rey Rigenos cuando ya estaba fuera—. ¡El pueblo no respeta a los derrotados!

Fui a ver a Iolinda.

La princesa había estado paseando por los balcones y acababa de

regresar a sus aposentos. La besé, necesitado en aquel momento de comprensión y amistad de una mujer, pero me pareció encontrar un bloque de piedra. Al parecer, no estaba dispuesta a ayudarme, aunque me devolvió rápidamente el beso. Por fin, dejé de abrazarla y di un paso atrás, mirándola a los ojos. —¿Algo va mal?

—Nada —respondió—. ¿Por qué? Estás a salvo... Temía que hubieras muerto.

¿Se trataba de mí, pues? ¿Era acaso que... ? Aparté el pensamiento de mi mente. Y, sin embargo, ¿puede un hombre obligarse a amar a una mujer? ¿Se puede amar a dos mujeres a la vez? Me estaba asiendo desesperadamente a las briznas de amor que había sentido por ella la primera vez que nos habíamos encontrado.

—Ermizhad está a salvo—solté de pronto—. Ha llamado en su ayuda a sus hermanos Halflings y, cuando regrese al campamento Eldren, Arjavh se retirará con sus tropas a Mernadin. Deberías estar aliviada.

—Lo estoy —dijo ella—. ¡Y tú, sin duda, lo estarás de que nuestra rehén haya escapado!

—¿A qué te refieres?

—Mi padre me ha contado que estabas encantado por sus hechicerías maléficas. Parecías más pendiente de su seguridad que de la nuestra.

—Eso es absurdo.

—También parece que te complace la compañía de los Eldren. Has estado reposando con nuestro peor enemigo...

—¡Basta ya! ¡No digas necedades!

—¿Necedades? Creo que mi padre tenía razón, Erekosë.

La voz de Iolinda era ahora más contenida. Se apartó de mí.

—Pero Iolinda... Yo te quiero a ti. Sólo a ti.

—No te creo, Erekosë.

¿Qué llevo dentro de mí que me arrastró entonces a lo que hice? Allí, en aquel instante, hice un juramento que iba a afectar al destino de todos nosotros. ¿Por qué, ahora que mi amor por Iolinda empezaba a diluirse y la veía como un ser estúpido y egoísta, hacía mis mayores protestas de amor hacia ella?

No lo sé. Sólo sé que así lo hice.

—¡Te amo más que a mi vida, Iolinda! ¡Haría cualquier cosa por ti, amor mío!

—¡No te creo!

—¡Te lo demostraré! —grité, torturado de dolor.

Ella se volvió. Sus ojos estaban llenos de dolor y de reproches. De una amargura tan profunda que no parecía tener final. De furia y de deseo de venganza.

—¿Cómo lo demostrarás, Erekosë? —dijo en un susurro.

—Juro que mataré a todos los Eldren.

—¿A todos?

—Acabaré con la vida de cada uno de ellos.

—¿No perdonarás a nadie?

—¡A nadie! ¡A nadie! Quiero acabar con esto, y el único modo de conseguirlo es matarlos a todos. ¡Entonces habrá terminado todo!

—¿También al príncipe Arjavh y a su hermana?

—¡También a ellos!

—¿Lo juras? ¿Lo juras?

—¡Lo juro! Y cuando el último Eldren haya muerto, cuando todo el mundo sea nuestro, lo traeré ante ti y nosotros nos casaremos.

—Muy bien, Erekosë —asintió ella—. Nos veremos más tarde.

Tras esto, Iolinda salió apresuradamente de la estancia.

Me quité la espada y el cinto, y los lancé violentamente al suelo. Pasé las horas siguientes luchando con la congoja que me oprimía.

Pero ya había hecho el juramento.

Pronto me volví frío. Haría lo que había prometido. Destruiría a los Eldren. Libraría de ellos al mundo. Y me libraría a mí mismo de aquel continuo torbellino que me trastornaba.

22. La campaña

Cuanto más me deshumanizaba, cuanto más me convenía en un autómata, menos me asaltaban los sueños y vagos recuerdos por las noches. Era como si me hubiesen obligado a aceptar aquel papel ciegamente, como si me recompensaran con su ausencia mientras siguiera siendo una criatura sin remordimientos o conciencia. Si mostraba algún signo de sentirme un ser humano normal, me castigarían nuevamente con su presencia.

Pero eso es sólo una intuición. No se aproxima más a la verdad, supongo, que cualquier otra. También podría decirse que estaba a punto de lograr la catarsis que me liberaría de mi ambivalencia, que alejaría mis pesadillas.

Durante el mes que pasé preparándome para la gran batalla contra los Eldren, apenas vi a mi prometida y llegó un momento en que dejé de buscarla y me concentré en los planes para la campaña que proyectábamos llevar a cabo.

Desarrollé la mentalidad estrictamente controlada de un soldado. No permití que la menor emoción, fuera de amor o de odio, me influyera.

Me hice más fuerte y, con mi fuerza, me hice prácticamente inhumano. Sabía que el pueblo lo había advertido, pero también había visto en mí las cualidades de un gran líder guerrero y, aunque todos evitaban mi presencia en sociedad, se alegraban de que Erekosë les condujera.

Arjavh y su hermana se habían retirado en sus naves, y con ellas habían vuelto a su tierra. Ahora, indudablemente, nos estaban aguardando, prestos para la siguiente batalla.

Continuamos con nuestros planes originales y, tiempo después,

estábamos a punto para zarpar hacia las Islas Exteriores, en el Fin del Mundo. La puerta de los Mundos Fantasmas. Teníamos la intención de cerrar tal puerta.

Así pues, zarpamos.

Tuvimos una travesía larga y difícil hasta avistar los acantilados blancos de las Islas Exteriores y nos preparamos para la invasión.

Roldero venía conmigo. Pero era un Roldero desagradable, silencioso, que se había convertido también, como yo, en una máquina de batallar.

Navegamos con cautela pero, al parecer, los Eldren se habian enterado de nuestra llegada y habían abandonado masivamente sus ciudades. Esta vez no quedaban mujeres o niños. Sólo unos puñados de defensores Eldren, a los que pasamos por las armas. No había rastro alguno de los Halflings. Arjavh había dicho la verdad al hablar de que se estaban cerrando las puertas que comunicaban con los Mundos Exteriores.

Convertimos las ciudades en escombros, incendiando y saqueando cuanto quisimos, pero sin avidez. Torturamos a algunos Eldren capturados para saber la razón de la ausencia de habitantes, pero yo ya había adivinado secretamente la causa. Nuestras tropas estaban poseídas de una especie de falta de nervio y, aunque no dejamos un edificio en pie ni un Eldren con vida, los hombres no podían librarse de cierta sensación de frustración, como un amante ardiente se siente frustrado por una doncella tímida.

Y, debido a la negativa de los Eldren a presentar una gran batalla, nuestros soldados hirvieron en un odio aún mayor por los Eldren.

Cuando terminamos nuestro trabajo en las Islas Exteriores y todos los edificios quedaron reducidos a polvo y todos los Eldren a cadáveres, partimos casi de inmediato hacia el continente de Mernadin, poniendo rumbo hacia Paphanaal, que todavía estaba en manos de nuestras tropas, comandadas por Katorn. Pero, mientras tanto, el rey Rigenos se había unido a ellas y aguardaba también nuestra llegada. Desembarcamos nuestras tropas y nos abrimos paso hacia el interior del continente, dispuestos a una conquista victoriosa.

Recuerdo pocos incidentes con detalle. Los días se confundían y, allí donde llegábamos, matábamos a los Eldren. Parecía que ninguna fortaleza Eldren podía resistir nuestra ciega embestida...

Yo era inagotable en las matanzas, insaciable en mi sed de sangre. La

humanidad había deseado un lobo así, y ahora lo tenía y me seguía, pese al temor que les inspiraba.

Fue un año de acero y fuego y Mernadin pareció a veces un mar de sangre y humo. Las tropas estaban físicamente cansadas, pero les poseía el espíritu de la carnicería, y ese espíritu les confería una tremenda vitalidad.

Un año de dolor y muerte, y allí donde los estandartes de la Humanidad se enfrentaron a las enseñas de los Eldren, las banderas del basilisco eran abatidas y hechas jirones.

Pasamos a espada cuanto se puso a nuestra merced. Castigamos sin piedad a los desertores de nuestras filas y flagelamos a nuestras tropas para que adquirieran una mayor resistencia.

Éramos los jinetes de la muerte. El rey Rigenos, lord Katorn, el conde Roldero y yo. Nos transformamos en una jauría de perros hambrientos y parecía que nos alimentábamos de carne Eldren, que lamíamos carne Eldren. Éramos perros rabiosos. Perros jadeantes de ojos salvajes, perros de afilados colmillos inquietos siempre por el aroma de la sangre recién derramada.

Las ciudades ardían a nuestro paso, y sus muros eran aplastados piedra a piedra, arrasados. Los cadáveres de los Eldren cubrían los campos y lo más agradable que acompañaba nuestros campamentos eran las aves carroñeras y los chacales de brillante pelaje.

Un año de sangre. Un año de destrucción. Ya que no podía obligarme a amar, podía al menos obligarme a odiar, y eso hice. Todos me temían, tanto los Eldren como los humanos, mientras convertía el hermoso Mernadin en una pira funeraria en la que, sumido en mi exaltación y mi pesar, pretendía quemar mi propia esencia humana perdida, muerta.

Fue en el valle de Kalaquita, donde se alzaba la ciudad jardín de Lakh, donde encontró la muerte el rey Rigenos.

La ciudad parecía pacífica y desierta, y entramos en ella sin grandes precauciones. Lanzamos un gran rugido, todas las voces a un tiempo y, en lugar del disciplinado ejército que había desembarcado en Paphanaal, nos lanzamos como una horda con las armaduras teñidas en sangre y la piel cubierta de polvo y suciedad, agitando nuestras armas y galopando

salvajemente sobre la ciudad jardín de Lakh.

Era una emboscada.

Los Eldren estaban en las colinas y habían utilizado su herniosa ciudad como cebo. Los cañones forjados en plata rugieron de repente desde los matorrales de los alrededores y enviaron una terrible lluvia de metal sobre nuestros atónitos soldados. Las finas flechas silbaron sobre ellos cómo una oleada de afilado terror, mientras los arqueros Eldren ocultos por la espesura se tomaban su esperada venganza.

Caían los caballos, y los hombres gritaban. Quedamos envueltos en la confusión. Pero nuestros arqueros empezaron a responder, concentrándose no en los arqueros enemigos, sino en los servidores de los cañones. Gradualmente, las bocas de plata fueron quedando en silencio mientras los arqueros se retiraban por las colinas, camino de alguna de las escasas fortalezas que quedaban en sus manos.

Me volví hacia el rey Rigenos, que estaba a mi lado, sentado en su enorme silla de guerra. Estaba rígido, con la mirada en el cielo. Entonces vi una flecha que le había desgarrado el muslo hasta hundirse en la silla, dejándole clavado a ésta.

—¡Roldero! —grité—. Busca a un médico para el rey, si tenemos alguno.

Roldero se acercó desde donde estaba efectuando el recuento de los muertos. Levantó la visera del yelmo de Rigenos y se encogió de hombros. Después me dedicó una mirada de inteligencia.

—Por su aspecto, lleva bastantes minutos sin respirar.

—Tonterías. Una flecha en el muslo no mata a nadie. Al menos, normalmente. Y jamás tan aprisa. Que venga el médico.

Una extraña sonrisa se formó en las frías facciones del conde.

—Creo que fue la emoción lo que le ha matado.

Después soltó una risa brutal y empujó con la mano el cadáver envuelto en su armadura, hasta que se inclinó, rompió la flecha con el peso, y cayó sobre el fango. —Tu prometida es reina ahora, Erekosë —dijo, todavía riéndose—. Te felicito.

Mi caballo dio un respingo y contemplé el cuerpo caído de Rigenos. Me encogí de hombros y di media vuelta con el caballo.

Teníamos la costumbre de dejar a nuestros muertos, fueran quienes fuesen, en el lugar donde habían caído.

Nos llevamos el caballo de Rigenos. Era una buena montura.

La pérdida de nuestro rey no perturbó a nuestros guerreros, aunque Katorn sí pareció algo preocupado, quizá porque había tenido una gran influencia sobre el monarca. Pero el rey Rigenos había sido en los últimos tiempos un mero símbolo de autoridad, sobre todo durante el último año, pues la humanidad seguía más a un conquistador fiero por el que sentía un temor reverencial.

Erekosë el Muerto, me llamaban. La vengadora Espada de la humanidad.

No me importaba lo que me llamaran —Arrasador, Sangriento, Furioso —, pues los sueños ya no me acosaban y mi objetivo final se aproximaba más y más.

Hasta que sólo quedó por derrotar la última fortaleza de los Eldren. Entonces llevé mis ejércitos tras de mí, como arrastrados de una cuerda. Les llevé hacia la principal ciudad de Mernadin, junto a las llanuras del Hielo Fundente. A la capital de Arjavh, Loos Ptokai.

Y por fin vi sus esbeltas torres recortadas en el cielo rojo del atardecer. La ciudad, de mármol y granito negro, se alzaba poderosa y aparentemente invulnerable sobre nosotros. Pero yo sabía que podíamos tomarla.

Después de todo, me lo había dicho el propio Arjavh. Él me había dicho que nosotros venceríamos.

La noche después de acampar bajo los muros de Loos Ptokai, me tendí en el catre y no pude conciliar el sueño, sino que me quedé mirando la oscuridad, con la mente perdida en meditaciones. No era ésta mi costumbre. Normalmente caía sobre el lecho y dormía pesadamente hasta el alba, agotado con la matanza cotidiana.

Pero esa noche me puse a cavilar.

Y, al llegar el amanecer, con el rostro frío como la piedra, cabalgué bajo mi estandarte como lo había hecho un año antes hacia el campamento de los Eldren, con el heraldo a mi lado.

Nos acercamos a la puerta principal de Loos Ptokai y nos detuvimos. Los Eldren nos estudiaron.

El heraldo levantó su trompeta dorada, se la llevó a los labios y lanzó un clarinazo sobrecogedor que resonó entre las torres blancas y negras de Loos Ptokai.

—¡Príncipe de los Eldren! —grité con mi voz muerta—. Arjavh de

Mernadin, he venido a matarte.

Entonces vi aparecer en las almenas, sobre la gran puerta principal, al propio Arjavh. Me miró con un aire de tristeza en sus extraños ojos.

—Saludos, mi enemigo —dijo—. Te espera un largo asedio antes de que logres romper ésta, la última de nuestras defensas.

—Quizá sea así —respondí—, pero la romperemos.

Arjavh permaneció en silencio. Después dijo:

—Cierta vez acordamos combatir según el código de guerra de Erekosë. ¿Deseas discutir nuevamente los términos del combate?

Moví la cabeza en señal de negativa.

—No nos detendremos —declaré— hasta terminar con el último Eldren. He realizado el juramento de librar a la Tierra de vuestra raza definitivamente.

—Entonces —musitó Arjavh—, antes de que comience la batalla, te invito a entrar en Loos Ptokai como mi invitado, para que te refresques. Pareces necesitado de un descanso.

Ante sus palabras, tiré de la brida pero el heraldo se burló de las palabras del príncipe.

—La derrota les ha vuelto ingenuos, mi señor, si creen que pueden engañarte con un truco tan burdo.

Sin embargo, mi mente había entrado ahora en una batalla de emociones encontradas.

—Silencio —ordené al heraldo.

Respiré profundamente.

—¿Y bien...?—preguntó Arjavh.

—Acepto —dije con voz ronca. Después añadí—: ¿Está aquí la princesa Ermizhad?

—En efecto, y tiene muchas ganas de verte.

Había algo especial en el tono de voz de Arjavh al responder a la última pregunta. Durante un instante, volvió a mí la suspicacia. Quizás el heraldo tenía razón. Arjavh, bien lo sabía, amaba mucho a su hermana.

Quizás Arjavh se había dado cuenta de mi soterrado afecto Por su hermana. Un afecto que entonces no quise reconocer Pero que, por supuesto, contribuyó secretamente a mi decisión de entrar en Loos Ptokai.

El heraldo musitó, asombrado:

—Mi señor, no puedes hablar en serio, ¿verdad? Una vez hayas cruzado

esas puertas, serás hombre muerto. Sé que se dijo cierta vez que tú y el príncipe Arjavh no estabais en malas relaciones, para tratarse de dos enemigos, pero después de la destrucción que has causado en Mernadin, te matará inmediatamente. ¿Quién no lo haría?

Hice un gesto de negativa con la cabeza. Me sentía cambiado, más sosegado.

—No lo hará —le aseguré—. Estoy convencido. Así tendré la oportunidad de evaluar la fuerza de los Eldren. Nos será de utilidad para el asalto.

—Pero puede ser un desastre para nosotros, si mueres...

—No moriré —respondí.

Toda la ferocidad, el odio, la ciega hambre de batalla, parecieron difuminarse y abandonarme cuando me alejé del heraldo, de modo que éste no viera las lágrimas que brotaban de mis ojos.

—¡Abre la puerta, príncipe Arjavh! —grité con voz entrecortada—. ¡Vengo a Loos Ptokai como tu invitado!

23. En Loos Ptokai

Avancé en mi montura lentamente hacia la ciudad tras dejar la espada y la lanza en manos del heraldo que, admirado aún, galopaba de regreso a nuestro campamento para anunciar la novedad a los mariscales.

Las calles de Loos Ptokai permanecían en silencio, como si estuvieran de luto, mientras Arjavh descendía la escalera desde las almenas para recibirme. Ahora que estaba más próximo pude apreciar que también él tenía en el rostro la misma expresión que aparecía en mis propios rasgos. Su paso no era tan ligero y su voz no tan cantarina como la primera vez que nos viéramos, un año antes.

Desmonté. Me estrechó la mano.

—Bien —dijo con fingida alegría—, el bárbaro batallador es todavía material. Mi gente había empezado a dudarlo.

—Supongo que me odian —dije.

Arjavh pareció un tanto sorprendido.

—Los Eldren no pueden odiar —declaró, antes de conducirme hacia su palacio.

Arjavh me asignó una salita con una cama, una mesa y una silla de preciosa artesanía, delicada de formas, que simulaba ser de metales preciosos, pero que en realidad era de madera sabiamente tallada. En un rincón de la sala había una bañera hundida, rebosante de agua humeante.

Cuando Arjavh se hubo ido, me saqué la armadura incrustada de fango y de sangre, me despojé de las ropas que había llevado la mayor parte del año y, a continuación, me sumergí agradecidamente en el baño.

Desde el trastorno emocional que había recibido al formularme Arjavh

su invitación, mi mente parecía adormilada. Sin embargo, ahora, por primera vez en un año, me relajé, tanto mental como físicamente, limpiando, al tiempo que la suciedad de mi cuerpo, el odio y la furia que atenazaban mi ánimo.

Me sentía casi contento cuando me hube puesto las ropas limpias que habían dejado junto al baño para mí. Alguien llamó a la puerta con unos golpes suaves, pidiendo entrar.

—Saludos, Erekosë.

Era Ermizhad. Hice una reverencia.

—Señora...

—¿Cómo estás, Erekosë?

—En cuanto a batallas, como bien sabes, estoy bien. Y personalmente me siento mejor gracias a tu hospitalidad.

—Me envía Arjavh para que te lleve a comer.

—Estoy dispuesto. Pero antes dime cómo estás tú, Ermizhad.

—Bastante bien... de salud —respondió.

Después se acercó más a mí. Involuntariamente, me retiré un paso. Ella miró al suelo y levantó las manos, llevándoselas a la garganta.

—Y dime... ¿estás casado ya con la reina Iolinda?

—Seguimos todavía prometidos —respondí. Entonces, deliberadamente, clavé mis ojos en los de Ermizhad y añadí, lo más impersonalmente que pude—: Nos casaremos cuando...

—¿Cuándo?

—Cuando Loos Ptokai haya caído.

Ermizhad no dijo nada.

Di un paso adelante de modo que apenas nos separaban unos centímetros.

—Esa es la única condición bajo la cual me aceptará —musité—. Debo destruir a todos los Eldren. Vuestras banderas y estandartes serán mi regalo de bodas para ella.

Ermizhad asintió y me dedicó una mirada extraña, sardónica.

—Ese es el juramento que hiciste. Tienes que someterte a él. Tienes que matar hasta el último Eldren. Hasta el último. —Ese es el juramento —repetí con un carraspeo. —Vamos —susurró ella—. La comida se enfría.

Durante la comida, Ermizhad y yo nos sentamos muy próximos mientras Arjavh comentaba con ingenio algunos de los extraños experimentos de sus antepasados científicos. Durante un tiempo,

conseguimos dejar de lado la certidumbre de la batalla que se avecinaba. Sin embargo, más tarde, mientras Ermizhad y yo charlábamos en un aparte, capté un aire dolorido en los ojos de Arjavh y le vi enmudecer por un instante. Después, súbitamente, interrumpió nuestra conversación:

—Estamos vencidos, Erekosë. ¡Bien lo sabes!

Yo no deseaba hablar de esas cosas. Me encogí de hombros e intenté continuar la superficial conversación que sostenía con Ermizhad. Sin embargo, Arjavh insistió:

—Estamos condenados a caer bajo las espadas de tu gran ejército, Erekosë.

Exhalé un profundo suspiro y le miré directamente a los ojos.

—Sí, príncipe Arjavh, estáis condenados.

—Sólo es cuestión de tiempo que tu raza entre en nuestro Loos Ptokai.

Esta vez, evité su amargada mirada y me limité a asentir.

—Así pues, tú... —dijo, sin terminar la frase.

Me impacienté. En mi interior se mezclaban emociones contrapuestas.

—Mi juramento... —le recordé—. Debo hacer lo que he prometido, Arjavh.

—Yo no temo perder mi vida... —empezó a responder.

—Ya sé cuál es tu temor —repliqué.

—¿No bastaría con que los Eldren reconociesen la derrota, Erekosë? ¿No podríamos reconocer la victoria humana? Con una sola ciudad en nuestras manos...

—Me obliga mi juramento—insistí, lleno ahora de tristeza.

—Pero no debes... —intervino Ermizhad, haciendo un gesto con su fina mano—. Nosotros somos amigos, Erekosë. Disfrutamos con nuestra mutua compañía. Somos..., somos amigos...

—Pertenecemos a razas distintas —respondí—. Y estamos en guerra.

—No estoy pidiéndote piedad —declaró Arjavh.

—Ya lo sé —repuse—, y no pongo en duda el valor de los Eldren. Ya he tenido suficientes ejemplos de su valentía.

—Erekosë, te sientes obligado por un juramento prestado en un arrebato de furia y ofrecido a una abstracción. Por un juramento que te lleva a matar a aquellos a quienes amas y respetas... —La voz de Ermizhad sonaba a desconcierto—. ¿No estás cansado de matar, Erekosë? —Muy cansado —asentí. —¿Entonces...?

—Yo he iniciado esta campaña —continué—. A veces me pregunto si

realmente soy yo quien conduce a mis hombres, o si no son ellos quienes me obligan a ir delante suyo. Quizá mi existencia no sea otra cosa que una creación suya. La creación de la voluntad de la humanidad. Quizá sea una especie de remiendo de héroe producto de su esfuerzo. Quizá no me espere otra existencia y, una vez terminado el trabajo emprendido, me difuminaré al mismo tiempo que desaparece la sensación de peligro entre los humanos.

—No creo que sea así —dijo Arjavh con serenidad. —Tú no eres yo —respondí, con un encogimiento de hombros—. Tú no has tenido esos sueños extraños...

—¿Todavía te acosan esos sueños? —preguntó Ermizhad. —En los últimos tiempos, no. Desde el inicio de la presente campaña, no he vuelto a tenerlos. Sólo me acosan cuando intento afirmar mi propia individualidad. Cuando hago lo que se espera de mí, los sueños me dejan en paz. Soy un fantasma, ¿os dais cuenta? Nada más que un fantasma.

—No lo comprendo —exclamó Arjavh con un suspiro—. Creo que padeces un ataque de autocompasión, Erekosë. Podrías perfectamente reafirmar tu voluntad, ¡pero temes hacerlo! Al contrario, te abandonas al odio y al derramamiento de sangre, a esa especial melancolía que te invade. Te sientes deprimido, Erekosë, precisamente porque no estás haciendo lo que realmente deseas. Los sueños volverán a acosarte. Recuerda bien mis palabras: los sueños volverán y serán más terribles que cualquiera de los que has experimentado hasta ahora.

—¡Basta! —grité—. No estropeéis este último encuentro entre nosotros. He venido aquí porque...

—¿Porque...? —repitió Arjavh, al tiempo que enarcaba ligeramente las cejas.

—... Porque necesitaba un poco de compañía civilizada... —Es decir, para ver a los de tu clase — añadió Ermizhad con voz suave.

Me volví hacia ella al tiempo que me levantaba de la mesa. —¡Vosotros no sois de mi clase! ¡Los míos están ahí fuera, tras los muros, esperando vuestra derrota definitiva!

—Nosotros somos iguales en nuestro espíritu —afirmó Arjavh— Y nuestros lazos son más fuertes y sutiles que los de la sangre...

Hice una mueca de espanto y hundí el rostro entre las manos.

—¡No!

Arjavh me puso una mano en el hombro.

—Erekosë, eres más profundo de lo que te permites ser a ti mismo.

Sería preciso un tipo muy especial de valentía para que tuvieras en consideración las consecuencias de otro plan de acción...

Dejé que las manos me cayeran a lo largo de los costados.

—Tienes razón —exclamé—, y no poseo esa valentía. No soy más que una espada. Una fuerza de la naturaleza, como un huracán. No puedo hacer nada más... Nada que me pudiera permitir. Nada que me esté permitido.

Ermizhad me miró con gesto enérgico.

—¡Por tu propio bien, Erekosë, tienes que permitir que ese otro tú te domine! Olvida el juramento a Iolinda. Tú no la amas. No tienes nada en común con esa jauría sedienta de sangre que te sigue. Eres superior a todos cuantos mandas, y a todos cuantos combates...

—¡Basta!

—Ermizhad tiene razón, Erekosë —intervino Arjavh—. No son nuestras vidas lo que intentamos salvar. Es tu espíritu...

Me hundí de nuevo en mi asiento.

—Sólo deseo evitar la confusión adoptando un plan de acción sencillo y directo —reconocí—. Tenéis razón al decir que no me siento unido a los que mando, ni a los que me han puesto a su frente, pero son indudablemente de mi raza. Y mi deber...

—Deja que se las arreglen como puedan —dijo Ermizhad—. No estás obligado con ellos, sino contigo mismo.

Tomé un sorbo de vino. Después declaré en voz baja:

—Tengo miedo.

Arjavh hizo un gesto de negativa.

—Tú eres valiente. No es culpa tuya...

—¿Quién sabe? —repliqué—. Quizás en algún plano de la realidad he cometido algún crimen aberrante y ahora estoy Pagando mi culpa.

—Eso no son más que especulaciones para autocompadecerte —me recordó Arjavh—. No es... no es muy... humano, Erekosë.

—Supongo que no —dije tras exhalar un profundo suspiro. Después le miré fijamente—. Pero si el tiempo es cíclico, al menos en cierto modo, entonces es posible que no haya cometido ese crimen todavía...

—Es inútil hablar así de «crimen» —dijo Ermizhad con una leve impaciencia—. ¿Qué te dicta tu corazón que debes hacer?

—¿Mi corazón? Hace muchos meses que no lo he escuchado.

—¡Pues hazlo ahora! —dijo.

Respondí con un gesto de la cabeza.

—He olvidado cómo se hacía, Ermizhad. Debo terminar lo que he empezado. Lo que he venido a hacer aquí...

—¿Estás seguro de que fue el rey Rigenos quien te invocó?

—¿Quién, si no?

Arjavh sonrió:

—También eso es una especulación inútil. Tienes que hacer lo que debes, Erekosë. No seguiré suplicando más tiempo por mi pueblo.

—Te lo agradezco —respondí. Me levanté, trastabillé al dar unos pasos y me froté los ojos—. ¡Dioses, estoy tan cansado!

—Descansa aquí esta noche —dijo en voz baja Ermizhad—. Descansa conmigo...

La miré intensamente.

—Conmigo... —repitió ella.

Arjavh empezó a decir algo, cambió de idea y abandonó la estancia. Me di cuenta entonces de que no deseaba otra cosa que asentir a lo que Ermizhad me proponía, pero hice un gesto de negativa con la cabeza.

—Sería una debilidad...

—No —dijo ella—. Te daría fuerzas. Te permitiría tomar una decisión con más claridad...

—Ya he tomado la decisión. Además, el juramento a Iolinda...

—¿Has hecho un juramento de fidelidad...?

—No logro recordarlo —dije extendiendo las manos.

Ermizhad se acercó a mí y me acarició el rostro.

—Quizás así terminaría algo —sugirió—. Quizás así quedaría restaurado tu amor por Iolinda...

Un dolor físico parecía atenazarme ahora. Por un instante, me pregunté incluso si no me habrían envenenado.

—No.

—Te ayudaría—insistió—. Sé que te ayudaría, aunque no sé cómo. Ni siquiera sé si realmente lo deseo, pero...

—¡ Ahora no puedo desfallecer, Ermizhad!

—¡No será debilidad, Erekosë!

—¡Pero...!

La princesa Eldren se apartó de mí y dijo en un tono extraño, lleno de suavidad:

—Bien. Entonces, descansa aquí de todos modos. Duerme en una buena cama para que estés en forma para la batalla de mañana. Te amo, Erekosë.

Te amo más que a nada. Te ayudaré, sea cual sea la decisión que adoptes.

—Ya la he tomado —le recordé—. Y no puedes ayudarme en ella.

Me sentí mareado. No deseaba volver al campamento en aquel estado, pues mis hombres se convencerían de que los Eldren me habían drogado y perderían toda confianza en mí. Sería mejor pasar la noche en el palacio y regresar descansado junto a mis tropas.

—Muy bien, me quedaré esta noche —asentí—. Solo.

—Como desees, Erekosë. —Ermizhad se encaminó hacia la puerta. —Vendrá un criado para indicarte la alcoba.

—Dormiré en esta sala —respondí—. Haz que traigan una cama.

—Como desees.

—Me sentará bien dormir en una cama de verdad —dije—. Por la mañana tendré las ideas más claras.

¿Acaso mis anfitriones habían sabido que los sueños volverían esa noche? ¿Era víctima, quizá, de una argucia inmensa y sutil como sólo los inhumanos Eldren eran capaces de urdir?

Acostado en la cama de aquella ciudad fortaleza de los Eldren, tuve un sueño.

Pero no era un sueño en el que perseguía descubrir mi verdadero nombre. En aquel sueño no tenía nombre alguno. No lo quería.

> *Vi el mundo que daba vueltas, y observé a sus habitantes corriendo por su superficie como hormigas en un otero, como escarabajos en un montón de estiércol. Les vi luchar y destruirse, hacer las paces y edificar nuevamente, sólo para arrasar lo construido otra vez, en otra guerra inevitable. Y me pareció como si esas criaturas sólo hubiesen podido alcanzar aquel grado de evolución y, por una triste broma del destino, estuviesen condenadas a repetir, una y otra vez, los mismos errores. Y comprendí que no había esperanza para ellas, para aquellas criaturas imperfectas que estaban a medio camino entre los animales y los dioses. Que su destino, como el mío, era luchar eternamente sin lograr jamás alcanzar la paz. Las paradojas que existían en mí*

estaban también en toda mi raza. Los problemas para los que no encontraba solución, no la tenían realmente. No tenía objeto buscar una respuesta; sólo se podía aceptar lo que había o rechazarlo, como uno quisiera. Siempre sería igual. ¡Ah, había tanto por lo que amar a esas criaturas, y tan poco por lo que odiarlas! ¡Cómo hacerlo, si sus errores eran producto de la ironía del destino que las había convertido en las semicriaturas que eran ahora, medio ciegas, medio sordas, medio mudas...!

Me desperté y me sentí tranquilo. Después, progresivamente, una sensación de terror se apoderó de mí al empezar a comprender las consecuencias de lo que estaba pensando.

¿Habrían enviado aquel sueño los Eldren, mediante sus artes mágicas?

Me convencí de que no. Aquel sueño era el que los otros sueños habían intentado ocultarme. Estaba convencido de ello. Esa era la verdad.

Y la verdad me causó pavor.

No era sólo mi destino personal el librar una guerra eterna, sino el de mi raza entera. Como parte de esa raza, y como su representante, además, debía librar también aquella guerra eterna.

Y eso era lo que quería evitar. No podía soportar la idea de seguir combatiendo para siempre, allí donde se me necesitara. Y, sin embargo, todo lo que hiciera para intentar romper el círculo sería inútil. Sólo había una cosa en mi mano... Reprimí el pensamiento. Y, sin embargo, ¿qué si no?

¿Apostar por la paz? ¿Ver si podía dar resultado? ¿Dejar vivir a los Eldren?

Arjavh había mostrado su impaciencia ante las especulaciones sin fundamento. Pero esa también era una de tales especulaciones. La raza humana se había aliado para destruir a los Eldren. Una vez conseguido este objetivo, naturalmente, se volverían contra ellos mismos e iniciarían las escaramuzas perpetuas, las guerras constantes que su peculiar destino había decretado para su raza.

Y, sin embargo, ¿no debía yo, al menos, intentar alcanzar un

compromiso?

¿O debía continuar con mi ambición original, destruir a los Eldren y dejar que la raza humana reanudara su lucha fratricida? De algún modo, me daba la impresión de que, mientras vivieran algunos Eldren, la raza humana se mantendría unida. Si seguía existiendo un enemigo común, existiría al menos una cierta unidad entre los reinos humanos. Me pareció fundamental, en aquel instante, preservar a algunos Eldren, por el bien de la humanidad.

Me di cuenta de pronto de que mis lealtades no entraban en conflicto. Lo que había considerado contradictorio era, en realidad, dos partes de un todo. El sueño me había ayudado, simplemente, a unirlas y verlo todo con claridad.

Quizás era un ejemplo de racionalización compleja de un conflicto. Jamás lo sabré. Creo que estaba en lo cierto, aunque es posible que posteriores acontecimientos demuestren que estaba equivocado. Al menos, lo había intentado.

Me senté en la cama mientras un criado se acercaba con una jofaina de agua para lavarme, y con mis propias ropas, recién limpias. Me lavé, me vestí, y cuando alguien llamó a la puerta, di una voz para que entrara.

Era Ermizhad. Me traía el desayuno, que dejó sobre la mesa. Le di las gracias y ella me miró con extrañeza.

—Pareces haber cambiado desde anoche —dijo—. Pareces más en paz contigo mismo.

—Creo que tienes razón —asentí mientras empezaba a comer—. Esta noche he tenido otro sueño...

—¿Ha resultado tan aterrador como los demás?

—Más incluso, en cierto modo —respondí—, pero esta vez no me ha traído problemas. Me ha ofrecido una solución.

—Sientes que puedes luchar mejor...

—No es eso. Considero que puede ser favorable para mi raza hacer las paces con los Eldren. O, al menos, declarar una tregua permanente...

—Por lo menos, habrás comprendido ya que no somos ningún peligro para los humanos.

—Por el contrario —repuse—. Es precisamente vuestro peligro potencial lo que hace necesaria vuestra supervivencia para mi raza. —Sonreí al recordar un viejo aforismo que había escuchado en alguna ocasión, y dije—: Si no existierais, habría que inventaros.

Un destello de comprensión brilló en sus ojos. También ella sonrió.

—Creo que voy entendiéndote.

—Por eso, tengo la intención de presentar esta conclusión a la reina Iolinda —añadí—. Espero convencerla de que nos interesa sobremanera terminar esta guerra contra los Eldren.

—¿Y cuáles serán tus condiciones?

—No veo la necesidad de concertar condiciones con vosotros. Sencillamente, pondremos término a esta guerra y nos retiraremos.

—¿Así de sencillo? —se rió ella.

La miré con seriedad, medité unos instantes, y negué con la cabeza.

—Quizá no, pero debo intentarlo.

—De repente te has vuelto muy coherente y racional, Erekosë. Me alegro. Por lo menos, haber dormido aquí te ha reportado algún bien...

—Y a los Eldren también, quizás...

—Quizá —sonrió ella otra vez.

—Regresaré cuanto antes a Necranal para hablar con Iolinda.

—Y si accede, ¿te casarás con ella?

En ese instante, me sentí débil. Finalmente, conseguí decir:

—Debo hacerlo. Todo el proyecto caería por tierra si no lo hiciera, ¿comprendes?

—Perfectamente —asintió ella, y sus mejillas se llenaron de lágrimas mientras sonreía.

Arjavh se presentó unos minutos después y le expliqué lo que tenía la intención de hacer. El príncipe recibió la novedad con bastante más escepticismo que Ermizhad.

—¿No crees que lo diga en serio? —le pregunté.

—Te creo absolutamente, Erekosë. Pero no creo que los Eldren consigan sobrevivir —añadió encogiéndose de hombros.

—¿Por qué lo dices? ¿Hay alguna epidemia? ¿Algo que... ?

—No, no —respondió con una breve risilla—. Creo que tú propones una tregua pero tu gente no te permitirá cumplirla. Tu raza sólo se señora satisfecha cuando el último Eldren haya muerto. Dices que su destino es luchar eternamente. ¿No podría ser que sintieran un secreto resentimiento hacia los Eldren porque la presencia de éstos significa que no pueden llevar a su actividad más natural, es decir, las luchas entre ellos ? ¿No sería esa

tregua más que una mera pausa en su Y si no acaban con nosotros ahora, pronto lo harán, tanto si eres tú su líder como si no.

—Con todo, debo intentarlo... —insistí.

—Aunque lo intentes con todas tus fuerzas, estoy seguro de que te obligarán a ceñirte a tu juramento.

—Iolinda es una mujer inteligente. Si atiende a mis argumentos...

—Iolinda es una de ellos. Dudo mucho que se digne siquiera escucharte. Anoche, cuando tanto te supliqué, no era yo mismo. Me entró auténtico pánico de que no pudiéramos alcanzar la paz, lo reconozco.

—Debo intentarlo.

—Espero que tengas éxito.

Quizá me había dejado encandilar por los encantos de los Eldren, pero no me daba esa impresión. Haría cuanto pudiese por llevar la paz a las arrasadas tierras de Mernadin, aunque ello significara no poder ver nunca más a mis amigos Eldren, a la bella Ermizhad...

Aparté de mi mente el pensamiento y decidí no permanecer más tiempo en Loos Ptokai.

Un sirviente entró en la estancia. Mi heraldo, acompañado de varios mariscales entre los que destacaba el conde Roldero, se habían presentado a las puertas de la ciudad, casi convencidos de que los Eldren me habían dado muerte.

—Sólo creerán que estás ileso si te ven —murmuró Arjavh. Asentí y salí de la sala.

Escuché la voz de mi heraldo mientras me acercaba a los muros de la ciudad.

—Tememos que seáis culpables de una gran traición. Dejadnos ver a nuestro jefe, o su cadáver. Así sabremos lo que debemos hacer—añadió tras una pausa.

Arjavh y yo ascendimos los peldaños que llevaban a las almenas y vi el alivio reflejado en los ojos del heraldo al comprobar que no estaba herido.

—He estado conversando con el príncipe Arjavh —dije—. Y he meditado mucho. Nuestros hombres están cansados hasta el agotamiento y los Eldren son sólo un puñado. Ésta es la única ciudad que les queda. Podríamos tomar Loos Ptokai, pero no veo razón para hacerlo. Seamos generosos en la victoria, mariscales. Declaremos una tregua...

—¡Una tregua, señor Erekosë! —exclamó el conde Roldero, con los ojos como platos—. ¿Pretendes hurtarnos nuestro premio final? ¿Nuestra

última y feroz batalla? ¿Nuestro mayor triunfo? ¡La paz...!

—Sí —asentí—, la paz. Y ahora, regresad y decid a nuestros guerreros que estoy bien.

—Podemos tomar esta ciudad fácilmente, Erekosë —gritó Roldero—. No hay necesidad de hablar de paz. Podemos destruir a los Eldren de una vez y para siempre. ¿Acaso has vuelto a caer víctima de sus encantamientos? ¿Te has dejado confundir una vez más por sus suaves palabras?

—No —respondí—, he sido yo quien lo ha sugerido.

Roldero hizo dar vuelta en torno a sí mismo al caballo, con gesto de impaciencia.

—¡Paz! —masculló, mientras enfilaba hacia el campamento con sus acompañantes—. ¡Nuestro Campeón se ha vuelto loco!

Arjavh se frotó los labios con el dedo.

—Ya han empezado los problemas, por lo que veo.

—Ellos me temen —dije—, y me obedecerán. Sí, me obedecerán..., al menos, por el momento.

—Esperémoslo así—murmuró el príncipe.

24. La despedida

Esta vez no me recibieron en Necranal muchedumbres jubilosas, pues las noticias de mi misión me habían precedido. El pueblo apenas podía creerlas, pero, allí donde así era, las recibían con desagrado. Ante sus ojos, había dado una muestra de debilidad.

Naturalmente, no había visto a Iolinda desde que se convirtiera en reina. Ahora, mientras paseaba de un lado a otro de la sala aguardándome, tenía un aire altivo.

En mi interior, me sentía una tanto divertido. Era como el hombre que, habiendo sido pretendiente de una mujer tiempo atrás, regresa y encuentra el objeto de su pasión casada con otro y convertida en una arpía. Me sentí un poco aliviado al advertirlo...

Pero el alivio duró poco.

—Bien, Erekosë —dijo Iolinda—, sé a qué has venido. Sé por qué has traicionado a nuestras tropas y has roto tu promesa de destruir hasta al último de los Eldren. Katorn me lo ha contado.

—¿Katorn está aquí?

—Vino cuando supo de tus palabras desde las almenas de Loos Ptokai, donde apareciste junto a tus amigos Eldren.

—Iolinda —dije con tono de urgencia—, estoy convencido de que los Eldren están cansados de guerras, de que jamás han tenido la menor intención de amenazar a los Dos Continentes. De que sólo quieren la paz.

—Y la tendrán. ¡Cuando toda su raza haya perecido!

—Iolinda, si me amas, escucha mis palabras, por lo menos.

—¿Cómo? ¿Si te amo? ¿Y qué hay de ti, señor Erekosë? ¿Todavía amas a tu reina?

Abrí la boca, pero no pude articular palabra.

Y, de pronto, vi asomar una lágrima a sus ojos.

—¡Oh, Erekosë! —exclamó en tono más suave—. ¿No será verdad...?

—No —respondí a duras penas—. Te sigo amando, Iolinda. Vamos a casarnos y...

Pero Iolinda se había dado cuenta. Hasta entonces había sido sólo una sospecha, pero ahora lo sabía. Sin embargo, si con mi acción conseguía la paz, estaba dispuesto a simular, a mentir, a declarar mi pasión por ella, a casarme...

—Sigo queriendo casarme contigo —afirmé.

—No —replicó ella—. No es cierto.

—Sí lo es —dije desesperadamente—. Si ello trae la paz con los Eldren...

De nuevo vi un extraño fulgor en su mirada.

—Me estás insultando, Erekosë. Bajo esas condiciones, no me casaré contigo. Jamás. Eres culpable de alta traición contra nosotros. El pueblo ya habla de ti como traidor.

—Pero he conquistado un continente entero para ellos. He tomado Mernadin...

—Pero no has tomado Loos Ptokai, donde te espera tu adorada zorra Eldren.

—¡Iolinda, eso no es cierto!

Pero tenía razón.

—Eres injusta conmigo... —empecé a decir.

—¡Y tú eres un traidor! —me interrumpió ella—. ¡Guardias!

Como si todo hubiera estado preparado para ese instante, una decena de miembros de la guardia imperial, conducida por su capitán, lord Katorn, apareció en la sala. En los ojos de Katorn había un brillo de triunfo y entonces, de pronto, supe por qué me había odiado desde el primer momento. Deseaba a Iolinda para él...

Y me di cuenta de que, tanto si desenvainaba mi espada como si no, Katorn me mataría en cuanto estuviera cerca de mí.

Y por eso desenvainé el arma, la espada de Kanajana. Su hoja refulgió, y su brillo se reflejó en los ojos negros de Katorn.

—¡Hazle prisionero, Katorn! —gritó Iolinda, y su voz fue un gemido de agonía. Yo la había traicionado, no había el superhombre poderoso que ella necesitaba tan desesperadamente— ¡Cógele vivo o muerto! ¡Es un traidor a su raza!

Era un traidor a ella. Eso era lo que Iolinda había querido decir, y por eso quería verme morir.

Pero yo todavía tenía que salvar algo.

—No es cierto... —empecé a decir.

Sin embargo, Katorn ya había iniciado su cauteloso avance, con sus hombres detrás, en abanico. Retrocedí hasta una pared, junto a una ventana. La sala del trono estaba en el primer piso del palacio. Bajo la ventana, observé los jardines privados de la reina.

—Piénsalo, Iolinda —insistí—. Anula esa orden. No soy ningún traidor. Te estás dejando llevar por los celos.

—¡Mátale, Katorn!

Pero yo fui quien acabó con Katorn. Cuando saltó hacia mí, mi espada marcó su rostro retorcido en una mueca de odio. Dio un grito, se tambaleó, se llevó las manos a la cabeza y rodó por el suelo con su armadura dorada, cayendo con un gran estrépito sobre las losas.

Era el primer ser humano que mataba.

Los demás guardias se acercaron, pero con muchas más precauciones. Mantuve a raya sus espadas, herí a un par de ellos, hice retroceder a los demás, capté por un instante la mirada de Iolinda fija en mí con los ojos llenos de lágrimas y trepé de un salto al alféizar de la ventana.

—Adiós, mi reina. Te quedas sin Campeón...

Salté.

Fui a caer sobre un rosal cuyas espinas me desgarraron la piel, me liberé y corrí a toda prisa hasta la verja del jardín, perseguido por los guardianes.

Abrí la puerta de un golpe y seguí corriendo colina abajo hasta las tortuosas calles de Necranal, con los soldados en mi persecución. A ellos se iba añadiendo la jauría de ciudadanos que aullaban furiosamente, sin tener la menor idea de por qué me buscaban o incluso de quién era yo. Me perseguían por el puro placer de seguir la cacería.

Así fue como se produjeron los hechos. El dolor y los celos de Iolinda habían nublado su mente, y pronto su decisión sería la causa de un baño de sangre mayor del que la nueva reina habría sido capaz de imaginar.

Pero ahora yo corría, ciegamente al principio y, por fin, en dirección al río. Esperaba que mi tripulación todavía me fuera leal. Si era así, aún

tendría unas leves posibilidades de escapar. Alcancé el barco cuando mis perseguidores ya me pisaban los talones. Salté a bordo al tiempo que gritaba:

—¡Preparados para zarpar!

Sólo quedaba a bordo la mitad de la tripulación. El resto se encontraba en tierra, en las tabernas, pero los que quedaban izaron rápidamente las velas mientras unos cuantos hombres me ayudaban a mantener a raya a los soldados.

Por fin, nos apartamos de la orilla e iniciamos nuestro rápido descenso por el río Droonaa.

Pasó algún tiempo hasta que en Necranal organizaron una expedición marina y, para entonces, ya les habíamos tomado una delantera insalvable. Mi tripulación no hizo ninguna pregunta. Estaban acostumbrados a mis silencios y a mis acciones, que a veces resultaban bastante fuera de lo común. Sin embargo, una semana después de dejar atrás la costa camino de Mernadin, les expuse en pocas palabras que ahora era un proscrito.

—¿Por qué, mi señor Erekosë? —preguntó el capitán de la nave—. Parece injusto...

—Lo es, en mi opinión. Atribúyelo a la cólera de la reina. Sospecho que Katorn le ha hablado en mi contra, incitándola a odiarme.

Los marineros y soldados se sintieron satisfechos con la explicación, y cuando tocamos tierra en una pequeña ensenada cerca de las llanuras del Hielo Fundente, me despedí de ellos, monté en mi caballo y me dirigí rápidamente hacia Loos Ptokai, sin saber muy bien qué haría cuando llegara allí. Sólo sabía que debía informar a Arjavh sobre el curso que habían tomado los acontecimientos.

Habíamos acertado plenamente en nuestro pronóstico. La humanidad no me permitiría mostrar la menor piedad.

La tripulación se despidió de mí casi con muestras de afecto. No sabían, ni yo tampoco entonces, que pronto morirían por mi culpa.

Me encaminé cautelosamente hacia Loos Ptokai, escurriéndome entre las tropas del gran campamento que se había construido para el asedio, y entrada la noche penetré en la ciudad de los Eldren.

Arjavh se levantó de su cama cuando le informaron de mi regreso.

—¿Y bien, Erekosë? —preguntó mientras me observaba con ojos escrutadores. Después añadió—: No has tenido éxito, ¿verdad? Noto que has venido a todo galope y que has tenido que luchar. ¿Qué ha sucedido en Necranal?

Se lo conté. Arjavh suspiró.

—Bien, nuestros planes no tenían razón de ser. Ahora, moriremos nosotros y también morirás tú.

—Creo que lo prefiero así—musité.

Transcurrieron dos meses. Dos terribles meses de tensión en Loos Ptokai. La humanidad no atacó la ciudad inmediatamente, y pronto se hizo evidente que los soldados esperaban las órdenes de la reina Iolinda. Al parecer, ésta se había negado a adoptar decisión alguna al respecto.

La inactividad resultaba opresiva.

A menudo, paseaba por las murallas almenadas contemplando el gran campamento, y deseaba ardientemente que la acción se precipitara y todo acabara de una vez. Sólo Ermizhad atenuaba mi infelicidad, pues ahora aceptábamos abiertamente nuestros sentimientos de mutuo amor.

Y debido a ese amor que sentía por ella, empecé a desear salvarla.

Deseaba salvarla, y deseaba salvarme yo también, y deseaba salvar a todos los Eldren de Loos Ptokai, porque quería quedarme con Ermizhad para siempre y no quería verla destruida.

Desesperado, intenté encontrar un modo de destruir la impresionante fuerza que nos sitiaba, pero todos los planes que ideaba eran auténticas locuras que no podían dar resultado.

Y entonces, un buen día, recordé algo.

Recordé una conversación que había sostenido con Arjavh en la llanura, después de que me derrotara en combate.

Acudí a verle y le encontré en su estudio. Estaba leyendo.

—¡Erekosë! ¿Han iniciado ya el ataque?

—No, Arjavh, pero recuerdo que una vez me hablaste de unas antiguas armas de gran poder destructivo que teníais en el pasado. Creo que dijiste que aún las conservabais, ¿no es así?

—¿Qué...?

—Esas armas terribles de la antigüedad —insistí—. Esas que jurasteis

no utilizar más debido a la gran destrucción que pueden causar.

—Eso no... —dijo el príncipe, acompañando sus palabras de un rotundo gesto de negativa.

—Utilízalas esta vez, Arjavh —le supliqué—. Haz una demostración de fuerza, simplemente. Entonces, los humanos se mostrarán dispuestos a hablar de paz.

Arjavh cerró el libro.

—No. Los hombres nunca pactarán la paz con nosotros. Antes preferirán morir. Y, de todos modos, no creo que ni siquiera esta situación merezca que rompamos nuestro antiguo juramento.

—Arjavh —insistí—, respeto las razones que te mueven a rechazar el uso de esas armas, pero he llegado a amar a los Eldren. Ya he roto un juramento. Déjame ahora romper otro, por ti.

El príncipe siguió negando con la cabeza.

—Accede entonces a esto —dije—: Si llega la ocasión en que tú crees que debes usarlas, déjame decidir, déjame descargar de tus hombros la responsabilidad. Yo la acepto.

Sus ojos me escrutaron de nuevo. Aquellos ojos sin órbitas parecían desgarrarme.

—Quizás.

—¿Me dejarás, Arjavh?

—Nosotros, los Eldren, jamás nos hemos movido por el mismo egoísmo que os invade a vosotros. Al menos, no hasta el punto de destruir a otra raza, Erekosë. No confundas nuestros valores con los de la humanidad.

—No lo hago —repliqué—. Son precisamente mis valores la razón de que te lo pida. No puedo soportar ver a tu noble raza perecer a manos de unas bestias como las que aguardan tras esos muros.

Arjavh se levantó y devolvió el libro a su lugar en la estantería. Después dijo en voz baja:

—Iolinda tenía razón. Eres un traidor a tu propia raza.

—La raza es una palabra sin sentido, Tú y Ermizhad, por el contrario, me habéis tratado como un individuo, como una persona. Y he decidido por mí mismo a quién ser leal.

—Bien... —murmuró el príncipe, apretando después los labios.

—Lo único que pretendo es detener su locura—insistí.

Arjavh se apretó las manos, pálidas y finas, con los dedos entrecruzados.

—Arjavh, te lo pido por el amor que le tengo a Ermizhad y por el que ella me tiene a mí. Por la gran amistad que me has ofrecido. Por todos los Eldren que quedan con vida, te ruego que me dejes tomar esa decisión si se hace preciso.

—¿Por Ermizhad? —repitió, enarcando sus cejas oblicuas—. ¿Por ti? ¿Por mí y por mi pueblo? ¿No por venganza?

—No —respondí en voz baja—. Creo que no.

—Está bien. Dejo en tus manos la decisión. Supongo que es justo. No deseo morir. Pero recuerda..., no actúes con la misma imprudencia que otros de tu raza.

—No lo haré —prometí.

Y creo que mantuve esa promesa.

25. El ataque

Y siguieron transcurriendo los días hasta que empezó a hacer frío y fue evidente que llegaba el invierno. Si caía pronto, estaríamos a salvo hasta la primavera, pues los invasores cometerían un grave error si intentaban un asedio en toda regla en invierno.

También ellos, al parecer, se habían dado cuenta. Iolinda debía de haber llegado a una decisión. Dio permiso a los mariscales para que atacaran Loos Ptokai.

Tras muchas disputas entre ellos, según llegó a mis oídos, los mariscales eligieron a uno, el más experimentado, para que fuera su Campeón de guerra.

Y eligieron al conde Roldero.

El asedio comenzó de inmediato.

Sus impresionantes máquina de asalto se aproximaron, y entre ellas aparecieron los gigantescos cañones denominados Dragones de Fuego. Unos cañones de hierro negros, decorados con feroces relieves.

Roldero se adelantó a caballo y su heraldo anunció su presencia. Salí a parlamentar con él desde las almenas.

—¡Saludos, Erekosë el Traidor! —gritó—. Hemos decidido castigarte, junto con todos los Eldren que están tras esos muros. Habríamos acabado con ellos limpiamente, pero ahora tenemos la intención de dar una muerte lenta y dolorosa a todos los que capturemos.

Sentí una gran congoja.

—¡Roldero! ¡Roldero! —supliqué—. Fuimos amigos una vez. Has sido quizás el único amigo verdadero que he tenido. Hemos bebido juntos, hemos luchado juntos y hemos contado chistes juntos. Hemos sido camaradas, Roldero. ¡Buenos camaradas!

Su caballo dio un respingo y pateó el suelo. —De eso hace un siglo —dijo, sin alzar la mirada hacia mi posición—. Un siglo.

—Apenas un año, Roldero... —Pero ya no somos amigos, Erekosë. Levantó ahora la cabeza, protegiéndose los ojos del sol con una mano enguantada. Vi que su rostro había envejecido y que llevaba muchas cicatrices nuevas. Sin duda, yo también debía de tener un aspecto muy diferente.

—Somos hombres distintos —añadió Roldero, y dando un tirón de las riendas se alejó con su montura, hincando furiosamente las espuelas en los flancos de ésta.

Ya no podíamos hacer otra cosa salvo luchar. Los Dragones de Fuego rugieron y su carga sólida golpeó nuestras murallas. Bolas de fuego procedentes de la artillería capturada a los Eldren silbaban sobre los muros, reventando sobre las calles. A continuación, miles de flechas volaban hacia nosotros como una negra lluvia.

Y por fin un millón de hombres se lanzó contra nuestro puñado de defensores.

Replicamos con los cañones de que disponíamos, pero nos basamos sobre todo en los arqueros para contener la primera oleada, pues íbamos escasos de munición.

Y conseguimos rechazarlos, tras diez horas de lucha. Se retiraron a su campamento.

Al día siguiente, y al otro, y al otro, continuaron atacando. Pero Loos Ptokai, la antigua capital de Mernadin, Loos Ptokai, resistió con firmeza esos primeros días.

Batallón tras batallón de soldados subían lanzando gritos aguerridos por las torres de asedio, y una y otra vez respondíamos con flechas, con metal fundido y, sin excedernos, con los cañones vomitadores de fuego de los Eldren. Luchamos con valor, Arjavh y yo, a la cabeza de los defensores. Y allí donde los guerreros de la humanidad me divisaban, daban gritos de venganza y morían luchando por el privilegio de matarme.

Luchamos hombro con hombro, como hermanos, Arjavh y yo, pero nuestros guerreros Eldren desfallecían, y tras una semana de asaltos constantes empezamos a comprender que no lograríamos contener mucho tiempo más aquella oleada de acero.

Esa noche, Arjavh y yo nos quedamos solos después de que Ermizhad se acostara. Nos friccionamos los músculos doloridos y hablamos poco. Por

fin, dije:

—Pronto estaremos muertos, Arjavh. Tú, yo, Ermizhad y el resto de vuestro pueblo.

El príncipe siguió frotándose el hombro con los dedos, dándole masaje para relajarlo.

—En efecto —musitó—. Pronto.

Yo quería que mencionara el tema que tenía en la punta de la lengua, pero Arjavh no lo hizo.

Al día siguiente, olfateando ya nuestra derrota, los guerreros de la humanidad se lanzaron contra nosotros con más vigor que nunca. Aproximaron más los Dragones de Fuego y empezaron a bombardear incesantemente las puertas principales.

Vi a Roldero, montado en su gran caballo negro, al frente de la operación. Había algo en su porte que me daba a entender su certeza de que lograría romper nuestras defensas en aquella jornada.

Me volví a Arjavh, que estaba a mi lado en la muralla, y estaba a punto de decirle algo cuando varios Dragones de Fuego tronaron al unísono. El negro metal se estremeció, la descarga salió con un silbido de sus fauces, golpeó las puertas de metal y resquebrajó una de ellas por la mitad. No llegó a caer, pero quedó en tan mal estado que otra descarga más podía acabar por derribarla.

—¡Arjavh! —grité—. Tenemos que traer las armas antiguas. ¡Tenemos que dar armas a los Eldren!

Su rostro había empalidecido, pero movió la cabeza en un gesto denegatorio.

—¡Arjavh! ¡Tenemos que hacerlo! ¡Una hora más y seremos expulsados de estas almenas! ¡Otras tres y habremos sucumbido definitivamente!

El príncipe miró hacia donde Roldero daba órdenes a los servidores de los cañones y esta vez no siguió oponiéndose. Asintió.

—Está bien —dijo—. Accedo a que tomes la decisión. Vamos.

Me condujo escalera abajo.

Yo sólo esperaba que no hubiera sobreestimado el poder de aquellas armas.

Arjavh me llevó a las bóvedas subterráneas situadas en el corazón de la

ciudad. Recorrimos pasillos desnudos de pulido mármol negro, iluminados por pequeñas bombillas que daban una luz verduzca. Llegamos ante una puerta de metal oscuro y pulsó un botón situado a un costado. La puerta se abrió y entramos en un ascensor que nos llevó todavía más abajo.

Una vez más, me sentía asombrado ante los Eldren, que habían renunciado a tales maravillas a causa de su extraño sentido de la justicia.

Llegamos a un gran salón lleno de máquinas de extrañas formas que parecían recién fabricadas. Las armas se extendían a lo largo de un almacén de casi un kilómetro de longitud.

—Ahí están las armas —dijo Arjavh con voz hueca.

Los altos muros del almacén estaban cubiertos de armas cortas de diversos tipos, fusiles y algo que mis recuerdos como John Daker identificaron como armas antitanques de algún tipo. También había vehículos oruga para patrullas, con cabinas de cristal y espacio para un solo ocupante, que viajaba tendido boca abajo manejando los mandos. Me sorprendió que no hubiese máquinas voladoras de ningún tipo. Al menos, no había reconocido ninguna como tal. Lo comenté con Arjavh.

—¡Máquinas voladoras! Sería interesante que se hubiesen inventado tales artilugios, pero no creo que eso sea posible. En toda nuestra historia jamás hemos sido capaces de desarrollar una máquina que se sostenga en el aire sin peligro durante un período de tiempo apreciable.

Me sorprendió aquel extraño vacío en su tecnología, pero no hice más comentarios al respecto.

—Ahora que has visto estas armas formidables —dijo—, ¿todavía crees que debemos utilizarlas?

Sin duda, Arjavh pensaba que las armas que acababa de mostrarme constituían una novedad absoluta para mí. En su aspecto general, no eran muy diferentes de las máquinas de guerra que John Daker conocía. Y en mis sueños había visto otras armas mucho más extrañas que éstas.

—Vamos a emplearlas de inmediato —respondí, pues.

Regresamos a la superficie y ordenamos a varios guerreros que las subieran.

Roldero había irrumpido por una de nuestras puertas y habíamos tenido que llevar un cañón a aquel punto para defender nuestras posiciones, pero los guerreros de la humanidad empezaban a presionar y junto a la puerta mencionada empezaban los primeros combates cuerpo a cuerpo.

Empezaba a caer la noche. Tenía la esperanza de que, pese a su ventaja,

el ejército humano se retiraría con la llegada de la oscuridad y nos permitiría con ello ganar un poco de tiempo, que tan necesario nos era. Vi en la brecha de nuestras defensas al conde Roldero, que animaba a sus hombres. Sin duda, esperaba consolidar su ventaja antes de que se cerrara la noche. Ordené que acudieran más hombres a la brecha. Empezaba a dudar ya de mis propias decisiones. Quizás Arjavh tenía razón y era un crimen hacer uso de aquellas poderosas armas. Y, sin embargo, ¿qué importaba ya eso? Era mejor destruir a la humanidad y a la mitad del planeta que dejar que los hombres destruyeran la sublime belleza de los Eldren y su cultura.

Forcé una sonrisa en mis labios ante esta reacción de mi mente. Arjavh no la habría aprobado, pues tal idea era extraña a su forma de pensar.

Vi que Roldero enviaba más fuerzas para contrarrestar el aumento en el número de defensores y salté a la silla de un caballo próximo, lanzándolo contra la brecha, crucial para nuestra resistencia.

Hice saltar a mi montura por encima de las cabezas de mis propios hombres y me enfrenté a Roldero. Éste mi miró asombrado y refrenó a su caballo.

—¿Luchamos, Roldero?—grité.

—Sí —respondió, encogiéndose de hombros—. Voy a acabar contigo, traidor.

Se lanzó contra mí con las riendas atadas alrededor del brazo y ambas manos asidas a la empuñadura de la enorme espada, que produjo un silbido al pasar sobre mi cabeza, aplastada contra el cuello de mi caballo.

A nuestro alrededor, bajo los muros resquebrajados de Loos Ptokai, Eldren y humanos luchaban desesperadamente bajo la luz mortecina del anochecer.

Roldero estaba cansado, más incluso que yo, pero combatió con valentía y no conseguí penetrar en su guardia. Su espada descargó un golpe sobre mi casco, haciéndome tambalear y retroceder unos pasos sobre el caballo, pero contragolpeé y también logré darle un golpe en el casco. El mío permaneció en su lugar, mientras que el suyo le quedó medio salido. Con un gesto fiero, se lo quitó y lo lanzó a un lado. Sus cabellos habían encanecido por completo desde que le viera por última vez a cabeza descubierta.

Tenía el rostro enrojecido y los ojos le brillaban, con los labios abiertos y mostrando los dientes. Roldero intentó clavarme la espada a través del

visor, pero esquivé el golpe. El conde cayó hacia delante sobre su caballo al fallar el ataque y aproveché para levantar mi espada y hundírsela hasta el esternón.

Roldero exhaló un gemido. Su rostro perdió después todo asomo de furia y le oí susurrar:

—Ahora ya podemos volver a ser amigos, Erekosë... A continuación, expiró.

Contemplé su figura tendida en el suelo, inmóvil tras los últimos estertores. Recordé su amabilidad, el vino que me había traído para ayudarme a dormir, los consejos que había intentado darme. Y le recordé empujando al difunto rey de su silla. El conde Roldero había sido, pese a todo, un buen hombre. Un buen hombre al que la historia había obligado a hacer el mal.

Su negro caballo dio media vuelta y empezó a retroceder hacia el distante pabellón donde el conde había vivido en los ratos libres que le dejaba el asedio.

Levanté mi espada en un saludo y después grité a los humanos enfrascados en la lucha:

—¡Mirad, guerreros de la humanidad! ¡Mirad! ¡Vuestro Campeón de guerra está derrotado! El sol se ponía.

Los guerreros empezaron a retirarse, mirándome con odio mientras yo me reía de ellos, pero sin atreverse a atacarme mientras sostuviera en mi mano la ensangrentada espada Kanajana.

Pese a todo, uno de ellos respondió a mis exclamaciones.

—No estamos sin líder, Erekosë, si era eso lo que pensabas. Ahora tenemos a la reina para que nos conduzca a la batalla. ¡La reina Iolinda ha venido para presenciar tu destrucción, mañana!

¡Iolinda estaba entre los sitiadores!

Busqué rápidamente una respuesta y grité:

—¡Dile a tu dama que venga mañana a la muralla! ¡Que venga al alba para parlamentar!

Nos esforzamos durante toda la noche en reforzar la puerta y en situar las nuevas armas. E1 gran arsenal fue colocado en los lugares estratégicos y los soldados Eldren se armaron con los fusiles y las armas cortas.

Me pregunté si harían llegar el mensaje a Iolinda, y en caso afirmativo si se ella se dignaría acercarse a la muralla.

Así fue. Al día siguiente, al amanecer, se adelantó a sus filas junto a los

mariscales que le quedaban, todos ellos con las mejores galas que poseían, y con su panoplia completa de batalla. Sin embargo, sus armas resultaban ahora insignificantes frente al poder del temible armamento que nos disponíamos a utilizar.

Habíamos colocado uno de los nuevos cañones apuntando al cielo por si convenía en algún momento hacer una demostración de su terrible potencia.

Llegó hasta nosotros la voz de Iolinda. —Saludos, Eldren. Y saludos también a su perrito faldero humano. ¿Ya le tienes bien entrenado, ahora?

—Saludos, Iolinda —repliqué yo, descubriéndome el rostro—. Ya empiezas a demostrar la misma tendencia al insulto sin gracia que tenía tu padre. No perdamos más tiempo.

—Ya lo estoy perdiendo por haber venido aquí —respondió ella—. Hoy vamos a destruiros definitivamente.

—Quizá no sea así —respondí—. Os ofrecemos una tregua..., y un tratado de paz. Iolinda soltó una carcajada.

—¿Tú me ofreces la paz, traidor? ¡Dentro de poco la suplicarás, pero no habrá piedad para ti!

—Te advierto, Iolinda—grité desesperadamente—. Os advierto a todos. Tenemos armas nuevas, armas que cierta vez estuvieron a punto de destruir la Tierra entera! ¡Observad! Di orden de disparar el gran cañón. Un guerrero Eldren pulsó un botón de los controles. Del cañón salió un zumbido y, de repente, una tremenda bola cegadora de energía dorada surgió de sus fauces. Sólo el calor que despedía levantó ampollas en nuestra piel y nos retiramos, protegiéndonos los ojos de la luz.

Los caballos relincharon y recularon. Los rostros de los mariscales se ensombrecieron mientras abrían las bocas, asombrados. Lucharon por dominar sus monturas, y sólo Iolinda permaneció firme en su silla, aparentemente en calma.

—Eso es lo que os prometemos si no queréis la paz —grité—. Tenemos una docena de estos cañones, y otras muchas armas diferentes pero igual de poderosas, y también tenemos cañones de mano que pueden matar un centenar de hombres con cada ráfaga. ¿Qué dices ahora, Iolinda?

La reina alzó la cabeza y me miró fijamente.

—Lucharemos —mascullóo.

—Iolinda -—le supliqué—. Por nuestro antiguo amor y por tu propio bien, no lo hagas. No te haremos daños. Podrás regresar a tu ciudad, junto

al resto de los tuyos, y vivir segura lo que te quede de vida. Lo prometo.

—¡Segura! —se rió ella amargamente—. ¿Cómo va a haber seguridad mientras existan armas como esas?

—¡Tienes que creerme, Iolinda!

—No —replicó ella—. La humanidad luchará hasta el final, porque el Bienhechor está con nosotros, y con Él no hay ninguna duda de nuestra victoria. Ya estamos acostumbrados a librar batallas contra ejércitos embrujados, y nunca ha habido brujería mayor que la que hemos presenciado hoy.

—No es brujería. Es ciencia. Nuestras armas sólo son como vuestros cañones, pero más poderosas.

—¡Brujería!

Todo el grupo estaba sumido ahora en murmullos. Aquellos estúpidos eran como seres primitivos, cavernícolas.

—Si continuamos la lucha —dije—, será una guerra hasta el final. Los Eldren preferirían dejaros marchar una vez terminada la batalla pero, si vencemos, tengo la intención de borrar del planeta a vuestra raza, igual que vosotros jurasteis hacerlo con los Eldren. Aprovechad la ocasión y negociad la paz. ¡No seáis locos!

—¡Moriremos víctimas de la brujería, si es preciso! —respondió Iolinda—. ¡Pero moriremos luchando!

Me sentí demasiado apenado para continuar.

—Acabemos de una vez —exclamé.

Iolinda se alejó con su caballo, rodeada de su cohorte de mariscales, y galopó hasta sus filas para ordenar el ataque.

No vi morir a Iolinda, que pereció en la inmensa matanza que tuvo lugar aquel día.

Las huestes de la humanidad se lanzaron al ataque y nos enfrentamos a ellas. No tenían defensa alguna ante nuestras armas. La energía manaba de los fusiles térmicos y arrasaba sus filas. Todos sentíamos un gran dolor mientras disparábamos las terribles ondas energéticas que les barrían y les envolvían en fuego, convirtiendo a los orgullosos hombres y a las bestias en restos ennegrecidos.

Hicimos lo que habíamos predicho. Les destruimos a todos.

Sentía lástima cuando les veía avanzar contra nosotros. Allí estaba la crema de la humanidad.

Tardamos una hora en destruir a un millón de guerreros.

Una hora.

Cuando terminó el exterminio, me invadió una extraña emoción que no pude definir entonces, ni puedo definir ahora. Era una mezcla de pesar, alivio y triunfo. Lloré por Iolinda, que estaba allí, en el tremendo paisaje de huesos pesados y carne humeante. Sólo era ya un pedazo de carne muerta entre tantos. Su belleza había desaparecido al tiempo que su vida. Por lo menos, todo habría sido muy rápido, me dije.

Y entonces fue cuando tomé la decisión final. ¿O no fue ésta una obra de mi voluntad? ¿No era acaso un juguete de fuerzas ocultas que me impulsaban a cumplir mi destino?

¿O fue mi decisión el crimen imperdonable del que ya he hablado? ¿Fue ese, quizás, el crimen que me condenó a ser eternamente lo que soy?

¿Tenía razón al hacer lo que hice?

Pese a la constante oposición de Arjavh a mis planes, ordené la salida de las máquinas de transporte de Loos Ptokai, y montado en una de ellas ordené que avanzaran.

Y esto fue lo que hicimos:

Dos meses antes había sido responsable de la conquista de las ciudades de Mernadin para la humanidad. Ahora las reclamaba en nombre de los Eldren.

Y las reclamé de una manera terrible. Destruí a todos los seres humanos que las ocupaban.

Al cabo de una semana estábamos en Paphanaal, donde permanecían ancladas en el gran puerto las naves de la flota de la humanidad.

Destruimos las naves y destruimos la fortaleza y a su guarnición, y perecieron mujeres y niños. No quedó nadie con vida.

Y luego, como muchas de las máquinas eran anfibias, llevé a los Eldren a los Dos Continentes cruzando el océano. Arjavh y Ermizhad, sin embargo, no vinieron conmigo.

Y cayeron las ciudades. Noonos, la de las torres cubiertas de gemas, cayó. Y cayó Tarkar. Las florecientes ciudades de las tierras del trigo, Stalaco, Calodemia , Mooros y Ninadoon, todas cayeron. Wedma, Shilaal, Sinaan y otras cayeron también, convertidas en ruinas bajo un infierno de energía desatada. Cayeron en pocas horas.

En Necranal, la ciudad de color pastel de las montañas, cinco millones

de ciudadanos murieron y lo único que quedó de la ciudad fue la propia montaña, pelada y chamuscada.

Pero no me detuve allí. No sólo fueron destruidas las grandes ciudades. Destruimos los pueblos. Destruimos las villas. Destruimos los caseríos y las granjas.

Descubrí a algunos que se ocultaban en cuevas. Y las cuevas fueron destruidas.

Destruí los bosques donde podían ocultarse. Destruí las piedras bajo las cuales podían refugiarse.

Sin duda, habría destruido hasta la última brizna de hierba si Arjavh no hubiera cruzado apresuradamente el océano para detenerme.

Estaba horrorizado ante lo que me había visto hacer. Me suplicó que cesara.

Y lo hice.

Ya no quedaba nada por matar.

Regresamos a la costa y nos detuvimos para contemplar la montaña humeante donde se había levantado Necranal.

—¿Y todo esto por la cólera de una mujer y el amor de otra? —preguntó el príncipe Arjavh.

—No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros—. Creo que lo he hecho por la única paz duradera posible. Conozco demasiado bien a mi raza. Esta Tierra habría estado condenada eternamente a guerras o luchas de algún tipo. Tenía que decidir quién merecía más seguir con vida. Si hubieran destruido a los Eldren, pronto se habrían vuelto unos contra otros, como bien sabes. Y lucharían, además, por cosas vacías. Por el poder sobre los demás, por un cetro, por un palmo más de tierra que después no será arado, por la posesión de una mujer que no les quiere...

—Estás hablando en presente —musitó Arjavh—. Realmente, Erekosë, no creo que te hayas dado cuenta aún de lo que has hecho.

—Pero está hecho —suspiré.

—Sí —murmuró él. Me asió del brazo—. Ven, amigo mío. Volvamos a Mernadin. Dejemos atrás este hedor. Ermizhad te espera.

Yo era entonces un hombre vacío, privado de emociones. Le seguí hacia el río. Ahora, las aguas pasaban mucho más lentas, teñidas de polvo negro.

—Creo que he obrado bien —dije—. No era mi voluntad, sino otra cosa, ¿sabes? Creo que esto ha sido lo que realmente había venido a hacer a

este mundo. Creo que hay fuerzas cuya naturaleza nunca llegaremos a conocer, que sólo podemos soñar. Creo que fue otra voluntad distinta a la mía la que me trajo aquí. Y no fue Rigenos. No, el rey, igual que yo, era sólo una marioneta, una herramienta que esa fuerza utilizó, igual que me usó a mí. Estaba escrito que la humanidad debía morir en este planeta.

—Es mejor que lo creas así —respondió el Eldren—. Ahora, vamos. Regresemos a casa.

Epílogo

Las cicatrices de la destrucción han sanado ya y finalizo mi crónica.

Regresé a Loos Ptokai para casarme con Ermizhad, para obtener de los Eldren el secreto de la inmortalidad, para reposar un par de años antes de que mi mente se tranquilizara.

Ahora lo entiendo con claridad, y no siento la menor culpabilidad por lo que hice. Me siento más seguro que nunca de que no fue una decisión de mi voluntad.

¿Es eso quizás una locura? ¿Una manera de asimilar mis sentimientos de culpabilidad? Si es así, estoy en paz con mi locura, no me desgarra en dos como me sucedía con los sueños. Actualmente, rara vez me asaltan éstos.

Y aquí estamos los tres, Ermizhad, Arjavh y yo. Arjavh es el líder indiscutido de la Tierra, una Tierra Eldren, y nosotros gobernamos con él.

Hemos limpiado la Tierra de la raza humana. Yo soy su último representante. Y al eliminarla, siento como si hubiéramos devuelto a este planeta su equilibrio original, como si ahora pudiera seguir adelante, por fin, en armonía con un universo armonioso. Pues el universo es antiguo, quizá más que yo, y no podía tolerar a los humanos que perturbaban su paz.

¿Hice bien?

Debéis juzgar por vosotros mismos, dondequiera que estéis. Para mí, es demasiado tarde para hacer esa pregunta. Hoy poseo el suficiente control de mí mismo para no hacérmela nunca. El único modo en que podría contestarla significaría probablemente la destrucción de mi cordura.

Hay una cosa que me inquieta. Si realmente el tiempo es, de algún modo, cíclico, y el universo que conocemos renacerá otra vez para efectuar otro gran ciclo, entonces la humanidad surgirá de nuevo, de alguna forma,

en esta Tierra y el pueblo que me ha adoptado entre los suyos desaparecerá de la Tierra, o parecerá hacerlo.

Y si eres un humano, tú que lees esto, quizá lo sepas. Quizá mi pregunta parezca infantil y estés, en este momento, riéndote de mí. Pero no tengo respuesta para ella. No puedo imaginar ninguna.

No voy a ser el padre de tu raza, humano, pues Ermizhad y yo no podemos tener hijos.

Entonces, ¿cómo vendrás de nuevo para trastocar la armonía del universo?

¿Y estaré aquí para recibirte? ¿Me convertiré otra vez en tu héroe? ¿O moriré con los Eldren, combatiendo contra ti?

¿O moriré antes de eso y seré el líder que traiga a la Tierra a la perturbadora humanidad? No lo sé.

¿Qué nombre tendré la próxima vez que me invoques?

Ahora, la Tierra está en paz. El aire silencioso sólo trae el rumor de una suave risa, el murmullo de una conversación, los tímidos ruidos de los animales. Nosotros y la Tierra estamos en paz.

Pero, ¿cuánto va a durar?

¡ Ah!, ¿cuánto va a durar?